

EEJA MÚÚHA JA: ESA ES NUESTRA MALOCA

Tradiciones orales del pueblo bora

Andrés Napurí y Walter Panduro
editores



Encuentros y Saberes



EEJA MÚÚHA JA: ESA ES NUESTRA MALOCA

Tradiciones orales del pueblo bora

Andrés Napurí y Walter Panduro

editores

Encuentros y Saberes



Créditos

EEJA MÚÚHA JA: ESA ES NUESTRA MALOCA

Tradiciones orales del pueblo bora

@INSTITUTO DEL BIEN COMÚN, 2021

Jr. Mayta Cápac N° 1329 – Jesús Maria, Lima 15072 – Perú

Edición general

Andrés Napurí

Walter Panduro

Gestión del proyecto editorial y cuidado de edición

María Rosa Montes

Relatos

Olegario Velásquez Flores, José Panduro Díaz, Julia Ruiz Mibeco, Manuel Ruiz Mibeco, Florentina de Mibeco, Federico Mimico Gómez y Francisco Mibeco Birí.

Investigación

Andrés Napurí, Walter Panduro.

La investigación recibió apoyo financiero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Traducción al castellano

Walter Panduro

Ilustraciones

Jhony Soria Arirama y Percy Díaz

Diseño gráfico

Jorge Polar

Primera edición, agosto de 2021

Impresión

Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156 – Breña
Agosto 2021

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-48648-0-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2021-08182

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de Metabolic Studio – Annenberg Foundation y el Ministerio de Cultura del Perú.

Proyecto ganador de Estímulos Económicos para la Cultura 2020

PRESENTACIÓN

En las dos décadas que lleva trabajando en el noreste de la región Loreto por el establecimiento del Gran Paisaje Putumayo Amazonas, un modelo de ordenamiento territorial y gobernanza de los recursos naturales en Amazonía, el Instituto del Bien Común - IBC ha desarrollado una sólida relación de colaboración con nueve pueblos indígenas cuyos territorios se encuentran en el interfluvio de dos grandes ríos amazónicos, el Putumayo y el Amazonas.

En este marco, el IBC ha investigado los conocimientos ancestrales y prácticas tradicionales de manejo de recursos, tales como técnicas tradicionales de pesca, derecho consuetudinario de gobernanza pesquera y técnicas de manejo del bosque. Este rico cuerpo de conocimiento y prácticas ha sido motivo de varios estudios publicados en esta serie editorial, e incorporado en la gestión y gobernanza de las áreas protegidas creadas como parte de la construcción del Gran Paisaje. Y más importante aún, las poblaciones locales están involucradas en la gestión de dichas áreas, en concordancia con la visión del IBC que enfatiza la importancia de la participación activa de los actores locales para el éxito y sostenibilidad de cualquier proyecto.

Asimismo, el IBC viene contribuyendo a recuperar la historia oral de los pueblos indígenas que pueblan el interfluvio del Putumayo y el Amazonas, la cual ha sido marcada por episodios de esclavitud, muerte y masivas migraciones forzadas durante la era del caucho, que vivió esta parte de la Amazonía entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX; patrón que se repitió en la explotación de otros recursos naturales en la zona.

Mediante la publicación bilingüe de estos relatos que conducen al intrépido cazador Pucunero a través de una serie de peripecias pobladas de personajes de la mitología del pueblo bora, el Instituto del Bien Común pone su granito de arena para contribuir a la recuperación y difusión de episodios de la historia oral de este pueblo amazónico y preservar su lengua. Las narraciones fueron recogidas y traducidas al español por los investigadores Andrés Napurí y Walter Panduro, quienes contaron con apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Expresamos nuestra gratitud con todos los sabios, hombres y mujeres, del pueblo bora que tan generosamente han compartido sus narraciones. Asimismo, agradecemos a Jhony Soria Arirama por sus ilustraciones de la historia del pucunero, y a Percy Díaz por las ilustraciones sobre técnicas de pesca de los pueblos bora y huitoto, que retomamos de un título anterior de esta serie.


Esta obra no hubiera sido posible sin el apoyo del Ministerio de Cultura del Perú, a través de su programa de Estímulos Económicos para la Cultura, y el patrocinio de Metabolic Studio - Annenberg Foundation.



INTRODUCCIÓN

En los últimos años ha surgido un fuerte interés político y académico por recoger —o bien recuperar— información valiosa sobre las sociedades indígenas de la Amazonía peruana. Está vigente un discurso extendido entre la sociedad civil y varios grupos académicos que sostiene que las lenguas indígenas están desapareciendo —un hecho innegable. Para el caso de los bora, sociedad amazónica que forma parte del conjunto de la gente de centro (Chirif, 2017), es cierto y coincide con la historia reciente a partir de la época del caucho: la migración forzosa y la ruptura de su sociedad han afectado al uso de su lengua (ISO 639-3: boa, lengua bora, familia lingüística bora) y la estructura de sus celebraciones. Así pues, entre las sociedades amazónicas se corre el peligro de perder información vital sobre las representaciones, festividades y conocimientos de muchos grupos humanos. Esto es resultado del crecimiento violento de discursos hegemónicos y racistas, así como la misma decisión de cambio intergeneracional que ocurre en toda sociedad. Ante esta tendencia, el proyecto que nos ocupa comenzó con el interés de aliviar un poco aquel pendiente histórico. Claramente, la recolección de tradiciones orales es solo parcial y, posiblemente, presente algunas falencias.

De alguna forma, el interés por recoger tradiciones orales entre los miembros del pueblo bora se incrementó durante los talleres que organizó el Ministerio de Educación durante el proceso para consensuar el alfabeto de la lengua bora en el año 2014. En dicho proceso, participé como lingüista consultor y tuve la oportunidad de visitar las comunidades de los ríos Ampiyacu y Yaguasyacu, en la provincia Mariscal Castilla del departamento de Loreto. Este viaje no hubiera sido posible de no haber contado con la orientación y apoyo del Instituto del Bien Común (IBC). Su respaldo logístico me permitió extender mi experiencia de campo y, afortunadamente, conocer un poco más a las familias bora que residen en las comunidades de Ancón Colonia, Nuevo Perú, Brillo Nuevo, Estirón del Cusco, Pucaurquillo, Betania y Pebas.



La discusión sobre cómo escribir su lengua suscitó mucho interés político. Si bien existía un alfabeto creado por el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) y otro creado por el Programa de Formación de Maestros Bilingües de la Amazonía Peruana (FORMABIAP), el objetivo central de estos talleres consistía en tener un alfabeto oficial —como el español o el quechua— y, en consecuencia, se puso en agenda la necesidad de contar con otros materiales impresos en su lengua (Napurí, 2016). Durante la experiencia de estos talleres, conocí a Walter Panduro, con quien estudio la gramática y la historia del pueblo bora. Tras el consenso y la publicación del alfabeto bora, trabajando en coordinación con varios integrantes de dicho pueblo, con Walter Panduro asumimos el compromiso de recolectar las tradiciones orales. Igualmente, durante el año 2017, gracias al apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú, fue posible realizar varias salidas de campo con dicho propósito. Esta subvención permitió entrevistar a Olegario Velásquez Flores, Warói, del clan guacamayo rojo; José Panduro Díaz, Díítsáhe, del clan sol; Julia Ruiz Mibeco y Manuel Ruiz Mibeco, Máríímulle y Lliíhyo, ambos del clan aguaje; Florentina de Mibeco, Nuupáji, del clan pijuayo; Federico Mimico Gómez, Mééñíhyeba, del pueblo yucuna; y a Francisco Mibeco Birí, Míívyéji Nííwaco, del clan aguaje. Sus relatos permitieron revisar varios episodios del pucunero.

Posteriormente, Walter Panduro tradujo estos relatos al español y con él consensuamos una línea narrativa. En este punto es importante destacar el innegable sincretismo entre los relatos bora y otras tradiciones con las que dialogan las sociedades del río Ampiyacu y Yaguasyacu, como el cristianismo. Es significativo tomar nota de este contacto, pues en el caso de los bora se da desde hace más de sesenta años i.e. desde 1960 con las misiones del ILV a cargo de Wesley y Eva Thiesen. La recolección de relatos orales Esta es nuestra maloca. Eeja múúhaja: sostiene, también, el encuentro entre la construcción de una figura mesiánica y la propuesta de un posible origen mítico para el pueblo bora.

La tensión hacia el origen es de suma importancia y vigente en la memoria bora. Sin duda, porque la presencia de esta sociedad en la Amazonía peruana es reciente —tan solo desde los años veinte del siglo pasado. Los bora, como parte de la región amazónica donde se constituye la gente de centro, habitaron entre las riberas del río Caquetá, el río Putumayo y su tributario el río Igará-Paraná. En este territorio se conformó una red que se mantiene hasta la fecha con otras sociedades amazónicas: los bora, miraña y muinane, de la familia lingüística bora; los murui-muinani, ocaina, nonuya, witoto (bue, minika, nipode), de la familia lingüística witoto; y los resígaro y tariana, de la familia lingüística arawak. La constancia de estos contactos y las relaciones de parentesco que se han establecido entre estas sociedades hasta la fecha permiten que se mantenga una clara consciencia sobre este territorio como su lugar de origen. Estos relatos dan testimonio de ello.

Con la firma del tratado Salomón-Lozano en 1922, se trazó la frontera entre Colombia y Perú: la ribera izquierda del río Putumayo se volvió suelo colombiano. Por consiguiente, los caucheros peruanos que esclavizaron a la gente de centro debieron trasladarse a territorio peruano. Para mantener su comercio, forzaron la migración de varios grupos hacia el sur del Putumayo, en dirección a las riberas del río Ampiyacu. El episodio del caucho —impulsado por un comercio salvaje e intensificado por enfermedades letales para sus sistemas inmunológicos— diezmo la población de estas sociedades: se estima que antes del caucho los bora tenían entre 20 000 y 30 000 miembros. Tras la explotación del caucho, su número cayó a 5000; hoy en día, según el último censo nacional, se estiman 1151 personas (INEI, 2017).

Su reducido número debe ser también una lección para todos nosotros. En estos años en los que vemos cómo un virus con alcance global nos obliga a repensar nuestras formas de socialización, es imperativo que aprendamos de las sociedades amazónicas. De alguna manera, estamos experimentando un violento proceso que cambiará nuestra forma de relacionarnos. Somos testigos de cómo nuestros cuerpos no estaban listos para una nueva enfermedad. Hemos presenciado un cambio abrupto que generó drásticas medidas en todo el planeta en muy pocos meses. Las sociedades amazónicas experimentaron un proceso similar cuando entraron en contacto con caucheros o gente foránea a lo largo de la historia. Muerte y enfermedades han sido el resultado de la Colonia, las misiones católicas, la extracción del caucho y, hoy en día, del contacto con la población indígena en situación de aislamiento y contacto inicial (PIACI). En muy pocos meses, el mundo como lo conocían terminó. En ese sentido, estas narraciones son también testimonios del fin de un mundo. Hay claves en ellos para entender su entorno y las relaciones entre los bora, y de estos con las demás sociedades de la gente de centro. Tales relaciones son un mundo en sí mismo.

La realización final de Esta es nuestra maloca. Eeja múúhaja fue posible gracias al apoyo de los Estímulos Económicos para la Cultura. Estos fondos permitieron terminar la edición, así como ilustrar los relatos con los dibujos de Jhony Soria Arirama, artista bora. Así mismo, permitieron revisar la traducción final. Finalmente, el apoyo del Instituto del Bien Común fue clave con el auspicio de este proyecto gracias a una donación de Metabolic Studio - Annenberg Foundation. Reconforta reconocer el compromiso de una institución en distintos momentos de este recorrido: cuando realicé la consultoría con el Ministerio de Educación antes de siquiera empezar este proyecto; y ahora, con este trabajo editorial que consiste en una primera devolución a los bora.

Andrés Napurí, Lima, julio de 2021

Referencias

Chirif, Alberto (2017). *Después del caucho*. Lima: Lluvia Editores, CAAAP, IWGIA, IBC.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (2017). *Censos nacionales 2017: XII de Población, VII de Vivienda y III de Comunidades nativas y comunidades campesinas*. Lima: INEI

Napurí, Andrés (2016). Revitalization of the Bora Language. *Handbook of Research and Practice in Heritage Language Education*. Nueva York: Springer.

Napurí, Andrés y Walter Panduro (2018). Sobre parte del cuerpo bora: polisemia y derivación nominal con cambio tonal. *LIAMES: Línguas Indígenas Americanas*, 18, 2, pp. 302-315.

Panduro, Walter (2016). *Relatos orales bora: relatos de origen y otros relatos bora*. Lima: Ministerio de Educación.

I Walter Panduro es coautor de artículos académicos (Napurí y Panduro, 2018) y de libros de relatos de narraciones bora (Panduro, 2016).

II Esta institución me brindó apoyo financiero para realizar nuevas salidas de campo y documentar tradiciones orales bora. La subvención obtenida fue DGI 2017-1-0085.

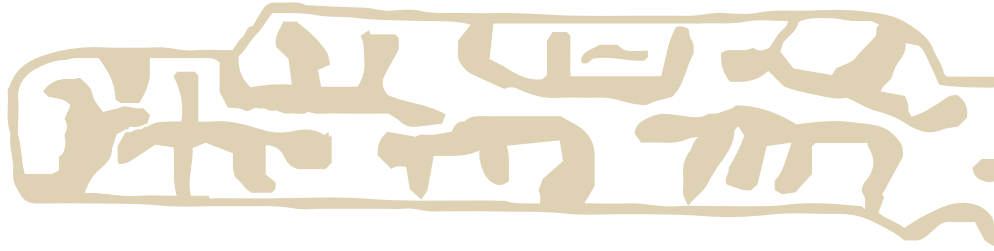
III La edición final del manuscrito fue posible gracias al apoyo económico brindado por el Ministerio de Cultura y el auspicio económico y editorial del Instituto del Bien Común.

EL PUCUNERO

LLÍJCHURI

EPISODIOS

Desaparición del padre de pucunero <i>Llíchuiíhyójcaani dsíjivéne</i>	16
Pucunero investiga la muerte de su padre <i>Cáánínúvú dsíjivé llíjchuiíhyó wáájacúne</i>	24
Pucunero y los varones de su madre <i>Llíchuiíhyó tsíju ájkímuke dóóneé</i>	32
Sacrificio de la madre de pucunero <i>Llíchuiíhyodívú tsíju dóótsómeíñe</i>	38
Pucunero y el fantasma de su madre <i>Llíchurídívú tsíjuúnvú naavéné bóhówaavéne</i>	44
Pucunero y las setas <i>Llíchuríké goróómú wájyámunúne</i>	52
Pucunero y el escorpión <i>Llíchuríké óóniho wájyámunúne</i>	54
Pucunero y el oso perezoso <i>Llíchuri daallíkyé ííbówavu dóótsone</i>	60
Pucunero y las hijas de la anaconda de los peces <i>Llíchuri dóóráme bóóá ajoyúwamúpike táábaváne</i>	62
La venganza de los peces <i>Amómé llíjchuríké múnáajtsóne</i>	70
Pucunero consigue el pijuayo de la anaconda de los peces <i>Dóóráme bóóá meeméhé llíjchuri újcune</i>	74



Venganza de pucunero contra los peces	
<i>Llijchuri dóórámeke múnáajtsón</i>	80
Creación de ríos y mares a partir de un gigante maligno	
<i>Chihtyawáyudityú Llijchuri móañe ípívyejtsóne</i>	86
Pucunero y las malocas desamparadas	
<i>Llijchuriké jááhañe mávárijchóne</i>	94
Pucunero y la esposa del Sol de los Alimentos de la Tierra	
<i>Llijchuri núhbá táábake pááranuróne</i>	98
Pucunero y la nodriza de las jóvenes tamizadoras	
<i>Llijchuri míhéerájimééwamúpí iityáalleke dóóneé</i>	102
Pucunero atraviesa el piñal hechizado	
<i>Llijchuri cúdsííbají pájtyene</i>	108
Pucunero y la mujer del oso hormiguero	
<i>Llijchuri íjju táábake pááranúne</i>	116
Pucunero transforma la sachapapa	
<i>Llijchuri cúniuu tútávajtsóne</i>	120
La inundación de la tierra	
<i>Llijchuri cáájáneba dóhejúróne</i>	124
Creación de las colpas a partir de la gigante cazadora	
<i>Taavámééwake llijchuri adówavu píívyetétsóne</i>	128
Conversión y fin de pucunero	
<i>Llijchuri nééwabyávú píívyeténe</i>	134

• EPISODIO I •


DESAPARICIÓN DEL PADRE DE PUCUNERO





• EPISODIO I •

LLÍJCHUÍÍHYÓJCAANI DSÍJTVÉNE



Señalan las leyendas del pueblo bora que Sol del Medio Mundo es el antepasado de los bora, cuyo padre fue Dios de los Niños Mimados. Y Sol del Medio Mundo se casó con la hija de Sol de los Animales, antepasado de los monos.

Esta nueva pareja vivía sosegadamente en una casa erigida entre las de sus suegros, en media selva. Y él, que era muy cazador muy diestro, mataba con su pucuna muchos maquisapas, cotos, huapos, entre otros; sin siquiera imaginar que esos monos eran los hijos de Sol de los Animales.

No obstante, Sol de los Animales veía que sus súbditos, los monos, estaban desapareciendo paulatinamente, pero resolvió quedarse quieto y callado, aunque sabía que Sol del Medio Mundo estaba acabando con ellos.

Un día Sol del Medio Mundo dijo a su esposa: “Mujer, alguien se come nuestra piña y no la deja madurar. Las que observo en la ida, cuando voy de cacería, no las encuentro a mi retorno. Y para saber quién es el atrevido que se come, esta vez retornaré un poco tarde y me esconderé en las inmediaciones de nuestro piñal”.

A la tarde siguiente, como convino con su esposa, se escondió sigiloso en las inmediaciones de su enorme chacra para indagar quién se comía las piñas.

Mientras se ponía el sol, a la hora en que se la llama ‘claridad de nuestra piel’, vagamente vio cruzar varias siluetas antropomorfas. En seguida, aprestó su pucuna hacia las siluetas y les asestó unos mortales dardos.

Hasta ese instante Sol del Medio Mundo no podía imaginar que aquellos sustractores de piñas eran sus propios cuñados, los tayras.

En seguida, los juntó y llevó a casa, y avisó a su mujer: “Mujer, estos son los atrevidos se comen nuestra piña. Chamúscalos y cocínalos para comérmolos”. En seguida, la mujer los chamuscó y cocinó a todos; luego, se los comieron.

Este imperdonable hecho no pasó desapercibido para Sol de los Animales, quien corroboró que sus hijos, los tayras, no retornaban de sus andanzas cotidianas. “¡Vaya! – se contristó el viejo curaca – Estoy seguro que este infeliz está acabando con mi prole”. En seguida, se puso a planificar la manera de matar a Sol del Medio Mundo y vengar la desaparición de sus hijos.

Úúbálléháñé nehíjkyá diibyéváa Píne Núhbá úmíjité déjúcóeipi íjkyane, áábéjcaaníváa Lloorámú Niimúhe. Aabéváa táábavá láme Núhbá, wacháhbómú ìhdééjpi ájyúwake.

Aabéváa Píne Núhbá méwama iánúmeijyá Iliiñe íkyahíjkyá íbúwajíwa íbáábémú pañe. Aabéváa Iliiñájaapíwu néébe Ilíchújehíjkyá cuumú iáábeke, óóbawá iáábeke, dityétsí idyóhíjkyaki; aamévahacáa úmomu láme Núhbá cuwáme.

Aanéváa tsáijyu láme Núhbá ìté dííbyé cuwáábé úmomu, ihyájkímú íjkyame, oúhóu péjúcóóne; aanéváa tsúúca ihdyu waajácúroobe Píne Núhbá dííbye ájkímuke dóórone, áronáacáváa tsá ìná díbye neétunéíkye.

Tsájcoojíváa Píne Núhbá Iliiñájaatu óómiibye méwake neeváhi: “Muúlle, múhjáubá me cúdsí náámeróné lléénehíjkyáhi. O péébe o ìfteíñúne o óómiibye tsáhájuko o átyúmiñíjkyatúne. Íkyooca cúvé o tsáábe tépallí úníúvú ó tsóhnááveé múha íjkyane o tívááoki”

Aanéváa tsíjkyoojì cuuvé pañe Iliiñájaatu óómiibye, ípyéijyu iñéhdu, ìhjiñhá úníúvú tsóhnaavé, ‘Óvíi múha tsááhií’, néébere.

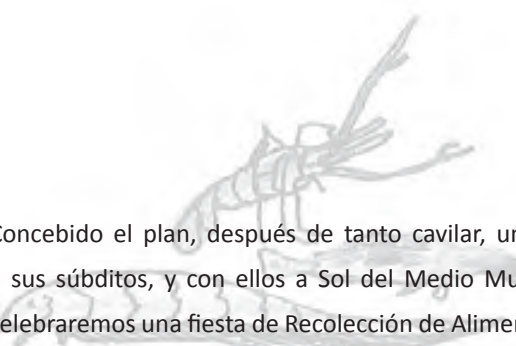
Áánáacáváa cúvéhréjuko, ‘méjpijtsítsí’, me nétsihvu tene néénáa ìtéccunúúbé tsaate najvenave pájtyeíñúne; ááneréjucóváa díbye Ilíjchune diityéke. Ihdýváhacáa ítyónujte náámóhomu diityétsi cúdsí nánihíjkyáhi.

Áámekéváa ááhivu itsájtýéne neetéébé méwake: “Muulle, íjtyéhaca eene me cúdsí lléénehíjkyáhi. Tsóóne ìcúí dityu me dóókií”. Ahdújucóváa mewa itsóóne ityúúmeke doomútsi.

Ááné boonéváa láme Núhbá ìterá tsáhájuko ìtsiime náámóhomu íjkyatúne; tsáhájucóváa dítye óómíjyúcootú iúlleháñetu. Áánélliihyéváa: “ííkyaj! Áánúubá, tsáama, íveekí áátsímeke pírujtsójucóóhií,” iñééne ílluréjuko díbye ìjtsámeíñé muhdú Píne Núhbake téhdure úmeco imyéénuíñé íkyuwáábé allútu.

Ááneríváa mítyane ìjtsámeíñe íjkyaaabe tsájcuuve ipájáábímýeíñe néé ihyájkímuke, Píne Núhbamájuko: “Ámuúha, íkyooca tsáne óóvetájú mé lléévátsoóhi. Ahdíkyane péjcore me úménutémé bájú pañévú mé cúwáteehi. Mé íjkyátsíívyeco”.

Ehdúváa ihyájkímuke ipítýájcóne úmé maaníuba bañéjúúvaabe íájya Píne Núhbadívu, teenévahacáa ihñé píívyetéjtsó bañéhéré íjkyánetu máániú ityájuunévu; anéváa ípíhjáne néjcatsímýé tsitsííveve ipyééíñe úmevu.



Concebido el plan, después de tanto cavilar, una tarde preparó coca y ampiri, y reunió a sus súbditos, y con ellos a Sol del Medio Mundo, a quienes dijo: “Hijos míos, pronto celebraremos una fiesta de Recolección de Alimentos. Por lo tanto, alístense para ir mañana a coger sal silvestre”.

Establecido el plan, Sol de los Animales convidó el solemne ampiri de extracción de sal silvestre a Sol del Medio Mundo, como cabecilla del trabajo; ampiri que estaba preparado en base al tabaco de la mutación de los animales. Y convidada la pócima, planificaron ir a coger la sal silvestre ni bien despuntara el día.

A la mañana siguiente tomaron el desayuno muy temprano y se llevaron consigo a Sol del Medio Mundo adentro de la montaña, a quien previamente los monos habían aletargado con la pócima del ampiri.

Eufóricos bajo los efectos del ampiri caminaron en círculos dentro de la maloca, como si estuvieran cubriendo largo trecho. Al cabo de varias vueltas en el salón de la maloca Sol de los Animales, dijo: “Hijos míos, tomemos un breve descanso en este lugar. No es posible que sigamos caminando con los estómagos vacíos”.

Mientras tomaban un breve descanso comieron el ají picante que habían llevado, cuyo ardor crispó el paladar de Sol de los Animales, quien se inclinó hacia una charca de agua para beber un poco de ella. Y en el espejo del agua divisó un musmuqui que aguaitaba al grupo desde el agujero de una huacrapona, que no era sino la abertura del dintel de uno de los horcones de la maloca. Entonces, Sol de los Animales, exclamó: “¡Muchachos! ¿Qué hacemos comiendo este ají picante, que me hizo crispar el paladar mientras tenemos ahí la presa? ¡Mátenlo para comer!”

“Ahí tienes a nuestro yerno” – Protestando unánimes, dijeron a Sol del Medio Mundo: “¡Hey, cuñado! Sube y mata ese animal. No es posible que suframos los ardores de este ají mientras tenemos la presa a nuestro alcance”.

Muy obediente, Sol del Medio Mundo subió en la huacrapona para matar al musmuqui, pero el mono se escondió en el hueco del palo, sin dejarse atrapar. Entonces, el impetuoso cazador se incorporó más adentro del orificio e intentó atrapar al escurridizo mono, pero fue empujado por otro que subió tras él, cayendo en lo profundo del horcón, donde fue

Úúbálléháñé nehíjkyá diibyéváa Píne Núhbá úmíjité déjúcéejpi íjkyane, áábéjcaaníváa Lloorámú Niimúhe. Aabéváa táábavá láme Núhbá, wacháhbómú ihdeéjpi ájyúwake.

Aabéváa Píne Núhbá méwama iánúmeíjyá Iliiñe íkyahíjkyá íbúwajííva íbáábémú pañe. Aabéváa Iliiñájaapíwu néébe líchújehíjkyá cuumú íáábeke, óóbawá íáábeke, dityétsí Aaméváa tsíjkyoojì cúúvénetúré íájkyénéhji, imájchónéhji, ‘Ayúwa metsúíikyé’, ídsítsójcatsíñe tsajtyé Píne Núhbake bájú pañévu, ihdyúváhacáa tsúúca ipíivyététsóóbeke. Aaméváa mááníutu tsíhdyúreevéme éhne múúne tsíhyulle múu péhdu pehíjkyá ihjácóbá pañéré patsípátsi. Aanéváa pívá pajtsívá ipyéhíjkyáróné níjcáuvu láme Núhbá ihjákimuke néehíí: “Ámuúha, metsúí íchihvúré me wáyééveki. Muhdú íáánejí pávyeenúmeré ájyábaúvuma mé úllehíjkyááhi”.


Aaméváa tsátsihvu wáyéevéme díhba májchone diityéké béébévétsómedityú láme Núhbá ítsívéne pájpayútú nújpakyo ádoobe ítécunú tehmu áálláhé ájcutu tékéhiúcunu íjkyane; ihdyúváhacáa ihjyá apíhájcu waanúwatúré pápaajì néénetu tsaapi diityédityú tékéhiúcunu. Áánéllíihyéváa láme Núhbá wáníjkyámeíhi: “ÍÁmuúha! ¿Íñáami díhba o dóóbe ó beebévé eene taava álláhéhájcu níjkcáuri íjkyánaáaca? ¡Mé ujcu me dóókíí!”

Áánéllíihyéváa néémeé: “Diibyéheene mé ájyaá”. Áánemáváa Píne Núhbake néémeé: “Píne, Píne Núhba, cá nérívyéne eene taava mééma duucu me dóókíí; muhdú ímiáané doo étsii íjkyánaa díhbari mé beebévéhi”.

Ahdújucóváa Píne Núhbá áálláhébari íñerívyéne téhmuke ékéévérónáa múru peebe tépaajì pañévu. Áánéllíihyéváa éhniíñevu ityámúruúvéne díbye téhmuke íékééve dóllóóvérónáa tsijpi dííbye déjuto íñerívyéne dííbyeke cátújcaáyó tépaajì pañévújuco, áábekéváa kíhdyahírómé íhñíwau íumécó kiimyéwari. Áábekéváa ídsíjívétsóóbeke dóóme tétsihvúre. Áábeúvú nííwaúváa íjínúmé ícujúwáíhkyú allútu.

Úúbálléháñé néé teeúvá múúne téhmumu pejco: ‘Guru, guru, guru, tsej; guru, guru, guru, tsej; juúú, juúú, juúú...’, líchuhíjkyáne. Teenévá múúne, ‘tsej’, íihjyúváneri íkiimyéwá mítyajtsómé, Píne Núhbaúvukéváa íkíhdyahírowa.

Átsihdyúváa oomímyé ááhívu, ume újcutúmére; ihdyúváa Píne Núhbaúvuke idyóókiye éhduhji idyárfívemeítsihdyu. Ehdúváa láme Núhbá dóó ihjákimuma Píne Núhbake ítsíime úmómú allútu. Aaméváa téhullétú tsáámeúvúdú íjkyámeke ídsi ítécunúpejtsóhi,



decapitado con la navaja de la beligerancia de los animales. Consumada la venganza, los animales devoraron allí mismo sus carnes y colocaron su cráneo sobre su tullpa, como trofeo de guerra.

Cuentan que desde este aciago hecho los musmuquis soplan esta calavera, mientras enaltecen sus navajas con un sonido peculiar en la oscuridad de las noches tenebrosas en la selva.

Después de devorar a Sol del Medio Mundo en plena selva, Sol de los Animales retornó a su maloca junto a sus hijos sin haber cogido la sal silvestre. En tanto fingían su retorno del monte, la esposa del desaparecido, hija del curaca mono, notó que su marido no había retornado con ellos. Entonces preguntó a su padre: “Papá, ¿dónde está mi marido que ayer se fue con ustedes?”

Entonces, el patriarca, contestó: “Nos desquitamos de él con mis súbditos, como señal de venganza por exterminar a mis hijos. No reclames nada. Si demandas algo, nos vengaremos contigo, también”.

Muy apesadumbrada con la aciaga noticia atinó a no reclamar nada. Y para salvaguardar el finísimo arsenal de su finado marido escondió su pucuna en la cumbrera de su maloca, cuyo veneno se introdujo en los senos, y sus dardos se los hincó en el pubis. De esta manera la viuda escondió toda la armadura de su difunto marido para que nadie los hallara. En esos precisos días el feto de un ser humano iba desarrollándose dentro del útero de la mujer, que perdió a su marido en manos de los varones de su padre.

aallévaa ïté tsáhájucó ájyu diityémá óómíjyúcootúne. Áronemávaa díllolle: “Líhi, Ilihiyo, ¿kiará átyáji?”

Áállekévaa áñjcuúbe: “Tákyuwáábekéneecu díbye pírupírú tsájtýénéllíi téhdure tákyuwáábema dííbyeke úmeco muha mé meenuhi. ñná nehdíñe. Tsíeméné u néhajchíi téhdure uke úmeco ó méénuúhi”.

Áánerívaa itsájuréévéróne tsá ñná dílle néétune. Átsihdyúvaa, ‘Gocóhaaca idyé íjkyácóóbejñvari’, iñémeíñe dííbyeúvú Iliiñájá tollíjyú páátánulle ihjá nihbáhó pañévu, áánetúvaa dííbyeúvú namíjtyaco cahpíómeillé ímujpáñe pañévu, áánáacávaa dííbyeúvú bñrúmuco wáduhjácómeillé íovááwatu; tsúúca ehdu páátánulle dííbyeúvú Iliiñájá múubará teene idyómájcótuki. Áíjyúváhacáa tsúúca tsñmene dííllé ñbúwá pañévu cávyiivyéjucóóhií.



• EPISODIO II •

PUCUNERO INVESTIGA LA MUERTE DE SU PADRE

Después de estar sola por algún tiempo, gestando el embarazo a duras penas, la viuda de Sol del Medio Mundo dio a luz un robusto hijo, quien crecía paulatinamente, tal como crecen los niños de su edad. Como iba desarrollándose, también iba jugando con una pequeña cerbatana hecha de carrizo, matando pequeños insectos en la chacra, al lado de su madre. Cierta día, mientras jugaba a cazar pequeñas sabandijas dentro la casa, vio unos mosquitos pegados en los testículos de su abuelo que descansaba en su hamaca. Entonces, intentó matarlos con su pequeña pucuna, pero el proyectil pegó fuerte en los genitales del abuelo, quien le increpó, diciendo: “¡Ay! ¡Me hiciste doler! Cómo cambiar tus costumbres cuando traes los mismos hábitos que tu finado padre”.

Consternado con la confesión que le hizo su abuelo, fue a preguntar a su madre: “Mamá, ¿tuve padre, acaso?”

“No, hijito –contestó su madre–. Tú naciste como producto de mis jugos gástricos”.

Convencido con la explicación el niño acompañaba a su madre a la chacra, jugando a cazar pequeños saltamontes con su pucuna. Sin embargo, la confesión que le hiciera su abuelo seguía torturando sus frágiles pensamientos, por lo que, por segunda vez, fue a preguntar a su madre: “Mamá, aclárame de dónde pude haber aparecido, entonces”.

“Claro que sí, hijito –le replicó su madre –. Tú naciste como producto de la digestión de mis alimentos. Así naciste, hijito”.

Fastidiada con las incesantes interrogantes que le hacía su pequeño hijo, no tardó en sincerarse parcialmente con él, y dijo: “Claro que tuviste padre, hijo mío. Pero murió, antes que nacieras, mordido por una serpiente muy venenosa”.

En seguida, el ahora adolescente, fue en busca de la letal serpiente a quien halló durmiendo en la palizada de la chacra de su extinto padre. Acercándose a él comenzó a hollarla, reclamando: “Serpiente, muérdeme ahora mismo para morirme, así como mordiste y mataste a mi padre”.

Impresionada con tamaña acusación, la soñolienta serpiente contestó: “¡Claro que no, hijo mío! Pero, ¿por qué me acusas de haber mordido y matado a tu padre? Pues, solo me paso durmiendo aquí entre la maleza de su chacra después de comerme al ratón que come la yuca de sus chacras”.

• EPISODIO II •

CÁÁNÍÚVÚ DSÍJVÉ LLÍJCHUÍÍHYÓ WÁÁJACÚNE

Aanéjji boonévaa Píne Núbbaúvú taaba ííhañéhjiréjuco íkyahíjkyalle tsúúcajátú tsíímvájucóó ájyúúvú eevácó wájpiwúuke, áábéwuúvúa ikyóhbody keemévehíjkyá, muhdú múúne tsíímene kéémevédu. Aabévaa tsíménéhréi néébe chiiyórójúwuúné ikíjtyúneri llíjchuubéré pehíjkyá tsíjju úníuri úmíhéné pañe.

Tsáijyúvúa ihjyá pañe tsíeméjtéwuújike llíjchuubéré péébe ájtyúmíté ítyáhdi íwabyáúúhori óhbákyunúhíjkyáábé dómiúúhori eete tsohótsóhó néémeke, áámekévaa llíjchúcuube ítyollíjyuri. Aanévaa ávyé ítyáhdikye ídyómiúúhó néénéllíi úhbaábe: “¡Agáo! ¡Avyéwu, muube, oke ú llíjchúcuhi! Néñhíwánéjtsííméné, dííkyáániúvú llíjchúpíyéhjáa u tsívaábe”.

Ehdúvúa ítyáhdi dííbyeke úhbane illéébóneri mítyane íjtsámeíbye, áánemávaa tsíjjuke díllotéébe: “Wáha, ¿acápe, ihdyu, ó caanívaráhi?

“Tsáha, llíhi –añújcullévaa tsíjju–. Támajchíjpkýórené táíbbúwá pañévú cávívívyenéhjí uke ó tsíímváhi, llíhi”.

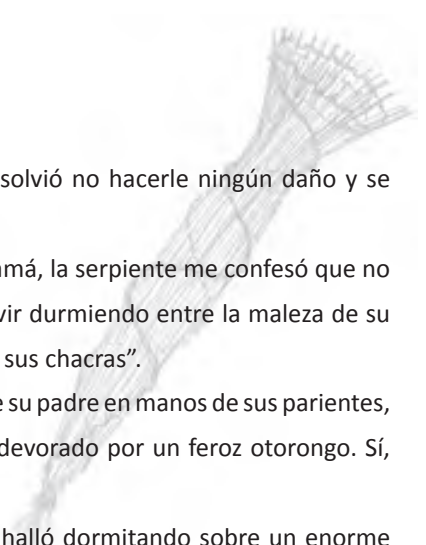

“Juúju, wáha. Tehdújuco” –ííéénemávaa pehíjkyároobe tsíjuma úmíhéneri, llohcbáwuúmuke llíjchuubéré. Áronáacávaa éhniíñevúré ítyáhdi dííbyeke nééneri íjtsámeíñe tsííñe díllotéébe tsíjjuke: “Wáha, ¿acápe ímíááné kiátúrá íñe o tsááhíi?”.

“Tsáha, llíhi –tsíiñévaa áñújculle tóonullére–. Ihdyúpe tamájchoháñéé táhbáú pañévú áraavéné uke ó tsíímváhi.

Áábéwuúvúa ehdu mítyanéjéjuco tsíjjuke díllóhíjkyané níjcaúvú tájpvatétsolle botsíi neéhíi: “Ihdyúhdépe, lli, ímíááné ú caanívaráhi, ároobépe u tsíímvámeítyúné ihde ííñimye íhdóneri dsíjivéhi”.

Ehdúvúa tsíjju dííbyeke úúbállénelíi ííñimyéké néhcotéébe, áábekévaa ájtyúmítéébe cáániúvú úmíhé kijyéné pañe cúwahíjkyáábeke. Áábe élleúvúa ipyééne tátsítsínkyuubéré neéhíi: “Uuvúa llíhíyóúvuke u íhdóneri dsíjivéébe. Áyu, cána ookéréjuco díhdo téhdure o dsíjivéki”.

Áábekévaa ííñimye áñujcúhi: “¡íí, táíáachi! ¿Muhdíkyáábeké táíáachikye o íhdóneri díbye dsíjivéne oke u neéhíi? Ihdyu, dííbye úmíhé bájtsotá baajúriu máchóhíjkyáábeke llíhpyeke o dóóne tájpi dííbye úmíhé kijyéné pañe o cúwahíjkyaaabe muhdú ívávábeke táíáachikye ó íhdóneri dsíjivéíyoóbe”.



Hecha la confesión del inofensivo ofidio, Pucunero resolvió no hacerle ningún daño y se regresó a casa, meditando en aquella aclaración.

Llegando a casa contó a su madre sobre el suceso: “Mamá, la serpiente me confesó que no lastimó a mi padre, a quien solo agradece por sobrevivir durmiendo entre la maleza de su chacra después de comer al ratón que come la yuca de sus chacras”.

Por segunda vez, la madre trató de encubrir la muerte de su padre en manos de sus parientes, diciendo: “Ya me acordé, hijito, ya me acordé: murió devorado por un feroz otorongo. Sí, así fue, hijito”.

En seguida, Pucunero fue en busca del otorongo y lo halló dormitando sobre un enorme tronco de árbol, en las inmediaciones de la chacra de su desaparecido padre. Acercándose, lo agarró a puntapiés, reclamando: “¡Otorongo, otorongo! ¡Devórame ahora mismo, tal como te devoraste a mi padre!”

“¡Imposible, hijo mío! –Contestó el meditabundo felino–. ¿Cómo es posible que me haya devorado a mi nieto si vivo durmiendo en esta palizada después de comerme al añuje que cazó en la maleza de su chacra?”

Disculpándose por tamaña calumnia ante el guardián de los cultivos de su padre, Pucunero retornó a casa, cavilando en la desaparición de su progenitor.

Llegando a casa contó a su madre lo ocurrido con el rey de la selva, diciendo: “Mamá, cuando encaré al otorongo por lo que se devoró a mi padre, me contestó: ‘Cómo pudiera devorarme a mi nieto si vivo durmiendo en la palizada de su chacra después de comerme al añuje que halló en la maleza de su chacra’.

Pero su madre, otra vez lo embaucó, diciendo: “No, hijo mío. Él no murió devorado por el otorongo. Ahora sí lo recuerdo muy bien. Es que él gustaba criar loros. Y cuando subía en un árbol hacia un nido, cayó y murió al instante. Así murió tu padre, hijo mío”.

Inmediatamente, Pucunero corrió en busca de nidos de aquellas aves trepadoras. Al instante, halló un nido en lo alto de una imponente charapilla, hacia donde subió muy raudo. Cuando llegó al refugio, muy a propósito, se soltó desde allí y cayó erguido al suelo y no murió.

Después de la experiencia del nido de loros, mientras regresaba meditando en la suerte de su padre, oyó bromear a un paujil, quien cantaba: “Nido, nidito, tun...”

Ehdúvára Llíjchuííhyoke ííñimye áñújcúnéllíí tsáhájuko ñná dííbyeke dibye méénújúcootúne. Áánemávára oomíjúcoobe ihjávú ííñimyévara ehdu cááníúvudítú néeneri íjtsámeííbyére. Aabévára ihjávú iwájtsíne tsíjjuke úúbáalletéhi: “Wáha, muurá ííñimyéké o néhcójeebe íllure oke llihíyóúvudítú néé: ‘Dííbyé úmíhé bájtsotá baajúriu máchohíjkyáne lííhpyeke o dóóne tájpi dííbyé úmíhé kijyéne pañe o cúwahíjkyabe muhdú íváraábeke táíááchikye o íhdóneri dsíjívéíyoóbe”.

Áánéllíihyévara díílle ájkímúré cááníúvuke dóóne tsííne tóónulle nééhií: “Tsáha, Lííhi. Muurájáa, ihdyu, oohííbyéré dííbyeúvuke dóóhií.

Ááneréjucónára Llíjchuííhyó ellévújuco oohííbye néhcovu pééneé. Aabévára dííbyeke ájtyúmíte cááníúvú illóhé kííjyé pañe cúwahíjkyáábeke, áábekévára tácáyújuubéré uhbáhi: “íÓhi, oohííbye! ¡Uuvára llihíyóúvuke u dóóhií, ahdu téhdure íkyooca oke didyo!”


Áábekévára oohííbyé áñújcúhi: “Tsáha, Lííhi. ¿Muhdú íváraábeke táíááchikye o dóóne oke ú waabyúhi? Íllure dííbyé úmíhé ihyóveri bírúmuji íjkyáábeke o dóóne tájpi dííbyé illóhé kííjyé pañe o cúwahíjkyabe muhdú íváraábeke táíááchikye o doóhi”.

“Juúju –neebévára Llíjchuííhyo–. Ehdúhaca ívane ñná idyé uke o méénúíya” –ñéénemávára oomíjúcoobe ihjávú, cááníúvúvara kíávú pééneri íjtsámeííbyére.

Aabévára idyé tsííne tsíjjuke neetéhi: “Wáha, muurá oohííbyeke llihíyóúvukévára dibye dóóne o nééténeéllíí íllure: ‘Muhdú íváraábeke táíááchikye o doóhi; dííbyé úmíhé ihyóveri bírúmuji íjkyáábeke o dóóne tájpi dííbyé illóhé kííjyé pañe o cúwahíjkyabe, muhdú íváraábeke táíááchikye o doóhi’, oke neébe”.

Áánéllíihyévara tsííne tsíjju dííbyeke íállííhére nééhií: “Tsáha, Lííhi. Tsáhápe oohííbyé dííbyeke dóótune. Botsíyéí ímííneúvú o ítsaavéhi: muuráhjáa, ihdyu, imílléwu lloorámuke íéénune ímílléhíjkyabe lloorámudítúyuré dócájyááveebe dsíjívéhi. Ehdúu dííkyááníúvú, líi, dsíjívéhi”. Ahdújucónára Llíjchuííhyó ellévújuco lloorámu páájí néhcoténe. Aabévára llétsújí wájcatu íjkyámeke íájtyúmíne néríívyéjucóóhií, áámedíuvára íúújeténe tétsihdyu dócáráaveííuube áákityé íjyócuhnécu; tsáhavára ñná dííbyeke pájtyetúne.

Aabévára lloorámudítúyú óómííbye, muhdúhjápe cááníúvu dsíjívéneri íjtsámeííbyéré péhíjkyánára, níimúco dííbyedi: “Íhkyo, íhkyocóo, tó...”, goocóhi.



Enfadado sobremanera por aquella mofa, Pucunero lo amenazó, diciendo: “¡Qué te pasa, oye, pájaro infeliz! ¿Crees que bromeo? Ahora mismo te mataré y te comeré por burlarte del hombre que va investigando la desaparición de su finado padre.

Entonces, el paujil, suplicando piedad, dijo: “¡No lo hagas, Pucunero! ¡No me mates, por favor! Solo trato de ayudarte, Pucunero. Solo quiero que sepas una cosa, Pucunerito”.

“¡Pájaro infeliz! ¿Qué noticia importante tienes para contarme?” –contestó el ofuscado Pucunero.

Entonces, el paujil le confesó, diciendo: “Pucunero, tú debes saber que no fueron los animales que buscas quienes mataron a tu padre, sino los varones de tu madre, los musmuquis de los horcones del cielo. Ellos son quienes se devoraron a tu padre, querido Pucunero”.

“Más te vale que sea cierto lo que me acabas de confesar” –se inquietó Pucunero.

En agradecimiento de esta confesión Pucunero creó el pico del paujil usando el ají de su madre. Desde aquel entonces el paujil tiene el pico de color rojo intenso.

Cuando Pucunero reanudaba su camino, meditando en la inesperada confesión del paujil, oyó a unos murciélagos mofarse de él.

¡Caramba! –se irritó Pucunero– ¿Es justo ironizar el trabajo que hago para descubrir a dónde fue mi padre, acaso? Les advierto que hoy no estoy de humor; ahora mismo los mataré con mi pucuna”.

Muy asustados, los murciélagos rogaron por sus vidas y le confesaron, diciendo: “¡No lo hagas, Pucunero! No nos mates, por favor. Solo queremos ayudarte en algo, Pucunero; solo queremos confesarte lo siguiente: Tu madre miente al decir que tu padre murió al caer del nido de unos loros, el otorongo se lo devoró, o murió mordido por la serpiente. Eso no es verdad, Pucunero. Él no fue devorado por esos animales; él fue devorado por varones de tu madre, los musmuquis de los horcones del cielo. Y esos varones viven en los dinteles de los horcones de la maloca de tu difunto padre, Pucunero. Cuando sales de cacería ella los llama a comer, diciendo: ‘¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!’. Y cuando descienden ella los alimenta muy atenta. Ahora mismo están durmiendo en aquellos horcones, Pucunero.

Aanéwáa tsaríwu dííbyeke pájtyénéllíi niimúcoke úhbaábe: “iñáami muubá néhñíhívaabe óhdi ú gooco! Kiávúhjané llihiyóuvú péébeke o néhcohíjkyáábedi ñná óhdi ú gooco, níhñécunu uke o llíjchúne o dóóíibye”.

Áaneríváa niimúco iíllityéne áñujcúhi: “Oke, ihdyu, Llijchu, llíjchudíñe, tó. Apááñéré ó imíllé uke o pñaabóne, Llijchu. Ukévá o úúbálleki, Llijchu”.

“iñáami néhñíhívaabe oke ú úúbálleéhi!” –áñújuubéváa Llijchuííhyo.

Áanéllíihyéváa niimúco dííbyeke úúballéhi: “Tsáhápe eene u néhcóné íámé dííkyáániúvuke dóótune, Llijchu. Ihdyúpe, dñtsñju ájkímúré, níjkyéj ajcúné teh múmúré, dííkyáániúvuke dóóhí, Llijchu”.


“¿Aca, íhya, ímíááne? –tsájúrééveebévápeécu –. Juu, ehdúha teéne”.

Ehdúváa niimúco cáániúvudítýú úúbálléne áhdó tsñjú dñhóutu dííbyeke ihwájñnuíñuúbe. Téénéllíihyévá niimúco ihwájñ tújpájíúvú dñhoúdu.

Aabéváa niimúco dííbyeke úúbálléneri íjtsámeíbyéré péhíjkyánáa idyé kíkiyéjuco dííbyedi: ‘dsorí, dsorí, dsorí, dsorí...’, góócóne.

“íÉéj! –neebévápeé–. iNéññíhívame ñná ámuha óhdi mé goocóhi! Imíyí o íjkyáábejñ, níhñécunu ámuhakye o llíjchuímye. Kiávúhjané llihiyóuvú péébeke o néhcohíjkyáábedi ñná ámuha óhdi mé góócohíjkyáhi”.

Áanéllíihyéváa mítyane iíllityéne, ídsjívéné íimíllétúne, néémeé: “iTsáha, Dsijtsu! Múúhakye ihdsu, Dsijtsu, dsijtsudsíñe. Ukévá, Dsijtsu, muha me úbádséwááheki; ukévá, Dsijtsu, muha me úbádséwááheki: ídsudse dñtsñju uke ádsihíjkyá ‘dsoodsámudsítsúu áákítséébe, oohíbyépe dsóóhií, ííñimýépe íhdsóhi’, íñéénedsi, Dsijtsu. Ihdsúpe dsíicáániúvuke dñtsñjú wajpíímú, níjkyéj ajcúné tsehmúmúdsé dsóóhi, Dsijtsu. Aame dsíicáániúvú apñhajcúné wanúwáanedsi, Dsijtsu. Áámeke udsévú u pééné boone kéévahíjcadse: iTsáwajpíímúú, níjkyéj ajcúné tsehmúmúú, mé majtsóvajúú! Aame nítsémeke mátsótsohíjkyadse, Dsijtsu. Aame tséhajcújñ pañe íkyooca íjkyáhi, Dsijtsu. Áámeke úmeco u méenune u ímídséhajtsíí dsíicáániúvú tsodsíjju níhábáhotu ú újcuúhi, áánetsu dsííbeúvú namíjtsaco dñtsñjú mujpáne pane, áánáa dsííbeúvú bñdsúmucó díídsé ovááwatsu, Dsijtsu; aane u dsójtsucúné u ímídséhajtsíí ú neéhi: ‘Wáha, ¿acápe muhsú ádsáábéwu o íjkyácooca ó nóhñohíjkyáhi?’.



Si deseas tomar venganza debes recuperar la pucuna de tu finado padre que está escondida en la cumblera de tu casa, su veneno está dentro los senos de tu madre, cuyos dardos están clavados en su pubis. Para recuperarlos, dirás a tu madre: ‘Mamá, ¿cómo lactaba cuando niño?’ Y mientras simulas lactar succionarás aquel veneno escondido en las mamas de tu madre, al tiempo de quitarle los dardos ubicados en su pubis. Haz conforme a nuestras instrucciones, Pucunero”.

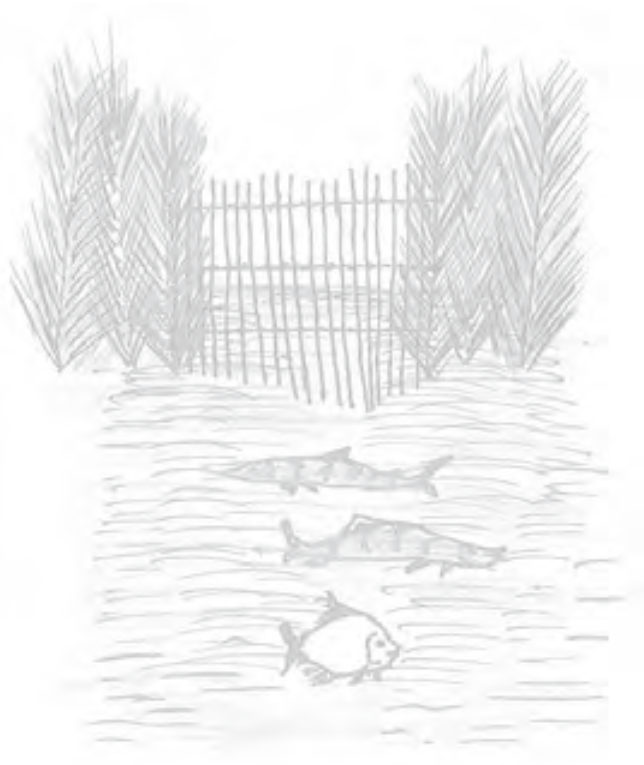
Enterado con más exactitud sobre la desaparición de su padre, a través de la confesión de los murciélagos, Pucunero, les dijo: “Muy bien, amigos; excelente dato. Muchas gracias por vuestra valiosa confesión”.

En agradecimiento de la confesión que hicieran los murciélagos, Pucunero creó las alas de los murciélagos con las hojas del tabaco de su difunto padre. Asimismo, creó sus cabezas con una porción del ampiri que dejó su padre en su morral. Antes de este suceso los murciélagos no tenían alas ni cabeza; pero gracias a la creatividad de Pucunero los murciélagos tuvieron cabezas y alas para volar.

Aane u ñóihjyúúñeįtséevdsi ú újcuúhi, áané adsúdsi bñdsúmuco ú tsábahjyúcuú díidsé ovááwatsu, Dsįtsu”.

Ehdúvára kiki Lljchuííhyoke cááníúvudítýú úúbállénelií, ‘ímiáanéhaaca’, némeííbye. Áánemávára diityéké mítyane téhdújtsoobe nééhíí: “Juu, ehdúha teéne. Tehdújuco ámuha oke ímíñeúvú me úúbálléne”.

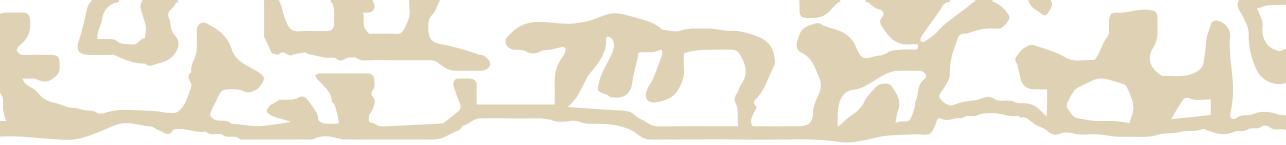
Aanévára ehdu dííbyeke kiki úúbálléne áhdó diityéké nuwááñuube cááníúvú waajácú bañéhé aamínetu, ícahpáyú pañe itsátýehíjkyánetu. Téhdurévára diityéké niwáúúnuube cááníúvú mamávýé maaníutu. Tééné ĩhdévára tsáhái kiki íhñúwáánema, íhñíwaúúnema íjkyatúne. Ihdyúvára Lljchuííhyó diityé níwaúúnema íhñúwaañe ípívýéįtsótsihdyu botsíyéi piivyétémé iwáámenéne.



• EPISODIO III •


PUCUNERO Y LOS VARONES DE SU MADRE





• EPISODIO III •

LLÍJCHUÍÍHYÓ TSÍÍJU ÁJKÍMUKE DÓÓNEÉ



Después que los murciélagos y el paujil revelaran los pormenores de la desaparición de su padre, Pucunero regresó a casa y fue a recostarse en su hamaca, taciturno, planificando una estrategia para apoderarse del veneno que se hallaba en el cuerpo de su madre. Y después de estar cavilando la treta, recostado en la hamaca, dijo a su madre: “Mamá, ¿podrías demostrarme cómo lactaba cuando niño?”

Esta propuesta inquietó sobremanera el corazón de su madre, quien dijo en sí: “¡Oh, no! ¿Quién ha de ser aquel necio que contó estas cosas a mi hijo?”

Muy a pesar de ello, fingiendo tranquilidad, contestó: “No, hijito. No es posible amamantarte ahora de grande, tal como lo hacías cuando niño”.

“No lo creo, mamá –insistió Pucunero–. Solo te pido que me dejes experimentar para saber cómo lactaba cuando niño”.

“No es lícito, hijito –volvió a negarle la apesadumbrada madre–. La gente diría que te estás acostando conmigo. Por lo tanto, es bochornoso que te vuelva a amamantar, hijito”.

“Por favor, madre mía –siguió insistiendo Pucunero–. Solo quiero comprobar cómo lactaba cuando niño”.

Desobedeciendo la advertencia de la madre, Pucunero la atrapó y succionó la pócima de su finado padre que se hallaba en las glándulas mamarias, mientras desprendía los dardos que se hallaban en la zona del pubis. En seguida, se subió a la cumbra de su maloca y extrajo la pucuna allí escondida, recuperando para sí todo el arsenal de cacería de su finado padre. Advirtiendo que todo estaba consumado, su madre se entristeció y rompió a llorar desconsoladamente. La venganza contra sus varones los musmuquis del cielo era evidente e irreversible.

Recuperando de esta manera toda la armadura de su padre, Pucunero trató de consolarla, diciendo: “Mamá, ahora sí podré cazar para que comas. Mañana mismo iré de cacería. Ya lo verás”.

Tal como convino con su madre, Pucunero comenzó a cazar todo tipo de animales con la letal pucuna, usando los dardos y la pócima de manera diestra.

Cierto día, Pucunero dijo a su madre: “Mamá, mañana iré a cazar muy lejos. Por eso te ruego que prepares abundante casabe para comer el producto de mi cacería”.

Aanéwáa kiki niimúcoma cááníúvukée ñná pájtyene úúballéné iwáájácúne Llíjchuííhyó ihjávú óómiibye ñná tsíjjuke néétuubéré víkyóóveté iwáábyavu, muhdú tsíjjudítýú cááníúvú namíjtyaco iújcúiyóneri íjtsámeííbyére. Aabéváa tééneri íjtsámeííbyé iwáábyari íjýácunúhíjkyátsihdyu tsíjjuke nééhií: “Wáha, ¿acápe muhdú éhne tsíímene o íjkyácooca o ñóhñohíjkyáhi, bóho?”

Aanéwáa ehdu Llíjchuííhyó nééne illéébóne: “íkyaj! ¿Múúberéjucó tsáma íveekí tájtsííméneke ímítýuju úúballéne?”, tsíjju tsájúreevé ííwúwá pañe. Tsúúca áábímyeíjýucoólle.

Aanéwáa ehdu íjtsámeiyóne áñújculle: “Tsáha, Líhi. Muhdúhjané áyáábéwu u ñóhñohíjkyané kéemeréjucó u íjkyáabeke muhdú tsiíñe uke o ñóhñótsóiyáhi”.

“Tsáha, wáha –neebéváa tsiíñe –. Cána bo, ihdyu, o ñóhñóro, o wáájácu muhdúhjáa áyáábéwu o íjkyácooca o ñóhñohíjkyáne”.

“Tsáha, Líhi –tsáhájt sórolléváa tsiíñe–. Míamúnaa nééiyá: ‘Diibyevá tsíjuma tódsíivéhi’. Ahdu nééne, ¿íveekí támujpáñevu uke o ájcúiyáhi, Líhi?”


“Tsáha, bóho, wáha –éhnííñevúreváa pátsárijkyoóbe –. Ihdyu, íllure o imíllé o éévelléne muhdúhjáa áyáábéwu o íjkyánaa o ñóhñohíjkyáne”.

Ehdúwáa tsíjju wájýumeiyóné pañe Llíjchuííhyó díílle ityábecáróne ímujpáñé ídñbévéne ícúí ñóihjýácó cááníúvú namíjtyaco, áané tujkéveríváa dííbyeúvú bírúmuco tábahjýucuube tsíjju ovááwatu; áané boonéváa níhbáhovu íñeríivýene újcújeebe cááníúvú lííñájá tollíjyu. Ehdúwáa tsúúca páneeréjucó cááníúvú lííñájá díbye újcune.

Ááneríváa tsíjju ílluréjucó ikímóóvéne tááneé; tsúúca waajácújucoolle díbye díílle ájkímuke úmeco imyéénúne dóóíñe.

Aanéwáa ehdu páneere cááníúvú lííñájá iújcúne Llíjchuííhyó tsíjjuke pítyajcóhi: “Wáha, íkyooca, ihdyu, botsíi úuma íñeeri o lííñájaa u dóhíjkyaki. Aabe péjcoréjucó o lííñájaateíñe”. Aabéváa tétsihdyu lííñájaabe tsívahíjkyá cuumú íáabeke, óóbawá íáabeke, náámóhó íáabeke, téhdure tsiíñé íáabeke; ihdyúwáa tsíjjuke íñéhdú tsúúca líjchuube páábé íáabeke cááníúvú tollíjyuri.

Tsájcoojíváa Llíjchuííhyó tsíjjuke nééhií: “Wáha, péjcore tsíhyulle o líjchúteé íámeke u dóókií. Ahdíkyane kémúúnécoba bújcájaaco o táávane me líéhdoki”.



Al día siguiente, ni bien despuntaba el día, Pucunero se dirigió a cazar adentro de la montaña, como acordó con su madre; sin embargo, simulando ir de cacería, se regresó desde una distancia prudente y se escondió entre unas ortigas que crecían en los alrededores de su maloca para observar cómo su madre atendía el desayuno a sus varones, los musmuquis de los horcones del cielo.

En tanto permanecía inmóvil en su escondite vio que su madre, después de asar el casabe, disponía el desayuno con los ajíes negros y porciones de cacahuate bien asados, erguida en media maloca, llamaba a sus varones al desayuno: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a desayunar!”


En seguida, bajaron muchísimos musmuquis, desde los horcones de la inmensa maloca; quienes, disponiéndose en corro en media maloca, comieron por todos lados lo que la mujer había preparado para ellos.

Concluido el frenesí del desayuno, después que los monos habían desaparecido por donde vinieron, la mujer guardó sus ajíes y se marchó para su chacra, canasta al hombro.

Cuando Pucunero vio que su madre había desaparecido por el camino de la chacra, salió de su escondite y dispuso la mesa del desayuno en media maloca e invocó la presencia de sus varones, tal como vio convocar a su madre: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a desayunar!”

Entonces, los musmuquis bajaron por doquier y se dispusieron en círculo y otra vez se pusieron a comer los casabes y ajíes servidos, distracción oportuna que usó Pucunero para aniquilar a los varones de su madre, verdugos de su padre, hasta no quedar ninguno.

Inmediatamente los chamuscó y cocinó en el nongo de los sacrificios de su madre, para luego comérselos hasta terminarlos. En seguida, cogió sus cráneos y dibujó sus cejas con el carbón del tiesto de su madre; luego, los colocó en los dinteles de los horcones de la maloca, donde solían estar. Finalmente, lavó muy bien la enorme olla de barro y procuró desaparecer todo rastro que le pudiera incriminarlo, y se marchó a la espesura del bosque, fingiendo ir de cacería.



Aabéváa tsíjkyoojį cúuvéuúvújuco ellévújuco ijchívyeiñúné, muhdúváhjáa tsíjjuke iijyu ipítajycódu. Aabéváa éhne múúne lliiñáaavu péhdu péébe wahájchotátú bájú pañétú ióómíñe áátájį pañévú ihjýá úniúvú páátánúmei muhdú tsiiju iwajpíímú níjkyéjį ajcúné teh múmuke kéévane íñteki.

Aabéváa tétsii ijyáacunúhíjkyánáa íitécunú tsúúca tsiiju tsarúwaháñema ijtyácojįñé ibújcájááne pímiñtsoháñema mátsájcaháñé ipááróne píñééjatu iwajpíímuke kéévájucóóne: “iTáwajpíímúú, níjkyéjį ajcúné teh múmúú, mé majchóvajúú!”

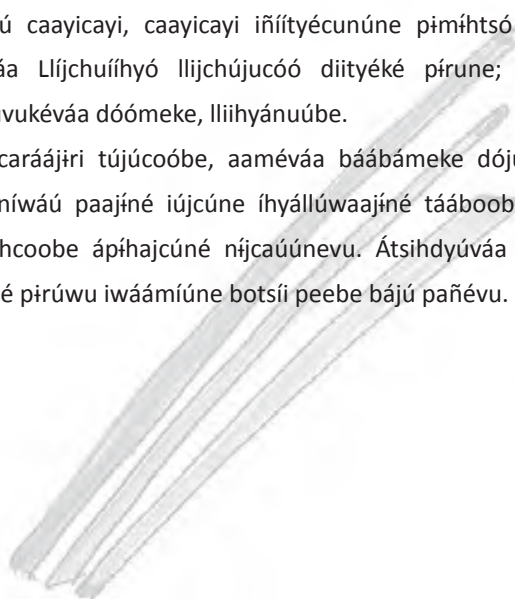
Ahdújucóvára pahájcvatú tééjácóbá apíhajcúnetu téhmuumu caayicayi, caayicayi niityécunú píñéé jávu, aamévára dille kéévánéhjį allúvú ímícáávéne pahúllevatú majchójucóóhíí.

Aallévára diityécoba imájchone ímivyédu iivára inítyénéhjiri óómíñe Boone pímiñtsoháñé ipíkyóóne péjucóó íumihévú, íuvérújtsi wahpákyunu.

Aanévára Llíjchuííhyó tsiiju íumihévú pééne íñténe ihjýávú ááhíveebe iiyéjuco pímiñtsoháñé ipááróne píuvájucóó tsíjju ájkímuke, muhdúváhjáa dille píuvádu: “iTáwajpíímúú, níjkyéjį ajcúné teh múmúú, mé majchóvajúú!”

Ahdújucóvára téhmuumu pahúllevatú caayicayi, caayicayi iñítyécunúne pímiñtso allúvú ímícáávéne mááhóhañe májchónára Llíjchuííhyó llijchújucóó diityéké píruné; tsúúca pámeekéré tsíjju wajpíímuke, cááníúvukévára dóómeke, lliihyánuúbe.

Áánemávára ícúí itsóómeke tsíjju caráájiri tújúcoóbe, aamévára báábameke dójúcoobe píruhnécu. Ááne boonévára diityé níwáú paajíne iújcúne íhyállúwaaajíne tááboobe tsíjju ullébá úniutu, áánemávára cá múruhcoobe apíhajcúné níjcaúúnevu. Átsihdyúvára cáraajį ímíñeúvú iníjtyúne páneere ujpáháñé píruwu iwáámíúne botsii peebe bájú pañévu.



• EPISODIO IV •

SACRIFICIO DE LA MADRE DE PUCUNERO

Pasado el mediodía la madre regresaba de su chacra y, dejando por un momento el proceso de elaboración de la yuca para el casabe, calentó sus ajíes y llamó a almorzar a sus varones: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!”

Como el rumor de la acostumbrada bullanguería vino a esfumarse a cierta distancia, la madre otra vez los invocó: “¡Mis varones, musmuquis de los horcones del cielo, vengan a comer!”

Cuando la mujer llamó por tercera vez, las calaveras se precipitaron desde lo alto los dinteles de la maloca y rodaron por tierra. Y viéndolos rodar, la desconsolada madre rompió en llanto incontrolable, jurando venganza: “¡Oh, no! ¿Por qué te comiste a mis varones, hijo mío? Así como hiciste con ellos harás conmigo también”.

Jurada la venganza ralló su yuca y corrió tras el camino del arroyo con el cántaro al hombro. Y dejando el cántaro por un momento en la orilla del riachuelo se dirigió al interior de su chacra y escupió en reiteradas ocasiones en ella. Establecido el conjuro, llenó el cántaro con agua y regresó a casa para exprimir la masa de yuca, por última vez.

En ese preciso momento Pucunero llegaba de cacería, con las manos vacías, quien, disimulando una cacería infructuosa, dijo a su madre: “No hallé cacería, madre mía. No traigo nada de caza a pesar de haber caminado muy lejos”.

“Qué mala suerte, hijito –contestó su madre, disimulando su tristeza–. Otro día hallarás caza para comer”.

Mientras degustaba el solariego almuerzo, la madre le rogó, diciendo: “Hijito, me parece tener un piqui en la planta del pie. Te ruego, por favor, que me lo extraigas cuando termines de almorzar”.

Concluido el almuerzo, Pucunero tomó una espina de pijuayo y procedió a extraer el piqui que se hallaba en la planta del pie de su madre, cuya herida quedó hecha un hoyo. En seguida, le contó el hallazgo del día: “Mamá, hallé un shimbillo muy frondoso, cuyos frutos están muy maduros, los que muchos animales van a comer”.

“¡Qué bien, hijo mío! –Contestó su madre, aceptando esta vez la preeminencia de su padre–. Ese shimbillo era el preferido de tu finado padre. Allí él cazaba muchos animales. Él me contaba que ni bien se ponía el sol la enorme choshna no tardaba en llegar.

• EPISODIO IV •

LLÍJCHUIÍHYODÍVÚ TSĤJU DÓÓTSÓMEÍÑE

Aanéváa cójįpıñné niiñévú tsúúca Llįjchuiíhyóįtsıjju úmıhétú wáįtsılle įpıçcaháñé ipáárone, řımıřtsóháné iákyówáįtsóne, tsiıñe keeváįucóó ihyáįkımuke: “įTáwajpıímúú, nįkyéį ajcúné teh múmúú, mé majchóvajúú!”

Ahdúįucóvára eene caayicayi, caayicayi itsáárone dáįj, pehįkyáme. Aanéváa múúbéubará tsáátúnéllıí tsiıñe pıúvároлле: “įTáwajpıímúú, nįkyéį ajcúné teh múmúú, mé majchóvajúú!”

Aamévára tsiıñe caayicayi, caayicayi, dáįj, péénéllıí tsiıñe dille pıúvánéllıí, ‘caaracara, caaracara, tóó’, níwáú paajiné áákityé ápıhájúné nįcaúúnetu, máátyobáreįuco díılleke:

“įkyaj! çıveekı táįtsıméné řıñe táwajpıımuke dóįucóóhıı? Ároobe tsá ámúhakyéré úmeco méénúıtyúne, téhdure ooke úmeco méénúııbye”.

Ehdúvára ihyáįkımúúvuke ityánéhįjı řcúı řpıçca icáátsóne íllıyıíhyó ipıhchúúvéne dsıñnelle múįcoįúvu, áıhllóvára téhı wáįú allúvú ipáároıñúne peelle úmıhé pañévu, áánemávára tépallı pañe únıchıhkyulle pıváįįyúva, áánemávára řcúı nųįpakyo iúįcúįéne óómılle dótsúhcuté ímaahóbá nihñéréįuco.

Áánáacávára tsúúca Llįjchuiíhyó wajtsıįucóó lliıřáįaatu, múúbéúbaké táávátuúbe. Aabévára tsıįjuke neeváhi: “Tsáha, wáha, caatyéıyóhaja. Tsıhyulléįucooro, wa, o úllene, ároobe keenéıyó o táávane”.

“Aava, lıíhi –áñúįcullévára, íkimóóveháñé áábúculłere–. Tsıįįyúca taava me dóókiı”.

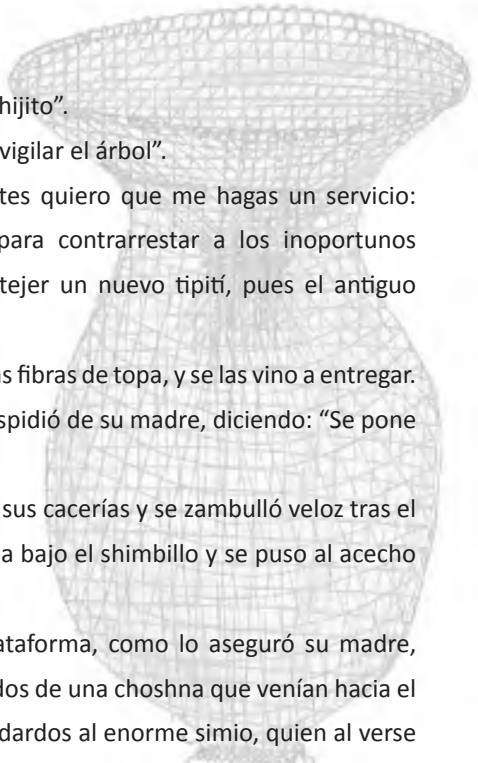

Áábé úmıwáuvára pımıřtsóhahñé ipáárone dibye máchohįkyánára neéllı: “Lıíhi, okéubá, mıá, nířpajı táįtyúhájıñénu. Úca u máįchonéhįjı u ímıvyédú oke dıhjácu”.

Ahdúįucóvára imájchonéhįjı řnįkéváné Boone mééméhé anéétó iúįcúįéne Llįjchuiíįyó tsıįjú túhájıñénu dıhjácu nířpáįıke, aanéváa páheįucoba coéváhi. Ááné boonévára díılleke úúbállebe: “Wáha, ílłletúne cúhllıwa ó uujéhi. Ílłletu mıtyane íámé lléénéné cuhllıwá ó áįtyumıhi”.

“įÉéé, lıíhi! –botsıyéıkyévára áñúįculle, cáanıúvúvára tsáįcoojı įkyane nééllere–. Teewáneecu díıkyáanıúvú cuhllıwa, íámeke dibye llįjchuhįkyawa. Cuuvéreváne wátéhcooba niıtyéhıkyáhi. Wa, ihdyu, lli, tehmete. Tsáįįyú múu ihdíkyáábeke ú taaváhi”.

“Ééé, wáha –áñúįcuubévára Llįjchuiíhyo–. Ípyeįcóįuco ó téhmetéıñe”.

“Juúįu, lıíhi –tsápįįtsollévára díıbyeke–. Aanéįřva, u péétúné řhde óómáııkye múútsúhetu wábohçóte, įįyévé oke nee ádohįkyáhi.



. Ve, pues, a vigilarlo, para ver si cazas algún animal, hijito”.

“Sí, mamá –repuso feliz Pucunero–. Esta noche iré a vigilar el árbol”.

“¡Cómo no, hijito! –Le motivó su madre–. Pero antes quiero que me hagas un servicio: necesito que me consigas resina de lechecaspi, para contrarrestar a los inoportunos mosquitos; también, necesito fibras de topa para tejer un nuevo tipití, pues el antiguo necesita ser reemplazado”.

Muy presto, Pucunero se dirigió a extraer la resina y las fibras de topa, y se las vino a entregar. Y como el crepúsculo anunciaba el final del día se despidió de su madre, diciendo: “Se pone el sol, mamá. Voy, pues, antes que anochezca”.

Sin perder más tiempo Pucunero tomó la pucuna de sus cacerías y se zambulló veloz tras el shimbillo. Una vez en allí, improvisó una ligera tarima bajo el shimbillo y se puso al acecho para cazar alguna desafortunada presa.

Mientras aguardaba caza desde su improvisada plataforma, como lo aseguró su madre, escuchó entre los árboles los característicos chasquidos de una choshna que venían hacia el shimbillo. Entonces, tomó su pucuna y picó algunos dardos al enorme simio, quien al verse aniquilado se puso a orinar desde lo alto. Luego, abriendo sus fauces, cayó en dirección de Pucunero con el objetivo de morderlo, pero éste esquivó hábilmente la mordida que solo alcanzó a averiar su pequeña tarima.

Este mono no era sino el alma de su madre, transformado en mono choshna cuando se cubrió el cuerpo con la resina del lechecaspi y algodón, para hacer la pelambre de mono, y fibras de topa como rabo; quien, provisto con los dientes de las columnas de la ira de su cielo, iba en busca de Pucunero con el único propósito de devorarlo y cobrar venganza a sus varones desaparecidos; sin embargo, no logró su cometido.

Después de matar a la enorme choshna Pucunero vigiló el árbol por el resto de la noche, pero ningún otro animal asomó al merendero.

Al despuntar el día el exitoso cazador cargó su pesada presa en un capillejo y se regresó a casa. Una vez en ella observó que la fogata de su madre expedía gran cantidad de humo dentro la chacra. Entonces, la llamó: “¡Mamá, mamá, ya llegué! Cacé una choshna, mamá; ven rápido, por favor”.

Áhdure tsúuca íñe mé wahmíllíwu nójcanúhi, méemái daacuté wahmíllityu táwahníj u núúkií’.

Ahdújucóvaaa Llíjchuííhyó ícúhjícu ipyééne múútsuhe iwábóhcóne wahmíllí áácune, áánemávaaa ihjávú íóómíñe ájcutéébé tsíjjuke. Ááné boonévaaa tsúuca nuha áábaténéllíí tsíjjuke neébe: “Cúvéhréjuco, wa, teéne. Ói o péjucóóhií’.

Ahdújucóvaaa Llíjchuííhyó íllííñájá tollíjyú íékcévéne dsíñene cúhllíwá tujkévetu. Aabévaaa cúhllíwá llííñétu iwáíjñvaténe tehméjucóó múijyú tsané íáábé tsáábeke illíjchuki.

Aabévaaa íwáíj allúrí íámeke llíñémuúacunúhíjkyánáa, tsíjívúvaaa néhdújuco, cuuvére wácha ‘joo, joo; wáteewáte, wáteewáte’, tsájucóó wácháábówá tujkévetu. Áánéllíihyéva tsúuca ítyollíjyuri llíjchúcuúcoobe wácháhcóbake. Aabévaaa díbye llíjchúcuube dííbyeke nijpákyunúhi, áánemávaaa íwáávéne áákityéébé dííbyé tujkévetu dííbyeke íñhdóroki, áronáacávaaa díbye waajáwu wáríhyóóvénáa íwáíjréjuco díbye wátsahjyúcuéne.

lhdyúváchacáa tsíjju naavéneréjuco íjkyalle, díbyévaaa múútsúhetu wábóhcóneri páneere íjpi inííñúmeíñe méniikyómúbatu ícáñjñcúmeíñe, wahmíllívu íibowáánúmeíñe, wácháhdivu píívyetéllé eene dííbyé tujkévetu pehíjkyá dííbyeke idyóoro íwajpíímuúvu áhdo. Aallévaaa eene íumécó nijkyéjñhewááñetu ííhwáíjñnúmeíñe dííbyé tujkévetu áákityé dííbyeke íñhdóroki, áronáacávaaa tsá dille névéjtsotúne.

Aanévvaaa wácháhcóbake ityáávané boone téhmépéjucóvéroobe tsíjtye íámeke, áronáacávaaa tsáhájucó múúbéubará tsájúcootúne. Aabévaaa tene tsítsíivédú iwácháhcóbake iwááhímúnúne oomíjyucóó ááhívu, aabévaaa tsíhyullétú ítécunuté tsíjju píñhúbááhá íñe imíjyaú úmíñe pañe ámópákyoúcuúne, áánéllíihyévvaaa píuvájúcoóbe: “íWáha, waháro, tsúuca o tsájucóóhií! Wáchááke ó taaváhi; wa, dicha’.

“íJuúju, llíhi! –áñújcullévapéé– íWa, ellévú ditsóó!

Ahdújucóvaaa íjkyujúwá idónéjtsóne tsójúcoobe wácháákeé; ááné boonévaaa íímíbájchóóbeke tújúcoóbe tsíjju caráájiri. Aanévvaaa tútaco báábane ipíñáóne tsííñe píuvároobe tsíjjuke: “íWáha, waháro, tsúuca tútaco baabáhií! íWa, dicha, me dóókíí!”

“íJuúju, llíhi! –tsííñévaaa áñújculle– íWa, ellévú didyóó, ói ó ávúhcutéhíí!”

Ahdújucóvaaa tsáheecójj bohtáj pañévú íbóhdóne íjtyácó maahóuma Llíjchuííhyó dójucóóhií.



“¡Qué bien, hijito! –Respondió su madre – ¡Ve chamuscándolo!

Sin medir consecuencias, avivó la fogata y comenzó a chamuscar al enorme mono. En seguida, arregló la carne y la cocinó en el nongo de su madre. Una vez listo el timbuche bajó del fuego y llamó de nuevo a su madre: “¡Mamá, mamita, el desayuno está servido! ¡Ven pronto para desayunar juntos!”

“¡Muy bien, hijito! –Otra vez contestó la voz– ¡Ve desayunando; voy a tomarme un baño!” Entonces, Pucunero tomó un plato y se sirvió algunas presas, y procedió a devorárselas, acompañando con el exquisito casabe de almidón puro. Como veía que su madre no regresaba aun, la llamó de nuevo: “¡Mamita, mamita! Ven pronto para degustar nuestro exquisito timbuche, que casi lo acabo”. “¡Cómo no, hijito! –Contestó por última vez la voz– Ve comiendo; recojo mi ají y voy en seguida”.

Y aquella voz que contestaba como la de su madre no era sino la de su fantasma, a través de los esputos que dejó dentro la chacra la tarde anterior, antes de transformarse en choshna. En tanto iba comiendo las presas de su timbuche, Pucunero tomó una pata del mono y procedió a devorárselo. Y mientras iba comiéndola vio un orificio en el mismo arco central de la pata, e impresionado sobremanera con el hecho, dijo: “¡Oh, no! ¿No estoy comiendo a mi propia madre, acaso? Pues este es el orificio del piqui que le extraje ayer”.

Dicho esto, soltó la pata y fue corriendo hacia la chacra, hallando totalmente apagado el shunto que habían levantado el día anterior. En seguida, la culpabilidad de haberse devorado a su propia madre se convirtió en un terror incontrolable que ahogó su alma hasta convertirlo en un ser de semblante fantasmagórico.

Regresando a la maloca, entre sollozos y gritos lúgubres, se juró diciendo: “¡Es mi madre a quien me devoré! ¿Por qué, maldita sea, me devoré a mi propia madre? Juro que no me quedaré aquí aguantando tamaña desdicha; ahora mismo me transformaré en el padre de la frivolidad y caminaré errante por los bosques”.

A continuación, tomó su morral y metió en él, entre otras cosas que pudieran servirle durante la errabunda travesía que acababa de establecer, el ají de su devorada madre. Y con la pucuna de cacería de su difunto padre al hombro tomó un derrotero sin fin por el corazón del implacable bosque.

Aabéváa tsíju tsáátunéi ítérone tsiíne dílleke: “iWáha, waháro, dichájú, bo, me dóó dúrúvahívane mé tutácóó; díjtyane ó pírujtsodííéé!” –píúvaráhi.

“iJuúju, líhi! –nihñéréjucónáa dille áñujcúne– iWa, ellévú didyóó; tádhóúha o ábájveuí ó újcutéhí!”

Ihdýváhacáa tsíjuúvú naavéneréjuco dilléváa iijyu wáchádiu pívyetétúné ihde úmihé pañe úníhíhkyuíñúne míamúnaádú dílbyeke áñúcuhiíkyáhi.

Aanéváa páneeréjuco éécone idyóóné níjcauvu Líjchuííhó úmóbajtúhá iékéévéne wájpóllánuubéré dóóbe ítécutnú téjtuhájpínétú páheju íjkyane, áaneríváa mítyane íllityéne: “íkyaj! ¿Acáubá íne tsá wáháákere o dóótune? Muurá íhyeju nípájíkéijyu dílleke o dhíjácuhéju”, némeíhi.

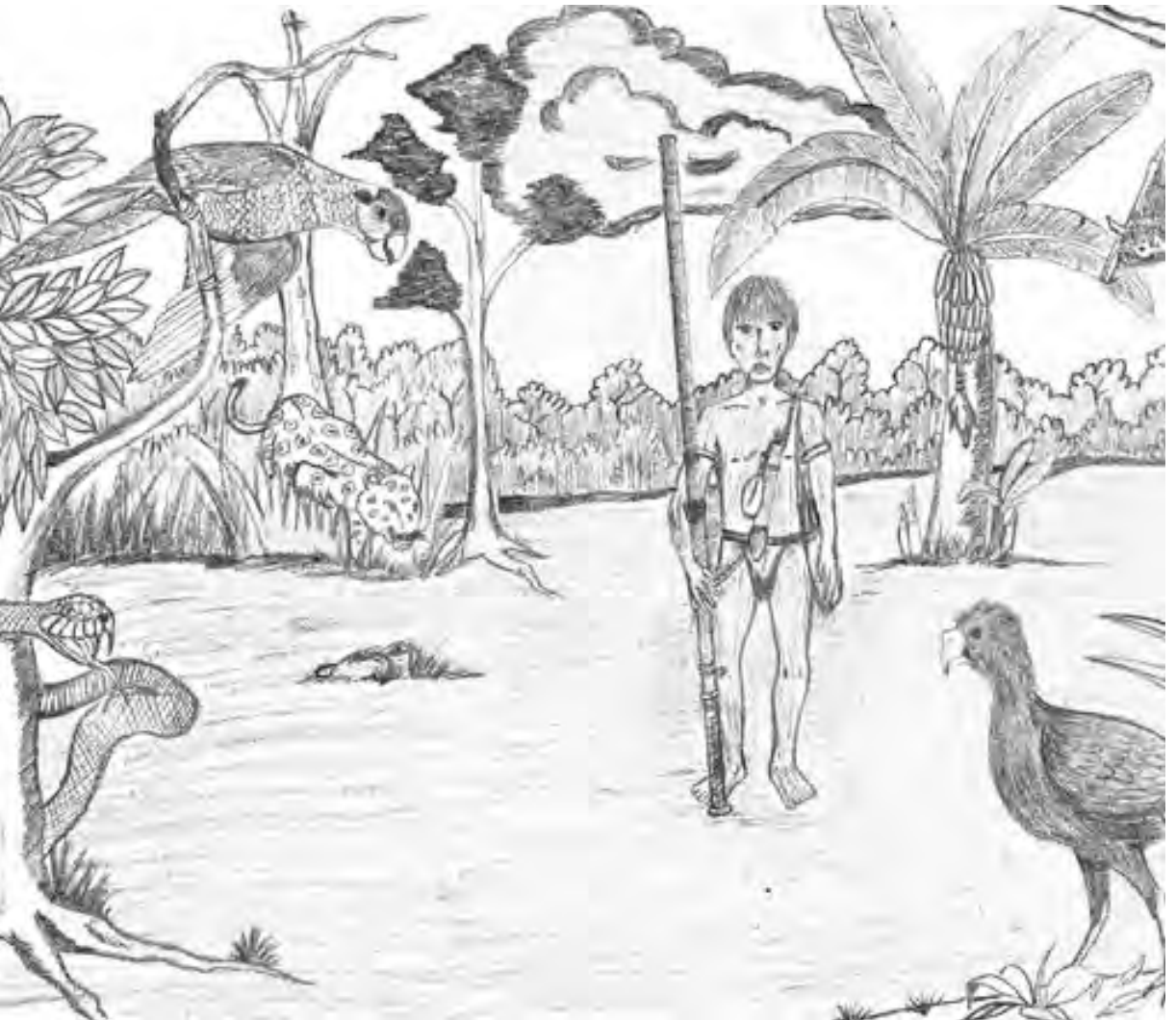
Aabéváa mítyanére téeneri íllityéne téjtuha iwááóne dsíhénéjucóó úmihé pañévu, aabéváa ájtyúmité dilléváa iijyu píhñuíñúne tsucáaaháñé tsúúcoténe; tsá múubará íjkyatúne. Tsúuca ílluréjuco cúhllíhyedívuréjuco díbye cápáyoovéné tsíjjuke idyóóneri íbúú pañe íllityénema. Aanéváa téhullétú íóómíne mítyane wáníjkyámeíbyeré tájucóó: “iDíllekéjucóha íne wáhááke o dóóneé! ¿íveekiami tsáma wáhááke o do? Aanéhaca idyé íchihyi o íjkyáíbyejívari. iÚúpíyí aabájaabéréjuco bájúháñeri ílluú néétune o úllííbye!”

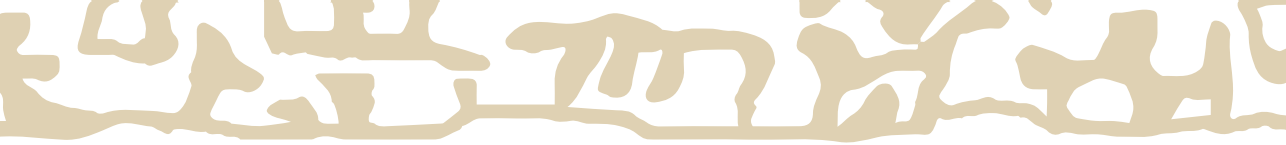
Éhduhíváa tsíjuúvuke idyóólleke ityánéhjì ícahpáyú pañévu uácoobe tsíjuúvú dhíhóuma tsíñéhjì múhduná díbye lííñenéhjì, áánemáváa cáánívú lííñájá tollíjyú iékééveíñúne ílluú néétune uupíyivýjúcoobe bájúháñé pañévu.



• EPISODIO V •


PUCUNERO Y EL FANTASMA DE SU MADRE





• EPISODIO V •

LLÍJCHURÍDÍVÚ TSÍÍJUÚVÚ NAAVÉNÉ BÓHÓWAAVÉNE



Después de devorarse a su madre y los musmuquis, Pucunero, transformado en el amo de la futilidad, viajaba sin rumbo por los bosques y montañas buscando poner fin a su frívola vida. Desde entonces vagaba por doquier pernoctando donde le daba la noche, sufriendo los embates del hambre y sin tener que alguien le tendiera una mano o un bocado de pan. Una tarde, mientras caminaba sin rumbo por las montañas, escuchó unas carcajadas de mujer en aquellos inhóspitos parajes. Al acercarse sigiloso en esa dirección Pucunero vio dos mariposas morpho azul, de muy hermoso parecer, quienes reían graciosamente mientras juntaban frutos de lechecaspi. Acercándose a ellas, preguntó: “¿Se puede saber qué es lo que hacen aquí?”

Absortas con su repentina aparición, las damiselas contestaron: “¿Qué sorpresa, Pucunero? Pues, por aquí se sabe que te convertiste en amo de la futilidad luego de haberte devorado a tu propia madre. Aquí vamos juntando frutos de lechecaspi para comer. Sube y coge algunos frutos para comer, por favor. Pero, te advertimos que no debes comer ninguno allá arriba. Solo cuando hayas bajado comeremos todos juntos”.

“¡De acuerdo! –contestó–. Subiré a coger para que coman frutos muy frescos”.

En seguida, Pucunero subió arriba del árbol y comenzó a coger abundantes y deliciosos frutos de lechecaspi para sus inesperadas amigas. Como el hambre torturaba sus enjutas entrañas, tomó unos frutos y se los comió furtivamente, cuyas cáscaras intentó tirar lo más lejos posible, desde lo alto del árbol; sin embargo, las féminas, que iban juntando por todos los rincones, se toparon con ellas. Entonces, preguntaron: “Amigo, Pucunero, nos parece que estás comiendo algunos frutos allá arriba; pues, he aquí las cáscaras que tiraste. Te prohibimos comer el fruto de nuestro lechecaspi, pero desobedeciste nuestro mandato, tal como desobedeciste y te comiste a tu propia madre, para luego convertirte en amo de la futilidad. Ahora no tendrás escapatoria”.

A continuación, las morpho azul golpearon el tallo del lechecaspi con sus alas quedando exageradamente abultado. Finalmente, las extrañas féminas desaparecieron por el bosque, sin dejar rastro alguno.

Tras ellas el desamparado Pucunero intentó escapar de su abultada prisión, pero le fue imposible huir por cuanto el tallo del lechecaspi estaba peligrosamente cebado.

Llíchuríváa tsíjjuúvuke ihyájkímuma idyóóne úúpíyí aabájáábedívú pívvyetéébé bájúháñeri pehíjkyá illúú néétune, dsíjívéháñé néhcoobére. Aabévaa kiá ííjyunútsíhjíri ihdíkyátsíhjíri cúwaabéré pehíjkyá, ájyábaúvuma, múubará díbyeke piáábóuba majchómá iájcúne ímíllétuúbe.

Tsájcuuvévaa bájúháñé pañe dibye péhíjkyánáa lleebúacunúteebe míityépi badsíjcájamúpi ‘íjijji, íjijji,’ góócohíjkyáne; ihdyúváhacáa táwáhmíhójimééwamúpi. Áámúpi tujkévetúvaa choocówu ipyéene íttécunúúbé íné imíjyaú néené badsíjcájamúpi múútsúhé lliiñe múútsu méémupíré góócohíjkyáne. Áámúpikévaa díllotéébe: “¿íináami ámuhipi mé meénu?”


Áábekévaa iúvanúne díbyedi úllévenúmúpiré néehíi: “¿Aca kiátú eene, Llíchhu, u tsáá, dítsíjjuúvukévaa u dóóne úúpíyí aabájaabe u íjkyáabe? Ihdyu, muhipi íchii múútsu mé mehíjkyáhi. Múhpiáváa óvíjyucu nérívvyéne djico me llééneki; aabe, állíkyóhrevá múúne u néébe, tsáhái tsáhbáuba cáamevu u lléénéityúne. Tsatsíhvúu u níityécooca baavu mé llééneéhi”.

“Juúju –añújcuubévápeé –. Ané ói ámuhipima ó íjcóhi”.

Ehdúvaa íñéene ellévújuco Llíchhuri nériivvyéne múútsúheri. Aabévaa imíwu múútsu náámene íjcójucóó diityépi allúvu. Aanévaa ájyaba díbyeke cáávátúnéllíi: “Óvíjyucu tsaco o lléénene’, íñemeíñe tsaco iújcúne lleenéjucóóhi, áánemávaa tsíhyullévújucooro témíhe dibye cáámetu wááoróne, áronáacávaa múútsucóóné bád síjcájamúpi píhkyumúpiré péémupi ájtyúmité témíhe. Áánemávaa díllomúpi: “Llíchhu, ¿úubá muurá tsúúca ú lleenéhi? Íñéhaca témíhe u újpañe íchii. ¿íveekí tsá múhpike u lléébotúne? Ehdívaabévaa dítsíjjuúvuke u dóóne úúpíyí aabájaabe u íjkyáabe íveekí múhpi muútsúhe néévá ú lleené uke muhipi me bóíjkyúnáaáca. Íkyooca óvíároobe kiátú ú níityéhi”.

Ehdúvaa táwáhmíhójimééwamúpi Llíchhuríké iúhbáne múútsúhé déjuco wábérejco páoodsíriho, tsúúca múútsúhé déjuco pítyúútsomúpi. Áánemávaa bájúháñé pañévú úmívájúcoomúpi.

Áané boonévaa iiyéjuco múútsúhé níjcaúvu cóévaabe tsá pívvyetétú muhdú íñíityene, tééhé déjuco óóríñetu, áánemávaa ílluréjuco dibye kímóóvemeíñe: “¡Ooréhdené wáháake o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!



Y al no tener ninguna posibilidad para escaparse de esa prisión se sentó en la alguna rama del árbol y comenzó a lamentar su mala suerte, vociferando: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad...! Cautivo en lo alto del lechecaspi Pucunero aprovechó para comer algunos frutos que quedaron allí, por algún tiempo. Al cabo, no quedó ningún fruto en el árbol para llenar su estómago, quedando a merced del hambre, nuevamente.

Mientras permanecía prisionero en aquel lugar, una noche escuchó una choshna, que era el alma de su madre convertida en mono, acercarse a él, traqueteando las ramas de los árboles.

Cuando el alma llegó al lechecaspi vio que su hijo estaba en lo alto del árbol, quien al notar que se trataba de su madre intentó llamarla, pero más pesó su culpabilidad que se puso a llorar desconsoladamente.

Entonces, el alma de su madre dijo: “¡Hijo mío! ¿Se puede saber qué haces aquí y en esta vil situación? Esto intenté advertirte cuando te decía: ‘La venganza no es buena amiga, hijo mío’. Sin embargo, fue difícil convencerte que te abstuvieras de tomar represalias contra mis hombres; y al final me comiste, sin siquiera pensar en nuestro bienestar. Ahora estás aquí pasando penurias, como siempre las tendrás, pagando las consecuencias de tus desvaríos. ¿Trajiste algo de nuestro ají, acaso?

“Sí, mamá, traigo algunos” –contestó Pucunero, restregándose las gruesas lágrimas que recorrían sus ojerosas mejillas. Y extrayendo un ají macusari de su morral Pucunero se lo dio, el cual introdujo entre sus fauces y procedió a masticarlo, cuyo ardor comenzó a crisar su paladar hasta llenar con abundante saliva. En seguida, escupió el ensalivado hasta el suelo convirtiéndolo en una liana llamada esputo de choshna.

“Listo, hijo mío –concluyó el alma–. Cada cierto tiempo la probarás pellizcándola. Cuando veas que la cáscara esté aún blanca, no estará lista para que la uses. Solo cuando veas que su corteza se tiñe de rojo, entonces estará lista para usarla y podrás escapar por ella. Teniendo en cuenta lo necio que eres, no te atrevas a bajar mientras no esté madura. Obedéceme, por favor. Eso es todo, por mi parte” –instruyendo, se marchó del lugar.

Aabéváa múútsúhé nǎjcaúvú cóevaabe mútsucóóné cóeváné náámene lléénehǎjkyá tsúúcaja, áánéhǎjǎ tájpiíkyéváa íkyahǎjkyáabe. Aanéváa pájtyedu ílluréjuco dibye tsiíñe ájyabáávatéhǎjkyáne.

Áánácáváa tétsii dibye tsúúcaja ícúbáhrámeíhǎjkyánáa tsápejco llééboobe wácha ‘joo, joo’, dííbyé tujkévetu tsááneé, ihdyúváhacáa tsǎjjuúvú naavéné wácha múútsu lléénevu tsahǎjkyáhi.

Aabéváa múútsúhé nǎjcaúvú wájtsǎibe ñitécunuté tééhé nǎjcauri íjtsǎiméné íjyáacunúhǎjkyáne. Áállekéváa iájtyúmíne, íWáha!, íñéérótsihvu ílluréjuco dibye mítyane kímoovéne.


Áábekéváa tsǎjjuúvú naavéné wácha nééhíí: “íTájtsǎiméne! íñánána goocóǎjǎva íchii ú meénu? Ehdǎvanéhdéné uke ‘óvíjyacóóné, lli, úmeco’ o néhǎjkyánácáne íveekí táwajpíímukéne u dóóhíí, átsihdyúne nihñéréé oke u dóó, ímíhyené me íjkyáíyócoóca. Aabe íllújuco íñe dílleebótú nǎjcaúvú ú úújeténe; aabe íchii ú ícúbáhrámeí u íjkyáídyújuco. íA tsáhanácuné mé júúajúatu u tsívatúne?”

“Ééeneću, wáha. Ohnéću ó tsiváhi” –áñújuubéváa imáátyoháñé íwádsíuúvuri íjkyane páákyúmeíbyére. Aabéváa ícahpáyú pañétú dííhou macotsááriu íáábyúcuéne ájcuube díílleke, aaúváa íhǎjyú pañévú iwááómeíñe dícháchájcolle, aanéváa íhǎjyú béébévétsónetu uráhtsaba tóhaavéné uníkyunúllé baavújuco, tsúúca móóhouéréjuco, ‘wáchá uníu’ némeíñé moohóu.

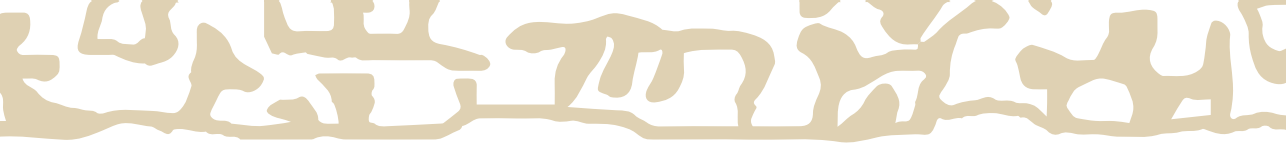
“Áyu, tájtsǎiméne –níwáávelléváa dííbyeke–. Íu ú dóbóriúcuíhǎjkyáa pívájcoojǎvá pájtyéné boóne. Aane tsítsííneúvú témiñe néécooca tsáhái u nítyéityúne; sanééréí tújpámǎheúvú u dóbóriúcucooca botsíí ú nítyeé tééuri. Álíkyó múúne u néébe íhde níityédííñe. Tsáma oke cáhcújtsoco. Ahdíkyane wái, lli, dííkyá, ói o péjucóóhíí” –nélleréváa ellévújuco pééneé.

Ááné boonéváa pívájcoojǎvá pájtyéné boone dóbóriúcuube tsítsǎíneúvúíikyé móóhóu mǎñhe, áánemáváa téhmehǎjkyáabe tsúúcajájjuco, aabéváa ííkyahǎjkyádú ájyábari múútsúhé nǎjcauri ícúbáhrámeíhǎjkyáhi. Aanéváa pívájcoojǎvá pájtyedu tsiíñe dóbóriúcuú téhduréí tsítsǎíneúvú témiñhe; téhdure tsiíñe téhmehǎjkyáabe pívájcoojǎva.

Múhahǎjchótatú tsiíñe dóbóriúcuube tsúúca tújpáñeúvújuco móóhú mǎñhe, ááneríváa mítyane íímíjyúúvéne tsúúca níityéjúcoóbe, áánemáváa tsiíñe idyé ellévújuco dibye íhdíkyáneri pééne bájú lliíñe.



Pasados algunos días el desdichado Pucunero probaba la liana para ver si estaba madura, para escapar por ella, pero notaba que la corteza aún estaba blanquecina; entonces aguardaba algún tiempo adicional esperando su madurez. Pasados otros días otra vez pellizcaba la liana; sin embargo, la cáscara seguía alba; entonces, siguió esperando. Al cabo de muchos días pellizó de nuevo la corteza de la liana y esta vez sí estaba rojiza, como símbolo de su madurez. Entonces, se alegró muchísimo y la usó para escapar de la abultada prisión y retomar su infinito viaje a través de los bosques.



• EPISODIO VI •

PUCUNERO Y LAS SETAS

Después de liberarse del lechecaspi hechizado por las princesas morpho azul, Pucunero nuevamente viajaba vagabundo por los bosques sin hallar asilo ni ayuda oportuna.

Mientras caminaba, una mañana escuchó las carcajadas de otras mujeres, que se acusaban mutuamente, diciendo: “¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor! ¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor!”

Sorprendido con la presencia humana, y creyendo hallar consuelo en ellas, se dijo: “¡Vaya! ¿Quiénes han de ser las que ríen por allí sin siquiera imaginar que me muero de hambre? Voy a ubicarlas para pedirles comida”.

Aliviado con el supuesto hallazgo caminó sigiloso en dirección de las carcajadas y no halló absolutamente a nadie. Y cuando reanudaba su caminar, después de investigar aquellos siniestros parajes, oyó nuevamente las misteriosas carcajadas y voces que decían: “¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor! ¡Oye, amiga, no me cercenes la naricita, por favor!” Entonces regresó raudamente al lugar y buscó a las personas y no halló a nadie.

“Es este el lugar en que reían las personas” –murmurando, se ponía a investigar el lugar, sin éxito. Y cuando retomaba su camino, por tercera vez las voces rieron y bromearon entre sí. Convencido de localizarlas, esta vez, regresó al lugar y rebuscó minuciosamente cada rincón y halló unas setas pegadas en un palo podrido que halló tirado entre la hojarasca. “Pudieran ser éstas las que me están sugestionando” –protestando, las arrancó con la punta de su pucuna y las pisoteó. En seguida, reanudó su errabunda caminata y nunca más volvió a escuchar las risotadas ni las bromas.

“Lo sabía –refunfuñó, Pucunero–. Sabía que aquellas desdichadas setas eran las que me sugestionaban sabiendo que me estaba muriendo de hambre. ¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

• EPISODIO VI •

LLÍJCHURÍKÉ GORÓÓMÚ WÁJYÁMUNÚNE

Aanéváa múútsuhe Táváhmíhójiimééwamúpí pítýúútsóhetu tsííjuúvú naavéné wácháhdí Llíjchuríké píáábóneri níityeebe tsiiñe bájúháñeri ájyábaúvuma pehíjkyá úúpíyívyeebére.

Aabéváa tsájcooji idyé tsiiñe lleebúacunúté walléemú tsáhullétú: “iíjji, iíjji! Oke, muulle, tátyúúwuúné wápíyújudíñe. iíjji, iíjji! Oke, muulle, tátyúúwuúné wápíyújudíñe” – góócohiíkyáne.

Aanéváa: “iíkyaj! –neébe–. ¿Aca múha éhne ílletu góócohiíkyá ájyábaúvuma o íjyánáaáca? Ói ó néhcoté diityé pimíhtsoháñetu o májchoki”, –iñéene péjúcoobe tétsíi tujkévetu.

Aabéváa dityéne góócohiíkyátsihvu iúújeténe íítehiíkyará tsá múubará íjkyatúne. Aabéváa tétsíhji íítehiíkyároné ellévújuco tsiiñe péébe wahájchotaréi íjyánáa tsiiñe: “iíjji, iíjji! Oke, muulle, tátyúúwuúné wápíyújudíñe. iíjji, iíjji! Oke, muulle, tátyúúwuúné wápíyújudíñe”, –gocóme. Áánéllíihyéváa tsiiñe oómiíbye. Aabéváa idyé tsiiñe dityéne góócohiíkyatsíhji íítehiíkyará, tsá múubará íjkyatúne.

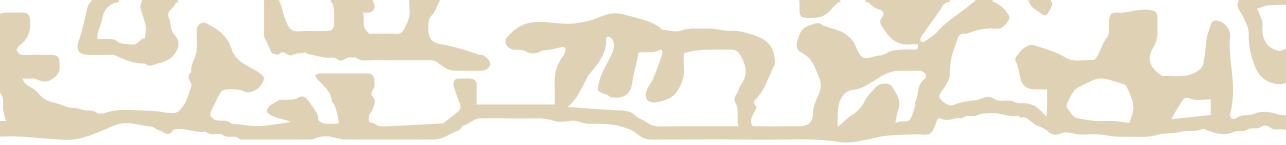
“Ááneráhjané íchihíyé góócohiíkyáme”, –iiváa iñéene dibye tsiiñe péérónáa béhnétu gocóme. Áánéllíihyéváa tsiiñe ióómíñe ímíñeúvú tétsíhji iñéhcóhulle ítéacunúúbé nóónóhoba jhóné pañe íjkyábari goróómú pílluhjúacunúmeke, áámekéváa: “Íjtyéubá íñe oke wajyámúnuhíjkyáhi”, iñéene ítyollíjyú níjcauri ipíyújúmeke tádírhcoóbe, áánemáváa péébe tsáhájuco mújyú lléébotú múubará góócóne.

“Ayúju –némeíbyevapéé–. Diityéjúcohjané néhnhívame goróómú íveekí oke wajyámúnuhíjkyané ájyábaúvuma o íjyánáaáca” –illíhkyámeíñemáváa tsiiñe: “iOoréhdené wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáabeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi” –támeíhíjkyáabe.

• EPISODIO VII •


PUCUNERO Y EL ESCORPIÓN





• EPISODIO VII •

LLÍJCHURÍKÉ ÓÓVHO WÁJYÁMUNÚNE



Después del incidente con las callampas Pucunero nuevamente caminaba sin rumbo por el bosque. En tanto viajaba un día oyó los gritos de alguna persona en esos remotos lugares. Y acercándose sigiloso hacia el lugar en que oyó los gritos logró dilucidar que aquella voz era de un hombre, quien invitaba efusivamente: “¡Oigan! ¿Habrá alguna persona en estos lugares? ¡Si están allí, vengan pronto y coman del fruto macizo de mi pan del árbol!”.

Emocionado, y motivado con la insólita invitación, Pucunero caminó hacia el lugar del convite. Pero cuando llegó al lugar donde oyó vociferar a la persona no halló a nadie. Y después de echar un vistazo al lugar retomó su errante caminar.

Cuando estaba aún cerca oyó nuevamente los gritos: “¡Oigan! ¿Habrá alguna persona en estos lugares? ¡Si están allí, vengan pronto y coman del fruto macizo de mi pan del árbol!” Entonces, regresó raudo al lugar en que oyó vociferar al escurridizo hombre y otra vez no halló a nadie, en absoluto.

“Este es el lugar en que oí los gritos” –se decía, después de husmear el ambiente. Pero al examinar con más detenimiento el terreno halló un pequeño escorpión que descansaba ufano sobre la hojarasca.

“Este majadero debe ser el mentiroso parlanchín” –diciendo, lo machacó con la punta de su pucuna y se marchó del lugar, para nunca más volver a escuchar los gritos.

Después de cubrir un largo y agotador trecho Pucunero se topó con el moribundo escorpión que dejó moliendo con el caño de su pucuna aquella mañana. Y muy sorprendido con el reencuentro, dijo: “¡Vaya! ¿No es este el escorpión que dejé matando esta mañana? Ahora iré en esta dirección para no toparme de nuevo con él”.

Al cabo de recorrer otro fatigoso trecho halló nuevamente al triturado escorpión, que yacía inerte entre la hojarasca. Entonces, tomó un camino que le pareció más derecho, pero se topó de nuevo con el mismo cadáver.

“No entiendo cómo estoy caminando” –se ponía a renegar. En seguida, tomó otro rumbo, al cabo del cual se topó por tercera vez con el desventurado escorpión. “Tal vez solo sea una treta de esta insignificante sabandija”, murmurando, tomó al escorpión y ensambló sus partes.

Goróomuváa Llíjchuríké máváríjchómeke ipípíyújcútsihdyu tsiíñe pevé bájuri péhíjkyaaabe tsíjyú lleeúbucunúté tsaate tsíhyulle íhjúcunúhíjkyáne. Áámé tujkévetúvára péébe lleeúbucunú wajpi íhjúcunúhíjkyáne: “íÚu, úu, úúuu! ¿A tsáhana íchíhjíri tsaatéuba me íjkyatúnéé? íTaéllevu me tsááne íñe tadyáarí najáutu mé majchováá!”


“íMuúbe! –ímíjyúúveebévapeé–. Ílléhaca áátye naja majchóhi. Ói diityé éllētu ó májchotéhi; ávyeta ó ajoyábáavatéhi”. Aabévára téhullévújúcooro péébe tsá múubaké ájtyúmitúne. Aabévára dityéne íhjúcunúhíjkyátsihvu iúújeténe ítéhíjkyará, caatyéiyó míamúnaa tétsíhjíri. Aanévára ítéhíjkyároné ellévújuco péébe wahájchotaréi íjkyánaa tsiíñe: “íÚu, úu, úúuu! ¿A tsáhana íchíhjíri tsaatéuba me íjkyatúnéé? íTaéllevu me tsááne íñe tadyáarí najáutu mé majchováá!” –íhjúcunúme. Áánéllíihyévára tsiíñe óómiibye idyé dityéne íhjúcunúhíjkyatsíhjí ítéhíjkyará, tsá múubará íjkyatúne.

“Muuráhjané íchihíyé íhjúcunúhíjkyáme” –nehíjkyaabévára tétsíhjí ítétérónema. Aabévára tétsíhjí ímíñeúvú íñéhcohulle ítécunú óóvího jíhóné allúri cáwayúcunúhíjkyáabeke. Áánemávára: “Áánúbá, mía, oke wajyámúnuhíjkyáhi” –íñéene ítyollíjyú níjcáuri cátsútsúhcoobe óóvíhóke, áánemávára tétsihdyu péjúcoobe tsáhájucó mújyú lléébójúcootú múúbéubará tétsíhjí vahrábáneri íhjúcunúhíjkyáne.

Aabévára múhajchótácóbaúvú bájú llíiñe péhíjkyaaabe cábúúveté cúúvénetúvára óóvíhóke ícátsútsúhcohóbedívu. Áábekévára íájtyúmíne neébe: “íÚj! Muuráhjane áánúke cúúvénetújuco o llííhyanúíñúúbedívu tsiíñe íñe ó wajtsíhi. Íkyooca íllévuréjuco o pééíñe”.

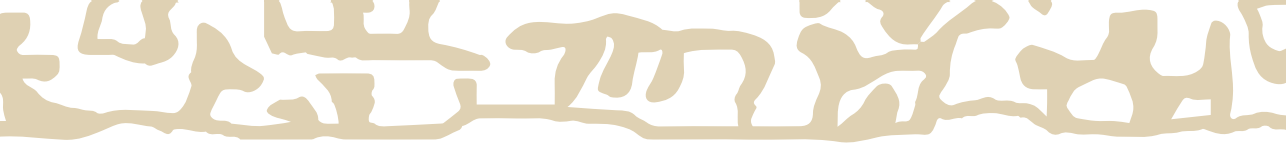
Aabévára idyé tsúúcaja iúlléhíjkyané níjcáuvu tsiíñe úújeté bíwáábedívure, áánéllíihyévára íkyooca tsatújkevéréjuco díbye pééneé, aabévára tsíhyulléjuco ipyéhíjkyané níjcáutu tsiíñe cábúúveté óóvíhó ítéméhodívu.

“¿Muhdúami ó úlléhíjkyá? ¿Íllurúbá ó mujtáhi?” –íivára illíhkyámeíñe tsiíñe tsííñeríjyúcooro díbye péérónára tsúúcajátú bíwáábedívu óóvíhódívu díbye cábúúvetéhi. Áánéllíihyévára: “¿Íllurúbá áánu oke wajyámunúhi?” –íñéene óóvíhó ítéméhoúvuke iújcúne cámahcoobe béhnétúu, áánemává ícahpáyú pañétú máániu iújcúne dífíbye bowááñuúbe, átsihdyúvára íhñé umécó catújíwatu pílluhjácoobe íñuuówá íjkyaiñe; tééwari ávyé míamúnáake díbye núúowa.



A continuación, extrajo un poco de ampiri de su morral y creó su cola, en la que introdujo el aguijón con la astilla del palmiche de su irascibilidad, cuya picadura suele ser insoportable. Asimismo, con el mismo ampiri, creó dos apéndices, uno a cada lado, los cuales son sus manguarés de la aridez de sus poderes. Si alguien recibe una picadura, mientras el veneno hace estragos en la víctima, el escorpión percuta sus manguarés para incrementar el dolor acompañado de un hormigueo. Cuentan las leyendas que antes de estas transformaciones el escorpión era una sabandija noble y sin aguijones.

Hechas las alteraciones en el cuerpo del alacrán, Pucunero retomó su camino y nunca más volvió a verlo durante su travesía.



Téhduréváa máániu idyóvihiyíkyúne néjuwááñuube dííbyeke, teenévá dííbyé daari cumúhooúné íjkyane; aanévá múúne íñamíjtyá catújíwari díbye mífamúnáake núúone berébéré diityéké avyé díbye mívájíúacunúúbéré íkyumúhooúcú áámúnáaáca. Ehdúvára Llíjchuri óóvihóké méénútúné ihde ímíáábé dííbye; tsáhavára nuuóóbé díbye íjkyatúne. Aanévára éhduhji Llíjchuri óóvihóké íbábáñuíñúne péébe tsáhájucó múijyú dííbyedívú cábúúvetúne.



• EPISODIO VIII •

PUCUNERO Y EL OSO PEREZOSO

Después de los hechos singulares experimentados con el escéptico escorpión, Pucunero caminaba perdido por un denso bosque. Mientras caminada errante halló a un oso perezoso, a quien dijo: “¿Tanto afán por aquí sin tenderme la mano para saciar mi hambre?”

Sorprendido con el reclamo, el pelejo, contestó: “Pucunero, ¿qué significa sentir hambre? No conozco qué es el hambre”.

Anonadado con tamaña osadía, Pucunero, propuso: “Camina conmigo y lo sabrás muy pronto, amigo”.

Desde aquel instante el oso perezoso y Pucunero caminaron juntos por la selva, sorteando todo árbol de los que se alimentan los folívoros; tales como el bellacocaspi, el copal, la cecropia, entre otros.

El fin que tenía Pucunero para con el oso perezoso era impedir que se alimentara por algún tiempo y experimentase el hambre, en respuesta a su páfida ignorancia cuando dijo no conocer qué era el hambre. Para entonces los osos perezosos aún tenían la cola larga.

Días iban y días venían cuando el pelejo comenzó a sentir mucha hambre. Y al no conseguir con qué aplacar su hambre comenzó a devorar un pedazo de su cola, botana que sirvió de poco para sobrevivir escasos días. Como la escasez alimentaria seguía constriñendo sus entrañas, esta vez el oso perezoso se devoró una pieza adicional, seguido de otra, como días en austeridad. Al otro día se devoró el último vestigio de su cola, quedando en el recuerdo la existencia de su pedúnculo prensil.

Entonces dijo a Pucunero: “Amigo, ahora sí conozco eso que tú llamas hambre. Por mí mismo he experimentado qué es sentir hambre”.

“Muy bien. Eso es lo que yo llamo hambre, amigo. He ahí el resultado del escarnio que habéis echado en la cara del famélico errante que recorre los bosques, sin rumbo fijo” – refunfuñando, Pucunero se deshizo del perezoso que se había devorado su enorme cola.

• EPISODIO VIII •

LLÍJCHURĪ DAALLÍKYÉ ÍÍBÓWAVU DÓÓTSONE

Llījchurĭkeváa óóvĭho mávárĭchohĭjkyáné boone tsiĭĭne idyé bájúháñeri pehĭjkyaa be úúpíyívyeebére, aabéváa tsájcoojĭ úújeté daallídĭvu, áábemáváa ĭñáhbévájcatsĭĭne neébe: “ĭñáami ámuha íchĭi mé úllehĭjky aájyabaúvuma o ĭjkyánáaáca?”

Áábekéváa daalli dillóhi: “ĭAca ĭñá, Llījchu, ájyaba? Tsá muurá o wáájácúú ĭñá ájyaba ĭjkyane”.

Ehdúváa dibye néeneri Llījchurĭ ĭtsájúúrérévéne dííbyeke neéhiĭ: “Úi, muube, ú waajácúúhi”. Aabéváa daalli tétsihdyu Llījchurĭmá óíívyeiñúhi, áábemáváa cátsíívyehĭjkyaa be múhduná ĭĭne daallímú máchohĭjkyáné uméhééné, dohpójĭ, mííjĭllejĭ, márámáhe, téhdure tsíhŷehjĭ.

Ihdyúváa Llījchurĭ wáájácúroobe daallíkyé cátsíívyétsohĭjkyá dibye páneere májchóné uméhééné, dibyéváa: “ĭñáami ájyaba”, mítyájkímŷeiñé allútu; dííbyeke ĭñá ájyaba ĭjkyane iúwááboki. Téjyúikyéváa daallímú bowááñé cááméwácobájĭ.

Aanéváa tsájcoojĭ dityétsĭ péhĭjkyánáa tsúúca daalli azybáávatéjucóóhiĭ. Áánéllĭihyéváa ĭñá ĭmájchótyúnéllĭí ííbówá nĭjcau doóbe, áánemáváa aabúúroobéi ájyaba pívájcoojĭva; árónáacáváa tsiĭĭne íájyabáávaténéllĭí tsívĭiu doóbe. Aanéváa éhñííñevúré íájyabáávaténéllĭí tsúúca oúhóú ííbówa doóbe. Aanéváa téhdure tsĭjkyoojĭ ájyaba dííbyeke cáávátúnéllĭí nihñéetsĭíbaréjuco dibye dómeĭĭne. Ehdúváa ííbówa daalli pĭrŷjtsóhi.

Átsihdyúváa neebe Llījchurĭke: “Llījchu, ĭñéhaca éhne ú néhĭjkyáné ájyaba. Íkyoooca, ihdyu, botsĭi ó waajácú ĭñá ájyaba ĭjkyane”.

“Ééé, muúbe, Eenéhdené teene o néhĭjkyáné ájyaba, muúbe. Ehdú bájúháñeri o úllehĭjkyaa be o ájyabáávaténeri óhdi ú uuhívatéhĭjkyáhi” –ĭñéénemáváa tétsihvu pĭkyoíñuube daallíkyé, bówáávatúúbekéréjuco. Ehdúvá nétsihvu daallímú tsá bówáávatúne.

• EPISODIO IX •


PUCUNERO Y LAS HIJAS DE LA ANACONDA
DE LOS PECES





• EPISODIO IX •

LLÍJCHUR† DÓORÁME BÓÓÁ AJYÚWAMÚPIKE
TÁÁBAVÁNE



Después de la experiencia realizada con el oso perezoso una mañana el errabundo Pucunero llegó a divisar dos hermosas mujeres que, muy contentas, juntaban moras en su canasta bajo del follaje de la selva.


Al notar que eran sumamente hermosas el vagabundo se enamoró de ellas y juró, diciendo: “¡Vaya! Estas hermosas señoritas tienen que ser mías”. Y cegado del amor a primera vista, Pucunero caminó sigiloso hacia ellas, quienes al notar que el extraño ser asomaba su rostro entre los arbustos, huyeron despavoridas y se lanzaron al río, para guarecerse allí. Eran peces sábalo con apariencia de hermosas princesas.

“¿A dónde habrán huido de mi presencia?” –murmurando, Pucunero las buscó en la orilla del río, sin resultado positivo. Entonces, optó por ocultarse en las inmediaciones y aguardó por ellas, quienes minutos más tarde asomaban sus esbeltas figuras, riendo a carcajadas, reanudando la búsqueda de moras. Por segunda vez, el parlanchín quiso acercarse a ellas; sin embargo, otra vez corrieron a esconderse entre las aguas, de modo que Pucunero no podía aproximarse a ellas.

Como vio que era imposible atraparlas, acudió a los poderes del ampiri de su sabiduría y meditó en sus espíritus. En seguida, tejió una trampa en base a la corteza de la topa de sus pescas y juntó muchas moras sobre ella y la colocó sobre la hojarasca, y se escondió debajo del mogote, aguardando pacientemente por sus escurridizas enamoradas.

Cuando emergieron del agua una de ellas divisó el montículo de moras y, muy efusiva, dio aviso a su hermana, diciendo: “¡Hermana, he aquí una pila de moras! ¡Ven, ayúdame a juntarlas!”

Cuando las señoritas se acercaban muy felices al inusual hallazgo, y se inclinaban para juntar las moras, Pucunero las atrapó raudamente y las contuvo entre sus brazos y las desposó inmediatamente. A continuación, levantó una maloca para vivir con sus nuevas esposas, e hizo una imponente chacra en la que fructificó todo fruto que se siembra dentro la chacra, para el sustento diario. Y cosechando de la abundante yuca de aquella fecunda chacra las mujeres preparaban el casabe, el ají negro y la cahuana dulce para que el marido pueda alimentarse.




Daallíkyeváa íbówavu idóotsóíñúne bówáávátúúbekéréjuco tétshjívú ipíkyoíñúne tsiíñe bájúháñeri úpíyívyeebéré péhíjkyaa tsájcoojí Llíjchurí úújeté ñné imíjyaú néené badsícájamúpí cájáhéllíñe lléenehíjkyámúpídívu, aamúpíváa góocomúpíré cája íuvérujtsíkyú pañévú mehíjkyáhi. Áámúpíkéváa tsúúca Llíjchurí imílléhi. Áánemáváa: “¡Áyúú! Imíwu badsícájamúpí néémúpíke ó táábávaáhi” –némeíbye. Áánemáváa chooco diityépi éllevu péébeke iáptyúmíne dsíinéjúcoomúpí téhi pañévújuco gojoo. Ihdyúváhacáa íñjímééwamúpíré amóóbemééwamúpí diityépi.

“¿Aca kiávú íñe áatyépi ímíhívamúpí óhdityu wááhi?” –iiváa íñéene téhi úníúúné íñéhcórone páátánumeíbye úméhe déjuvu diityépike ityéhmeki. Áánaacáváa tsiíñe tsúúca: ‘tjítjít, íjítjít’, góocomúpíré tsáámupí tsiíñe cája meeváhi. Áánéllíihyéváa tsiíñe díbye pñhívérónáa dsíñnemúpí bíváhullévu. Tsáhváa díbye pívyetétú muhdú diityépidívú ipñhívéne.

Áánéllíihyéváa íwaajácú maaníuri imámávyéne cája tsatsíhvú jhóné allúvú píhkyuúbe, áánemáváa pñnéé míhóúcoke icájihtúcúne mñhoba témíhéhéjtu nuúbe, áánemáváa cája témíhó allúvú ipíkyóóne téené lliíñévú wálláaveébe, áánemáváa íbúwají díbye íjyáacunúhíjkyánáa tsiíñe badsícájamúpí góocomúpíré tsájucóóhi.

Áámúpídityuváa tsáápille cája páhbahya néene iáptyúmíne íñáalleke néehí: “¡Muúlle, éje, íñéhaca imíwu mééma páhbahya dojcóhi! ¡Ellétú ñcúí píhkyuco!” Ehdúváa imíjyúúvemúpíré téene éllevu péémupí dóllo néérónáa ñcúí ámabúcuube tsamúpíkéjuco, áámúpíkéváa téijyújuco díbye táábaváne. Áámúpímáváa tsúúca ánúmeíbyé tétshjívú, áánemáváa ñcúí ihñé májchotá uwáájirí íúmíhénúne páneere múhduná oove íjkyanéjéj úmíhé pañe bájtsóobe, áánemáváa néévátsoobe méwamyúpí ióóveki. Aanéváa úmíhécoba uuváwu píccáhañe néénetu iújcune icáátsóne dííbyema mááhou, cáhgúnuco, píccaba méénuhíjkyamúpí. Tsáhaváa ñná diityédítýú víótúne; íjkyáneváa tútsíbajúné, mútsítsíbajúné, cúdsíbajúné, baajurí, pákyoomu, pícca, mátsajca; múhdunétá óóveta íjkyane íjkyá diityéma, áronáacáváa tsá ténehjé dítyépi ímíllehíjkyatú imájchone. Diityépiáváa táávahíjkyároobe íámeke, téhduréváa píkyuhíkyároobe amómeke, áronéhjíváa tsá dítyépi ímíllehíjkyatúne. Aanéváa ñná díbye táávaróné dítyépi ímíllehíjkyatúné íjtsaméiyi díbye íkyahíjkyánáa tsájcuuvénetu tsáápille mááho búccáhíjkyánáa íttécunúllé íjíváwú ihjyá wáíjí úníuri ríhóríhó pééneé,



Entonces, tenían parcelas de guaba, caimito, piña, yuca comestible, yuca dulce, mandioca, cacahuate, y todo fruto que sirve de sustento para la subsistencia del hombre bora; sin embargo, toda esta opulencia no era del gusto de las esposas de Pucunero. Además, Pucunero cazaba diversos animales y pescaba muchos peces para que se alimentasen sus amadas esposas, pero estas comidas no eran de su agrado.

Una mañana, mientras cavilaba en cómo solucionar el problema alimentario de sus esposas, Pucunero vio que una de ellas, en el preciso momento en que asaba el casabe, atrapó una oruga de la guaba que pasaba por las inmediaciones de su tarima y la metió debajo del tiesto. Una vez tostada la oruga, la mujer se la comió, con muchas ansias, acompañando con abundante casabe.

“¡He ahí la solución! ¡Esas orugas son la comida preferida de mis esposas!” –exclamó, Pucunero. Inmediatamente llenó toda su parcela de guabas con todo tipo de orugas, desde marcelinas, argantes, automolis, hasta toda especie de orugas comestibles, para que sus esposas pudieran alimentarse abundantemente.

Cosechándolas, las tostaban en su tiesto y se las comían con mucho agrado, separando algunos hatos para convidar a su padre, la Anaconda de los Peces de las Aguas, en lo profundo del lago. Atraído por el inusual festín su hermano menor atinó a venir con ellas a tierra, quien también se deleitaba comiéndose las sabrosísimas y mantecosas orugas.

Un día, mientras las mujeres estaban en la chacra, Pucunero tejía una red de pesca entre los horcones de la entrada de la maloca, a quien el cuñado tenía en vilo molestándolo en todo momento. Mientras hacía sus travesuras el pequeño preguntaba en reiteradas ocasiones acerca del tejido. Entonces, muy enfadado, Pucunero contestaba con voz gutural: “Es una red”. Insatisfecho con tantas travesuras que hacía, el pequeño pez sábalo salía por la puerta posterior de la maloca e ingresaba corriendo por la puerta principal, mientras Pucunero hilvanaba peligrosamente la red. Fastidiado por la desobediencia de su cuñado, Pucunero le advirtió: “Esta vez cuando entres a la casa debes quedarte dentro, pues la red que estoy por terminar bloqueará la entrada. Si desobedeces quedarás atrapado en la trampa”. Sin embargo, el pequeño pez entró de nuevo por la puerta principal y quedó atrapado en la red que bloqueaba la entrada principal de la maloca.


áábekéváa #cúí iékéévéne úlléba lliiñévú wááolle, aabéváa imíwu wáhjámeíbyeke imyéwu lléhdolle, Llíchuri #ténáaaca. Áánéliihyéva: “iAatyékéha, ihdyu, aatyépi imílléhi!”, iñéene ityutsibájú nuhnévatétsoobe #jiwárehaja, nahcómúrehaja, áaruhómúrehaja; múhduná iñe míamúnaa dóone núhneke méénuube ityáábamúpi idyóhíjkyaki.

Áámekéváa iújcúne íullébari iwárhcomeke muutépi dohíjkyáhi. Áánetúvára tsaatéke iújcúne páhajjii ichíjchúne tsájcoopi cáánikye, Nújpakyóóne Dóóráme Bóóake, dóótsotémúpi móóá déjucóvu. Ehdúvára imíwu dityépi núhneke dóhíjkyané iájtyúmíne iñáhbéwu diityépi ma tsáá íiñujivu, aabéváa diityépi élletu dohíjkyá mítyane panéva núhneke.

Tsájcoojívára méwamyúpi úmíhé pañe píca cáátsohíjkyánáa aahi Llíchuri tsínu llééhówatu iwájtyújcúne nuhíjkyáhi. Áábé únirívára ityónúúbéwu #cúné úníutu pátsáríkyohíjkyá dílbyeke, aabéváa díllóhíjkyá #ná díbye núúneé, áábekéváa íjkyé pañe ‘jújújuú’, áñúcuhijkyaaabe. Áábéwuúvára #cuubéré bádsíwáhéjutu íjchívyéne llééhówatu úcááveíñuhíkyáhi. Aanévára Llíchuríke tsaríwu néenélii neébe: “Íkyooca u úcááveebe ílléréjucu díikyaco, muurá tsúúca tsínu o nájkeváne llééhowa wátájcoóhi. Tsiiñe ílletu u úcáávehajchí ú wábyéveéhi”. Ehdúvára néébere iñúútá wábyécuhíjkyáhi. Aanévára ityónúúbéwu lléébótuube tsiiñe llééhówatu úcáávénaa tsúúca tsínu páneeréjucu llééhowa wátájconeri ipájtyéróhulle úúveébe, áábekéváa iújcúne méwá pímhítsó iwátyuácójpaari tújúcoobe, áábekéváa doóbe. Áábekéváa idyóóne boone ihñe májchotá iñújúkyotu iújcúne kíjtyuube dílbyedu néébeke, áánemávára méwá ulléba úníutu ityáábóne ihñe píivyetétsó bañéwari íbátsuhjácoobe tsúúca amóóberéjucu, áánemávára ácádsíjcaáyoobe áachívu.

Ahdu néene, Llíchurívára ípívyéjtsóné iñíjiva múúne íayáne tehíwuúneri cúúvéwaúvú ílbówa néébeé. Áábeke kíjtyúmé mééméba wañéhjiri kejchójitu, dílbyedítyú májtsívamére. Ehdúvára ityónúúbeke idyóóne boone Llíchuri íjyáacunúhíjkyánáa tsúúca dílbyé táábamúpi wajtsíjucóó úmíhétu, aamúpívára #técunú túhúhréjucu áachi iñáhbéwu íjkyane. Tsáhavára díbye diityépi éllewu ímíllétú ípíhívéne. Áánéliihyéva díllómúpi Llíchuríke: “¿Aca kíá múhpí nahbe, muúbe?” Áámúpikévára áñújcuúbe: “Mu, áádi, étsii áachi #cuúbe”.

Áábekéváa ípíúvahíjkyároné neemúpi Llíchuríke: “¿Aca íveekí tsáhájucu múhpíke díbye ímíllétúne? Keenécó díbye píhívéne. Muhdúhjáubáhané dílbyeke ú meenúhi”.



En seguida, Pucunero lo atrapó y cocinó en el ají de sus esposas y lo comió. Y para reemplazarlo, tomó un pedazo de la topa de sus alimentos y fabricó un pez semejante al que acababa de comerse, cuya cola pintó con el hollín del tiesto de sus mujeres. Finalmente, con el Tabaco de su Creación sopló en él aliento de vida, transformándolo en un nuevo pez, al que soltó fuera. Este pez creado por Pucunero es conocido como sabalillo, que únicamente habita las pequeñas quebradas de la selva, con la cola matizada de color oscuro. Durante las fiestas de la Chicha de Pijuayo lo representan tallándolo en el casco del invitado principal, celebrándolo con canciones alusivas a su creación.

Mientras las entrañas de Pucunero digerían la esencia de las carnes de su cuñado, sus esposas llegaban de la chacra, quienes notaron una actitud esquivada en el hermano menor, a quien hallaron fuera de la maloca sin querer acercarse a ellas. Entonces, preguntaron a Pucunero: “Oye, Pucunero ¿dónde está nuestro hermanito?”

“Ahí lo tienen jugando afuera” –contestó. Cansadas de tanto rogar las mujeres otra vez preguntaron a Pucunero: “¿Por qué nuestro humano se muestra renuente con nosotras y rehúsa nuestra compañía? ¿Qué has hecho con él? “No lo sé –volvió a mentirles–. Les juro que no le hice ningún mal”.

En tanto continuaba la extraña persecución, una de ellas intentaba disponer su ají sobre su fogata para calentarlo, pero se percató que la sopa estaba sumamente grasosa. Inculcando al marido sobre el suceso, dijeron: “Pucunero, tú te comiste a nuestro hermano, porque encontramos su grasa en esta sopa ¡Qué no te vas a comer a nuestro hermano si te comiste a tu propia madre!

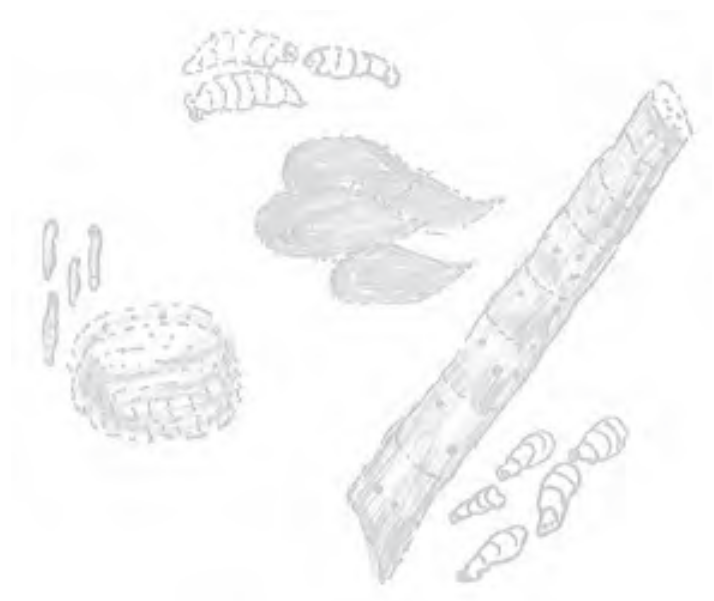
Desenmascarándolo, corrieron al fondo del lago y denunciaron ante su padre, la Anaconda de los Peces, la fechoría que Pucunero acababa de hacer. Muy enfadado con la noticia, el padre les propuso: “¿Qué tipo de hombre es aquel con el que ustedes se casaron? Tráiganlo para conocerlo; porque, ni bien se cosecha el fruto de mi pijuayo se hará una gran fiesta”.

En seguida, se fueron a tierra y trajeron consigo a Pucunero. Pero antes de sumergirlo le pusieron el poder de la inhalación del agua para que pueda respirar dentro del lago. Cuando llegó a la casa de la Anaconda de los Peces se sentó en su cocamera y se puso a dialogar amablemente con el suegro.

“Tsá o wáájácutúne –tóonuubévapéé–. Tsáhané muhdú dííbyeke o méénutúne”.

Áábekéváa tsiíñe púvahíjkyáromúpi. Tsáhaváa dibye diityépike ímilljúcootúne. Dityépiwáa púhíwérónáa dsínehíjkyaaabe diityépidityu. Áánáacáváa tsáápille ípimíhtsó iékéévéne íjkyujúwá allúvú wátyuácórónáa íttécunú ípimíhtsó dúúruba íjkyane. Áánélliihyéváa díllomúpi: “Líjchu, úhjané muurá u dóó múhpí náhbeke. Íñe muurá dííbye dúúrú íjpá pañe. Íná, díítsííjuváa íjkyárólle u dóóbe awáá íveekí múhpí náhbeke tsá u ítsáávéityúne”.

Ehdúváa dííbyeke íúhbáne dsíinéjúcoomúpi cáání éllevu téhí pañévu, áábekéváa úúbáalletémúpi Líjchurí diityépi náhbeke dóóneé. Áánélliihyéváa diityépike neébe: “¿Muhdíwáábekéamí ámuhpí me tájivaabe ímítyunéhjí dáríwémei? Mé ujcúte o wáájácutúne; muurá íñe támyeeméhe néévá tsúuca tújpañe o ááhíwétsóne lléváhréjuco ámejca o lléévátsoíñe”. Ahdújucóváa ipyééne újcújemúpi Líjchuríké móóá pañévu. Aamúpiwáa nújpkáyó pañévu ítsájtyétúné ihde dííbyeke ajcú íwaajácú allíjchuvu, dibyéwáa nújpkáyó pañe íállíjchuki. Aabéváa Nújpkayóóné Dóóráme Bóóá javu wájtsíibe ácuúveté íbáábé tavíhyejúvu, áánemáváa ihjúvatéébé dííbyema.



• EPISODIO X •

LA VENGANZA DE LOS PECES

Una tarde, mientras despiojaba a sus esposas, Pucunero presumía de su colorido y espléndido logro, murmurando: “Sucedió hace mucho tiempo, ¿verdad? Sucedió hace mucho tiempo, ¿verdad?”

Intrigada una de ellas por la petulancia, dijo en sí: “¿Qué querrá decir con eso de, ‘Sucedió hace mucho tiempo, verdad?’” En tanto cavilaba sobre el significado de aquella confabulada presunción de Pucunero, la mujer alzó los ojos hacia el horizonte y vio un frondoso pijuayo con fecundos racimos muy maduros.

En seguida, las mujeres corrieron hacia lo profundo del lago y denunciaron el hecho ante su padre, diciendo: “¡Papá, papá! ¡Pucunero es quien robó la semilla de tu pijuayo! ¡Pues están maduros los racimos del pijuayo que sembró! ¡Vengan inmediatamente y hagan algo al respecto!”

En seguida, el ofidio vomitó las aguas de su corazón, las que inundaron las orillas del río hasta llegar al pie del pijuayo de Pucunero, vehículo que usaron muchos peces, entre los que se hallaban las lisas, provistos de lanzas puntiagudas; quienes excavaron al pijuayo desde sus raíces y se lo llevaron a lo profundo del río.

Después que los peces desaparecieron raudamente, Pucunero fue a ver el lugar en que estuvo su pijuayo y no halló más un pequeño bujurqui que revoloteaba desesperado en el suelo, con una partícula de raíz del pijuayo en la boca. Atrapándolo, muy enfadado, Pucunero le increpó, diciendo: “¿Eres tú uno de los que vinieron a llevarse mi pijuayo, acaso? ¡Infeliz! Ahora mismo te asaré y te comeré”.

Suplicando compasión, el bujurqui, propuso: “Te suplico que no lo hagas, Pucunero. Si me asas perderías una gran oportunidad. Siembra esta raicita, por si acaso; si no rebrota tendrás la potestad que comerme. Pero si crece y echa fruto, cuando lo coseches y te comas la pulpa, te ruego que me echés su afrecho en tu poza para comérmelo”.

Complacido con la sugerencia, Pucunero hospedó al singular mequetrefe dentro un pate y sembró aquella partícula de raíz dentro su chacra. Y de este insignificante corpúsculo retoñó un nuevo árbol de pijuayo. Entonces, como habían pactado, Pucunero llevó al bujurqui a un arroyo cercano y lo dejó en su poza favorita.

• EPISODIO X •

AMÓMÉ LLÍJCHURÍKÉ MÚNÁAJTSÓNE

Ááneréjucóváa dityépi nújpákýo pañévu idsínéne cááníkye úúbáalleténe: “¡Llíhi, líhi!
¡Diibyéjucóhjáa Llíchuri dímyeeméhe néévá náníñe! ¡Tsúúca dibye néévátsohe tujpájucóóhií!
¡Cá, ¡cúí me tsááne muhdú me méénu!”

Áánélliihyévaa Dóórame Bóóá ¡búú nujpákýo illímúthujácóneri nújpabya tsáá Llíchuri
meeméhé lliiñévújuco. Áánerivané tsaate amómeke dibye ójtsívacóónevu ájcuméhí
mímíma Llíchuri já tujkévetu nújpábyari pééme tébajkyéjitu mééméheke dívaríjkyóneri
túrúúvehe tsajtyémé téhí déjucóvu.


Aamévaa ¡cúíye péíñúné boone Llíchuri ímyeeméhevaa íkyahíjkyá ájtsí úújetéébé átyúmité
doojóbáwu, dityévaa úújeíñuube, cátsíñíbahíjkyáné méméhé bájkyé tsááráwúú dbeúccunu.
Áábekévaa ityábejcaróóbeke úhbaábe: “Ámuháhjiréjucóha eene támyeeméhé óhdityu me
újcuje. ¡Néhníhívaabe, níñécunu uke o wáhjáne o dóóííbye!”

Áábekévaa doojóbaáwu néehíí: “Tsáha, Llíchuri, okéi wáhjadíñe. Cána óvíjyucó íñéhwu
cámahlláro; úúmáca tene píívyétúhajchíí botsíí oke wahja. Áánetu tene úúma píívyéhajchíí,
tehe néévácooca ipáhé u újcuéne téwaahyéjivu díhmujcócóééba pañe o íjkyáábeke oke
dáácújehíjkyaco”.

Ahdújucóváa dóótówá pañévu Llíchuri dííbyeke ipíkyóóne tétsaara cámahllároné íúmíh
pañétu, áánéwúutúvané tsííñe méémehe iñéjucóóhií, áánélliihyévaa doojóbake Llíchuri
íhmujcócóééba pañévu píkyohjéhi.

Téhdurévaa dyéhpíyiba, mééméhé njcáu wájyaváa íjkyáabe, Llíchuri meeméhé juuhóné pañe
íkyóvahíjkyáabe, dóórame méémehe tsátyéjucóónéllíí tééhé avyábá íhwájiri itábahjyucóne
wáámenéhi. Aanévaa Llíchuríké dibye ájcune téhdure bájtsoóbe. Aahévaa méémehe
íkyóhodu kéémehe neevá lliikyába, líjkyábeúvú dyéhpíyiba néébe pájtyetétsohe.

Aanévaa tsííñe meeme kéémevéné néévane Llíchuri táábamupí íájtyúmíne idyé cááníkye
úúbáalletéjucóóhií. Ááné allúriváa ¡cúí Llíchuri dííbyekévaa amómé illííhyánu íbooráyutu
áámúné tsaarájí újcuéne apíchówu mééméheke tohjánúhi. Ááhe újcuúvaa amómé tsííñe
nújpábyari tsáárome tsáhájucó píívyetétú muhdú itsájtyene, tohjáháñemávaa méémehe
íjkyánéllííhye.



Muy aparte, también sembró el cogollo de pijuayo que el pájaro víctordíaz, que anidaba entre sus hojas, quien fungía como el felino guardián del pijuayo, salvó con su pico cuando vio que los peces se llevaban el pijuayo de Pucunero. Y del cogollo salvado por el valeroso víctordíaz se propagó el pijuayo color amarillo, en honor al color del ave que lo salvó.

Cuando las esposas de Pucunero vieron que el pijuayo echaba frutos, por segunda vez, corrieron para informar a su padre sobre los nuevos retoños de pijuayo. Mientras tanto, Pucunero transformó el tallo de su pijuayo incrustándole las astas con que los peces intentaron lastimar su tobillo. Cuando los peces vinieron a llevar el pijuayo, mediante una nueva riada, no pudieron cargarlo, porque ahora estaba recubierto de peligrosas y puntiagudas espinas.

Antes de las variaciones hechas por Pucunero, el pijuayo no tenía espinos. Solo tuvo espinos desde que Pucunero hizo cambios al pijuayo que robó a la Anaconda de los Peces de las Aguas, el cual era su propio corazón.

Desde entonces el bora tiene por costumbre dejar el desecho del pijuayo en los recodos de los arroyos para alimentar al bujurqui que ayudó a Pucunero en el rescate y recuperación del pijuayo.

Llíchuríwáa mééméheke tóhjánútúné ihde tsá meeme téjtóhjima íjkyatúne; ihdyúwáa Nújpakyóóné Dooráme Bóóá #búú meeméhé iñáníñe téjtohji dibye píkyótsihvu botsíyái mémehéené tohjáwáhi.

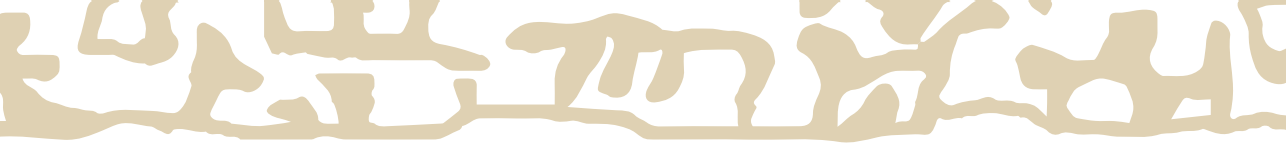
Ahdu nétsihvu íkyoocápíi doojóbaváa pátsaarátú Llíchuríké píáábóneri meeme mímúnáama íjkyáne áhdó múúne éébújehíjkyámé méméhó waahyénetu mújcóééba pañe íjkyáábeke, áánetu méémébá wañéhjiri múhdumé meeme óóvémeke kijtyúme.



• EPISODIO XI •


PUCUNERO CONSIGUE EL PIJUAYO DE LA
ANACONDA DE LOS PECES





• EPISODIO XI •

DÓÓRÁME BÓÓÁ MEEMÉHÉ LLÍJCHUR† ÚJCUNE



Una tarde, mientras la lesión de Pucunero, causada por la Raya del Lobo Marini, iba sanando, los peces se pusieron a jugar fútbol en el patio de la maloca. Y para disfrutar del atractivo e inédito pasatiempo, Pucunero se arrastró con sumo cuidado hasta la puerta principal de la maloca y se sentó en un rincón para observar el juego.

Mientras jugaban, lanzando pelotazos de rodilla, los peces comenzaron a ironizar la lesión de Pucunero, diciendo: “¡Lancen la pelota hacia la rodilla de Sol del Medio Mundo! ¡Lancen la pelota hacia la rodilla de Sol del Medio Mundo!” (Este es el origen de las lesiones durante las prácticas del fútbol).

Cuando la Anaconda de los Peces de las Aguas vio aquella peligrosa escena, les regañó, diciendo: “Oigan, ¿qué hacen burlándose de aquel misterioso ser? ¡Paren, por favor! No vaya a ser que les haga algún daño”. No obstante, los empecinados peces siguieron jugando y fastidiando a Pucunero

Justo en ese instante florecía un frondoso pijuayo en el borde del patio de la maloca de Anaconda de los Peces, el cual era su mismo corazón, cuyos magníficos racimos estaban muy maduros. Y como los peces se empecinaban en su osadía, Pucunero comenzó a meditar en sus poderes mágicos, diciendo: “Cortará el racimo con la cabeza del lobo marino del sur; le cortará con el filo del hacha del sur”.

Como los peces continuaban ridiculizándolo, y lanzando la pelota hacia él, Pucunero tomó mucho coraje y pegó un fuerte rodillazo a la pelota, la cual se elevó y chocó fuertemente en los racimos del pijuayo, cuyos frutos se desgajaron y cayeron al suelo, quedando esparcidos por doquier, donde muchos frutos resultaron fragmentados hasta esparcir sus semillas por el suelo. Y de los frutos esparcidos una semilla, afortunadamente, cayó al alcance de Pucunero, el cual pisó para asegurar su consecución (dando origen a los abscesos que aparecerían en los tobillos de los seres humanos).

Cuando la Anaconda de los Peces vio que el fruto de su poderoso pijuayo yacía por los suelos, regañó a sus súbditos: “¿A quiénes dije que aquél era un ser misterioso, poseedor de poderes mágicos? ¡Procuren juntar rápido el pijuayo! ¡No vaya a ser que se lleve la semilla! Inmediatamente, los peces se pusieron a unir cada pijuayo con su respectiva semilla.

Aanévaá dóórame Újco Bájiima Llíjchuríké núúone ihsútájucó bóhínáa tsájcuuve dóórame iícújucóó ihjá Ilahájsiri íjpihéuri. Aanévaá imíwu iícúnéllíi choocówu llééhowávú peebe diityéké ííteki, áánemávaa ácuúvetéébé llééhowá úniúvu.

Aanévaá íjpihéuri iícume míhmoméré tsúúca Llíjchurídí uuhívatéjucóó, dííbyejucúbaváa ávyene iwáájácúnema. Aanévaá: “íPííne Núhbá mímocóónváábé tujkévetu mé míhmócu! íPííne Núhbá mímocóónváábé tujkévetu mé míhmócu!” –néémere dííbyé tujkévetu tsáijyútsáhjí míhmócu híjkyá íjpihéu (íchihdy teene íjpihéuri iícume wáíháávyehíjkyáííé déjucó).


Aanévaá Dóórame Bóóá iájtyúmíne diityéké uhbáhi: “íMuhdúami ívvaábedi ámuha mé uuhívate! íÁmúhakye tsíeméné méénúdííbye!” Áronáacávaa dóórame dííbyeke lléébotumé iícuméré pátsárijkyó Llíjchuríke.

Ánácávaa téijyu lláhájsí njcáutu Dóórame Bóóá meeméhé, dííbyé ííbuúvaa íjkyane, ávyeta néevahe tújpañécoba naaméhi. Aanévaá dóórame íjpihéuri iícume dííbyedi tsúúráméííllíi Llíjchurí: “Ááméju újco níwáuri dítzahjyúcúlléííbye; ááméjú uwáájí ihjyúri wátsahjyúcúlléííbye” –mamávyéjucóó dóóramé meeméhe néévá iwátsahjyúcuki.

Aanévaá amómé tsiííne dííbyedi úuhívatéméré íjpihéu dííbyé tujkévetu míhmócuu ííjkyátsíívyéne míhmócuube méméhé íjkyónetu baavújucó páneere waacawaca; tsúúca Nújpakyoóné Dooráme Bóóá méeme wátsahjyúcuúbe. Aanévaá meeme áákityéné wáchájáávénetu tsáne pañévau Llíjchurí lliíínevú cahcújtsó áákityéú iícúí túvaábe (tétsihdy teene ooríba míamúnáa booráyú déjúcotu íjkyaiííe).

Aanévaá ímyeeméhe néévá baari wájyúratúné wáchájaavéne iájtyúmíne Dóórame Bóóá íkyuwáábeke uhbájucóóhií: “íMuuráhjané muutékerá amúhakye: ‘pañécóvaábe’, ó neeráhi! íívéébeke íhdíkyáábekéjíí ámuha me pátsárijkyoobe tsáma támyeeméhé pañévau újjudíííe! ííícuí mé píhkyuco!”

Áánéllíihyévaa amómé iícúí ípíhkyune úmuhcójucóó páneere meeme ípañévauúnemájucó, áronáacávaa tsau tsá ípañévau íjkyatúne. Aanévaá: “Ámuúha, ¿kiá íú pañévau? Étsíhjí iícúí me néhco” –idíllójcatsííne Llíjchurí tujkévetu pééme dííbyeke díllotéhi: “Úubá, líjchu, ú ujcúhi”.



Sin embargo, les faltó hallar una semilla. Entonces, se dijeron: “Hermanos, ¿dónde estará la semilla de este pijuayo? Busquen por ahí, por favor”.

Mientras dialogaba con el suegro la semilla comenzó a quemarle el tobillo, por lo que la escondió bajo su rodilla. Sin embargo, la semilla siguió quemándole; entonces, la escondió en el anca (dando origen a los dolores de la cadera). Como la semilla siguió quemándolo, la subió a una de sus axilas (dando origen a la neuropatía axilar en los seres humanos). Como la semilla continuó causándole quemaduras, la escondió en su cuello (dando origen al cáncer a los ganglios).

Como no hallaban la semilla, los peces se dirigieron hasta Pucunero, inculpándolo por el robo, a quien atraparon y rebuscaron en todo su cuerpo, sin éxito, mientras éste se tragaba la semilla de pijuayo. Desde entonces el recompuesto fruto de pijuayo, que los peces unieron sin semilla, se le conoce con el nombre pijuayo capón.

Cuando la semilla atragantada por Pucunero hizo estragos en su estómago, causándole gran disentería (lo cual es el origen del cáncer estomacal en los seres humanos), salió a su casa, a tierra firme, donde enfermó con gran infección estomacal, lo cual le obligaba defecar a cada instante dentro su chacra. Y viendo que los manacaracos se comían sus heces, los instruyó acerca de la semilla, diciendo: “Amigos míos, haré mi necesidad en este lugar. Y mientras van comiendo mis heces encontrarán la semilla de Pijuayo, que es el corazón de la Anaconda de los Peces, la que dejarán ahí mismo. Cuando germine, y vean brotar sus hojas, me harán saber inmediatamente”. Como convinieron, las chachalacas comieron las heces de Pucunero y abandonaron allí mismo la semilla de pijuayo. Cuando germinó la plántula de la semilla los pájaros alertaron el brote a Pucunero, silbando: “Fiuu, fiuu”. Y cuando vieron que el pijuayo echaba sus primeras hojas revelaron el desarrollo, cantando: “¡El brote del pijuayo echó hojas, echó hojas! ¡El brote del pijuayo echó hojas, echó hojas!”

Escuchada la alerta, Pucunero se dirigió a su chacra y vio que la semilla de pijuayo que sustrajo a los peces crecía espléndida, lo cual llenó de mucho orgullo su corazón, pensando que hizo bien para el beneficio de toda la humanidad. Cansadas de tanto esperar, sus esposas fueron a tierra para encontrarse con Pucunero, con quien estuvieron viviendo en su casa por largo tiempo, en tanto el pijuayo crecía y echaba sus primeros frutos.

Aabéváa íbáábema íhjúvánaa tsúuca teeu pañévau dííbyé booráyú áíúcúnéllíí píkoyoobe ímímócó lliiñévu. Aaúvaa tétsii dííbyeke áíúcúnéllíí ícuhtsúú pañévu píkoyoobe (tésihdyu pñeju mímúnáake íjkyaiñe). Aaúvaa tétsii dííbyeke áíúcúnéllíí ícápíhyéjú pañévu píkoyoobe (tésihdyu pábeeho mímúnáake íjkyaiñe). Aaúvaa tétsii dííbyeke áíúcúnéllíí íkyéjtúhí pañévu píkoyoobe (tésihdyu mímúnáa kéjtuhí óórivatéiñe).

Áánemávaa amómé dííbyeke pahúlleva iñéhcóróne dííbyé ihju néhcóíñéllíí téhulle íjkyau áádi mehdúcújucóóhíí, áané boonévaa íhjúhañe néhcorómé tsá ñná ájtyumítúne. Aaúvaa múúne méémeu ípañévamávaa íjkyátuu amómé úmuhjácou óóñájju.

Ánéhjí boonévaa tsúuca méémeu Llíjchurí kemájchóú pañe chócóóvéneri tsúuca námedíjkyoháñé dííbyeke tsájucóóhíí (tésihdyu mímúnáa íhbámú óórivatéiñe). Áánéllíihyévaa péjúcoobe áachívu íhjúwáa allúvu. Aabévaa tsúuca námedíjkyori chémeebe íúmíhépíñévu náméjehíjkyáhi. Aanévaa dííbye námé daahínémú íhdéejte wahtyáramú dóónéllíí neébe: “Ámuúha, íchihvu ó námééhi, aane tañámé ámuha me dóóné pañe dóórámé ñbúú meeméhe néévá pañévau maájtyumíñhi, aau tétsihvuré mé píkoyoiñuco. Aau tsúuca ííñécooca, téhaamíjí wátsáraavéné ámuha maájtyumícooca oke mé úúballeéhi”.

Ahdújucóvaa wahtyáramú Llíjchurí námé idyóóne tétsihvuré píkoyoiñú mééméhé pañévau. Aamévaa pañévau cávuíivyéne íájtyumíne: “vóíí, vóíí”, dííbyeke úúballéhi; átsihdyúvaa kéemehe téhaamíjí wátsáraavéné íájtyumíne májtsívaméré Llíjchuríké úúballéhi: “¡Meemehe nééváne wátsáráco, wátsáráco! ¡Meemehe nééváne wátsáráco, wátsáráco!”

Aanévvaa wahtyáramú májtsíváne Llíjchurí illééboóne úújeteébé ájtyumíté tsúuca dóórámeké méemehe íñáñihye ñné imíjyaú ííñéjucóóne, áánerívaa mítyane ímíjyúúveebe tsúuca mímúnáama meeme íjkyáneri. Áábekévaa méwamyúpí téhí déjúcotu ityéhmeíjkyáróne tsájucóó dííbye éllevu áachívu. Aamévaa íhjúarí tsúúcajájuco íkyahíjkyánáa méemehe kéémévehe neevájucóóhíí.

Aanévvaa imíwu imyéémé íjkyane íájtyumíne tsájcuuve diityépi wáánikye dódíjkyoobéré: “A íhdyúhacápe éhne tsúúcajájuco; a íhdyúhacápe éhne tsúúcajájuco” –nehíjkyáhi. Ehdúvaa Llíjchurí mítyájkímeyéíbyéré íhjúvákímeyéíhjúyánéllíí tsáápille: “Aca ñná áánu, ‘A íhdyúhacápe éhne tsúúcajájuco’, nehíjkyáhi” –nééllere téeneri íjtsámeílléré cáámevu ítéccunúllé ájtyumí méemehe ávyeta néévahe imíwu tújpañe.

• EPISODIO XII •

VENGANZA DE PUCUNERO CONTRA LOS PECES

Muy a pesar de aquellos acontecimientos Pucunero tuvo la intención de devolver a la Anaconda de los Peces el pijuayo con espinos que una vez obtuvo furtivamente en favor de los seres humanos. Sin embargo, el ofidio rechazó el nuevo pijuayo y lo dejó en la orilla, transformándolo en chontilla, cuya población siempre está sobre los lagos.

Viendo que la Anaconda de los Peces de las Aguas había rechazado su propio pijuayo, Pucunero celebró una fiesta, para ablandar su corazón; pero, una vez más, la boa rechazó su propuesta, enviando a la fiesta de la Chicha de Pijuayo enmascarados de todo animal que se alimenta del pijuayo, esquivando las intenciones de Pucunero.

Fracasado el primer plan de venganza, Pucunero se puso a urdir otro plan contra los peces que le habían causado tanto sufrimiento. Y estando con sus suegros, en las profundidades del lago, iba tejiendo una red de pesca, ante quien se presentó la Raya del Lobo Marino, pez cuya picadura lo enfermó mucho, quien le dijo: “Pucunero, ¿qué es aquella cosa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la bocana de los arroyos?”

“Es la trampa tapaje” –contestó, fingidamente, Pucunero.

“No, Pucunero –contradijo la raya–. Pues, no me cuesta eludirla. Te pregunto acerca de aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos”.

“Es la trampa de cangrejos” –volvía a esquivar Pucunero.

“Esa no es, Pucunero –otra vez decía–. Pues, no me cuesta esquivarla. Me refiero a aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos”.

“Será la nasa” –contestaba nuevamente.

“Pues, no, señor. Porque la puedo evadir fácilmente. Me refiero a aquella trampa que tiene pequeños, pero muy pequeños tejidos, que colocan en la entrada de los arroyos” –siguió preguntando la raya.

Al no tener más argumentos para seguir eludiéndolo, Pucunero, finalmente, le confesó: “Quizá sea la trampa red de cortina”.

“¡Esa es, Pucunero! –confesó la vehemente la raya – ¡Esa trampa sí me causa mucho temor!”

Descubierto el temor de aquel pez contra quien quería tomar represalias, Pucunero,

• EPISODIO XII •

LLÍJCHURĪ DÓORÁMEKE MÚNÁAJTSÓNE

Áronáacávaa, ihdyu, Dóoráme Bóóake Llíjchurĭ óómichorá ímyeméhevu, téjtóhĭma íjkyahévu, míamúnáá wáabyutávaa tsájcoojĭ iújcuhe. Aahévaa téjtóhĭma íjkyahé icátúhtsóne íjchivu dibye wááohé píivyeté pétsoméémévu, únemúúné allúrí íjkyanévu.

Ehdúvaa Nújpanyóóné Dooráme Bóóá Llíjchurĭ méémé cátútsónéllíí dííbyedíú tsiíñe bañéjúúvaabe dííbyeke óvíjyuco ímyeméhevu ióómíchóroki, áanéllíihyévaa páábé iáábé meeme óóvémeke míñútsóobe ditye teene ióóvetéki. Áromévané Llíjchurĭ meméhe néévá áwáñéllíí méémébá wañéhĭvu Nújpanyóóné Dooráme Bóóá uubámyénutsó mahnímuke, diityéjyuco iáme, Llíjchurívaa iñééroki.

Aanévvaa amómé Llíjchurĭ bañéjú cátúhtsónéllíí íjtsáméíbyé muhdú diityéké ióómichoíñé dííbyekévaa ichémétsóne ditye ícúbáhrané allútu. Áanáacávaa íbáábémuma nújpanyó páñe íjkyabe tsínu núhíjkyáábé úníuvu, dííbyekévaa chémétsóobe, bajĭ itsááne dillóhi: “Llíjchu, ¿aca ĩná éhne téhĭ aaméjutu páyaahówuúĭ, áyáyááhówuúĭ ditye píkyoone ĩnáhaja?”

“Mu, pákyeeju” –áñújcuubévaa wáájácúroobe.

“Tsáha, Llíjchu –nehíjkyaabévapéé–. Ároné úníutu múúne ó nócoríwaavéhi. ¿Éhne téhĭ aaméjutu páyaahówuúĭ, áyáyááhówuúĭ ditye píkyoone ĩnáhaja?”

“Íhya, ááruco” –áñújcuubévaa tsiíñe.


“Tsáha, Llíjchu –nehíjkyaabévapéé–. Ároné úníutu múúne ó nócoríwaavéhi. ¿Éhne téhĭ aaméjutu páyaahówuúĭ, áyáyááhówuúĭ ditye píkyoone ĩnáhaja?”

“Íhya, ááruba” –tsiíñévaa áñújcuúbe.

“Tsáha. Ároné úníutu múúne ó nócoríwaavéhi. ¿Éhne téhĭ aaméjutu páyaahówuúĭ, áyáyááhówuúĭ ditye píkyoone ĩnáhaja?” –tsiíñévaa díllóhíjkyáabe. Ehdúvaa Llíjchurĭ wáájácúroobe panévare amóme dáhpé évédójcóné nĭjcáuvu neébe: “Íhya, ĩcájĭ”.

“¡Ééé, Llíjchu! –neebévapéé– ¡Teene, ihdyu, lliyáané o íllíñe!”

Aanévvaa iwáájácúne, ímichi dííbyeke illííhyánuíñé ĩjtsóne, ĩcúí tsáné ĩcájĭnuúbe. Áánemávaa tsahi íayáhĭ nĭjkétú ióóvetá niimúhé néévátsoóbe, aahévaa téhĭ allúturé náámene dojco nújpanyó páñévu. Áánemávaa tsiíñe íbáábe éllevu manúbáávaabe tsiíñé améjca. Aanévané niimu amómé chihjúí íjkyanévu Nújpanyóóné Dooráme Bóóá wallójucoó páábé amóóbeke, dityévané teene ióóveki: “Wa me péene Llíjchurĭ ĩcúvé niimúhe néévatu mééma mé ujcúte” –néébere.



inmediatamente, tejó una trampa de cortinas e hizo fructificar el umarí de sus alimentos en el nacimiento de un pequeño arroyo, cuyos frutos comenzaron a madurar y caer dentro del agua. A continuación, le envió a su suegro un nuevo ampiri de invitación a una nueva fiesta. Como el umarí era el alimento predilecto de los peces, la Anaconda de los Peces de las Aguas vomitó una nueva creciente de aguas de su corazón y envió a todo pez a alimentarse del umarí, a quienes encomendó, diciendo: “Vayan y traigan el umarí de los alimentos de Pucunero”. Para estar seguro de que todos los peces hayan entrado a disfrutar el umarí, Pucunero puso como vigía al pez shitari, a quien encargó, diciendo: “Amigo, cuando veas que todos los peces hayan entrado, junto a la raya, me harás saber golpeando el agua para tender mi red en la bocana del riachuelo”.

Concertado el acuerdo, el pez shitari se dispuso vigilante debajo de un palo incrustado en la bocana de la quebrada. Cuando el vigía vio que todos los peces entraron al arroyo, junto a la raya, a disfrutar los frutos del umarí de los alimentos de Pucunero, alertó el hecho golpeando el agua con la cola. Cuando los peces oyeron el estridente sonido, preguntaron al shitari: “Amigo, ¿qué significa ese sonido?” Entonces, el vigía, contestó: “No es nada, amigos. Solo golpeo mi pecho para confirmar mi valentía”.

Escuchada la alerta del shitari, Pucunero fue y tendió la trampa en la misma entrada de la quebrada, para impedir la fuga de algún pez. En seguida, dio órdenes a su sol veraniego para que en un instante secara el arroyo. Entonces, por mandato del sol, el arroyo comenzó a decrecer, cuyas aguas envenenó con barbasco, matando a todos los peces que allí se hallaban. Sin embargo, no vio morir a la raya, quien era la principal meta de venganza.

Muy aparte, un pequeño bagrecito viendo que Pucunero disponía su trampa, trató de eludir la trampa, pero no pudo conseguirlo. Entonces, suplicó por ayuda al pez lucio, diciendo: “Señor cachorro, te ofrezco casarte con mamá si me salvas de esta trampa”. Deslumbrado con el excéntrico ofrecimiento, el pez lucio lo dispuso sobre sus hombros y juntos saltaron la trampa alcanzando el lado opuesto. Una vez en libertad el bagrecito se mofó de la insensatez del pez lucio, diciendo: “Lo del matrimonio con mi mamá era solo una mentira, amigo, jajaja...” Cuando Pucunero terminó de comer a todos los peces que mató con el barbasco, comenzó a reconstruirlos usando la corteza de la topa de sus alimentos. Una vez rehechos,

Aanévané tsiíne Dóórame Bóóá íííbúú nujpákyó íllímútu hjácóneri nújpabya íjkyáneri amómé níímu lléénevu úcaavéjucóó tééhíyi.

Aanévéa pámeere amómé bajímájucóo téhí aaméjutu úcaavéné iwáájácu Llíchuri baacóhéikye nééhíí: “Muúbe, pámeeréjucóo dóórame úcaavéné u ájtyúmícooca oke ú úúbálléé nújpakyo u wádóójcóneri, táíicájí o tállúriáco ááméjutu”. Ahdújucóvára baacóhei pílluuvéné úménébá lliiñévu téhí aaméjutu. Aabévára pámeeréjucóo amómé bajímájucóo Llíchuri óóvetá niimúhe nééva óóveu úcaavéné íájtyúmíne úúballéjucóó nújpakyo ííbówari iwádóójcóneri. Aanévéa illéébóne amómé baacóhéikye dillóhi: “¿Aca íiná, muube, ihyúváhi?” Áánélliihyévára diityéké neébe: “Tsáhaá. Tájpíujíré ó íllaáyó íhtsútuube o íjkyane o úújétsoki”.


Ahdújucóvára Llíchuri baacóhei úúballéne illéébóne íicájí téhí aaméjutu tállúriácojéne múúbéubará íumívátuki. Áánemávára ípijkyáne núhbake dibye níwááveebe ícúí teehi áraúcúhi. Ahdújucóvané nuhba teehi ícúíye áraúcúhi mújcuri íújcúneri wakyújúcoóbe, áánerivané páábé amóóbé dsíjivéhi; áronáacávára tsá bají dsíjivetú, ímichívára dííbyeke illííhyanúne dibye imílleébe.

Aanévéa Llíchuri míhllene íájtyúmíne tyuupíú úmívároobe tsá píivyetéú mihlléwá ípájtyene. Áánélliihyévára núúnuke neébe: “Oke, nunu, pajtyéchóo, waháyokévá u tyábávaki”. Ahdújucóvára nuunu dííbyéjtsííjúké ityáábávaíñé dibye nééne ícáhcújtsóne íhyallúvú ípíkyóóbema ícáji cátsííivíyé éhnéjcuuvújucó. Aabévára dibye pájtyétsoobe, ínéubará dííbyeke pállójcóne íájtyúmíne, núúnuke nééhíí: “Ílluyévané, ihdyu, uke o állííyéyáa”.

Aanévéa amómeke íwakyújpári illííhyanúmeke Llíchuri idyóóne béhnétu kijtyú ihñé májchotá íñújúíkyotu. Áánemávára pámeekéré ícápáyoácóne catúnúííhyori oonóvaabe caatúnúwá allúvú, méwamyúpí ulléba úníutu. Áanévéa amómeke íkíjtyúné níjcauvu ácádsíjcaáyoobe diityéké nújpákyó pañévu tsiíne óuuvératu. Aabévára íwákimyéí ínjíkevádú wááooobe ícaatúnuwa amóóberéjucó, caatúnuwa némeííbye. Téhdurévára ícaatúnuííhyó wááooobe amóóberéjucó, chóómárikyo némeííbye.

Ehdúvá nétsihvu íkyooca ánomu, cuhrímú, mácaamu, nijtya, téhdure tsíjtyehjí amómé míamúnáake núúoróné tsáhájucóo llííhyanútúne.

Aanévéa amómeke Llíchuri ímúnáájtsóné pañe tsá Újco Bájike llííhyanútú, ímichívára dííbyeke ícúbáhráábeke.



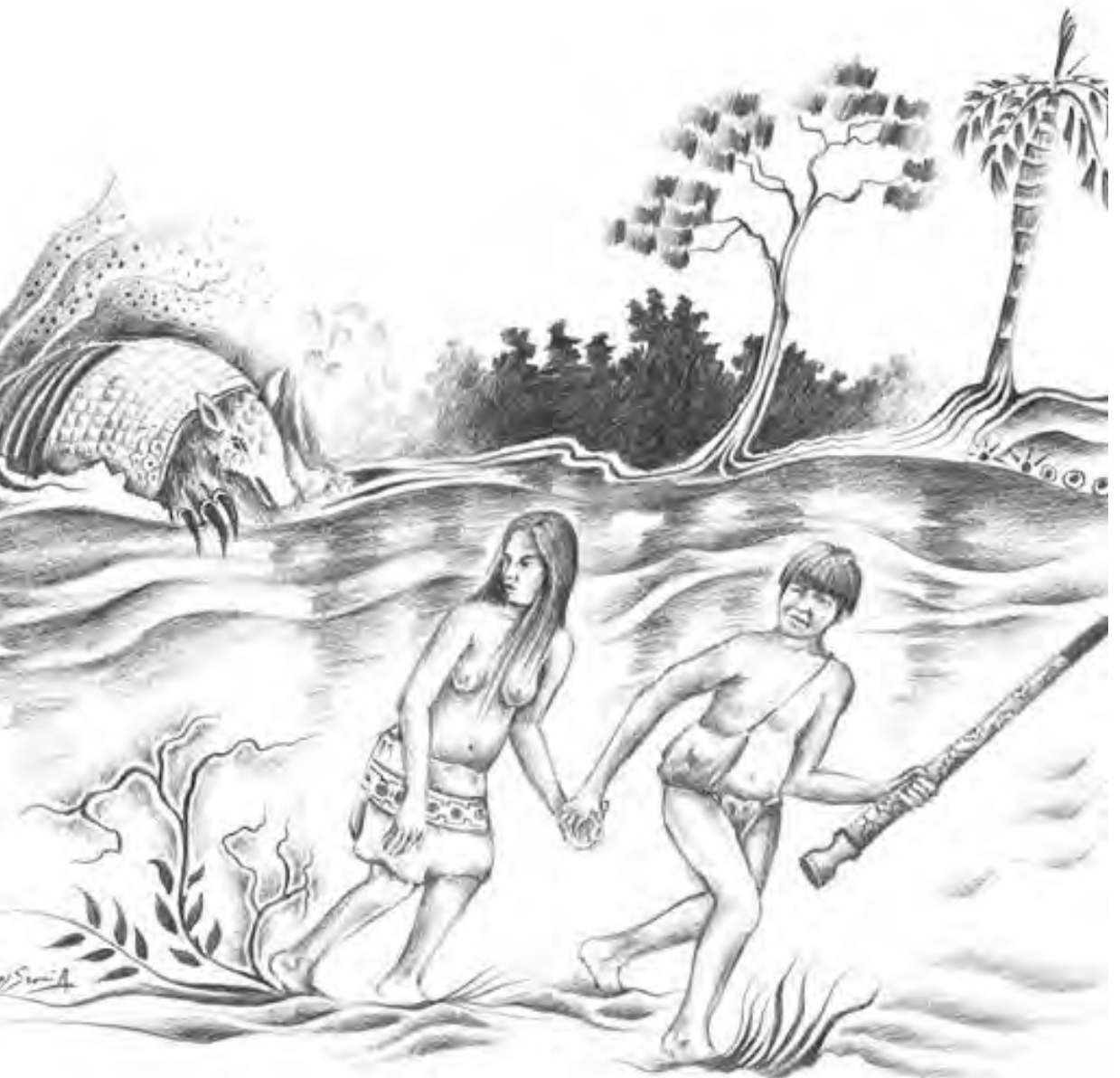
los dispuso sobre una pieza de madera, a manera de pizarra, y los coloreó con un pequeño palito con el carbón del tiesto de sus esposas. En seguida, los soltó en las aguas como un nuevo cardumen incesante. Concluida la obra echó su pizarra en las aguas, la cual se transformó en el pez leguía. También echó su delineador en las aguas, el cual se transformó en pez lapicero. Desde entonces las punzadas de los bagres, zúngaros, cunchimamas, y las mordeduras de pirañas, y otros peces con dientes filudos, nunca más volvieron a ser letales para el ser humano. A pesar de la venganza ejecutada contra todos los peces, Pucunero quedó insatisfecho al no conseguir tomar venganza contra su mayor verdugo, la Raya del Lobo Marino. No obstante, mientras iba revisando la cabecera del arroyo, cavilando sobre su posible huida, escuchó los pedidos de auxilio de alguna errabunda alma en medio de aquellos subrepticios mundos. Entonces, caminó cauteloso en dirección de los gritos y cruzó el arroyo a través de un montículo de arena y siguió buscando a su más vil oponente más allá del riachuelo. Mientras se empeñaba en la búsqueda oyó los gritos a su retaguardia, por lo que regresó y halló a la ufana raya que había quedado varada en una pequeña poza del arroyo, expirando los últimos hálitos de su vida, la misma que dejó pisoteando en la arena. “¡Excelente hallazgo! –Se reconfortó Pucunero– ¡Ahora sí tendré la oportunidad de vengarme contra mi escurridizo enemigo!” A continuación, habló con él, diciendo: “Infeliz, ¿por qué te empecinaste a luchar conmigo? Ahora dime, ¿dónde está tu corazón?” “Aquí lo tienes –contestó con desparpajo la ufana raya–. Pues, no es costumbre mía ser embaucador como tú” Entonces, Pucunero improvisó una aguda saeta con el tallo de palmiche y la clavó en el mismo corazón de la raya, lo cual sonó, ‘cheñe’. Muerto el adversario, lo desmembró con su puñal, lo cual sonó ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Luego, apareándolo en un capillejo, lo cargó a los hombros y caminó ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Una vez en casa cogió su nongo y lo cocinó, cuyo hervor sonó, ‘cheñeñeñe...’ Cocida la carne procedió a comérsela, cuya masticada sonó, ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Digerida la carne en sus intestinos procedió a defecarlo, lo cual sonó, ‘cheñe, cheñe, cheñe’. Secretado el caldo por los riñones, lo orinó, ‘cheñeñeñe...’ Es decir, todo lo que hacía Pucunero chillaba, ‘cheñecheñe’, mientras su cuerpo realizaba el metabolismo de las carnes de la raya. Consumada la verdadera venganza Pucunero retomó su desenfrenado éxodo por los inverosímiles bosques.

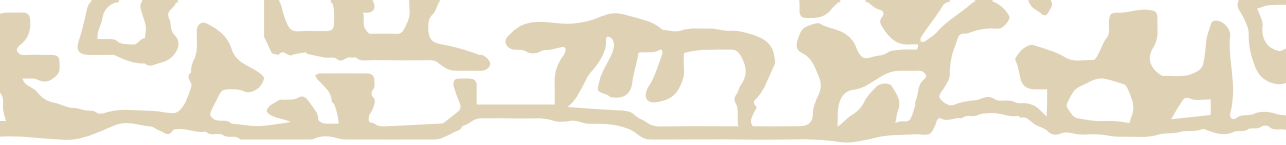
Ááneríváa mítyane íjtsámeíbyéré tééhí níjkéné cáníójcoobéré péhíjkyánáa lleeúbucunuté tsaate: “Óóo, óóo”, –íhjúcunúhíjkyáne tétsíhjí vahrábááneri. Áánéllíihyévéa: “¿Aca múha ílle ihjúcunúhíjkyáhi?” –íñééne chooco téhullévú péébe tééhíwu pajtyeíñú ímíwuúváa néwayúúhá íjkyátsihdyu. Aabéváa éhnííñehjí néhcórónáa idyējutérujo ditye: “Óóo, óóo”, íhjúcunúne. Áánéllíihyévéa tsiiñe téhullévú óómiibye ímíñeúvú néwayúúhané ityúvaíñúné íiteebe ájtyumí diibyėjúcooróvájháa néwáyuuhádu tééhíwúú pañe rapáhrápá áraavéne. “¡Áyu! ¡Íchihvu, ihdyu, botsíi áánúke úmeco ó méénuúhi!” –némeíbyevápeécu. Áánemáváa neebe bajíke: “¿Íveekíhyané úmeco oke ú méénuhíjkyáhi, muúbe? ¿Keeú dñíbuu?” “Mu, íu. Ujñíva ó tóónuúhi” –áñújcuubéváa díbyeke íllítyúúbe. Áánemáváa cátújico íñáátsóneri ñbúutu Llíchuri aamú, ‘chéñe’. Aabéváa dsíjvéébeke kíhdyáhínuube, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Átsihdyúváa iwááhímúnúúbeke píchúcuíñuube ullé ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Ááhívu iwájtsítsóóbeke dibye túúne waané, ‘cheñeñeñe...’ Aabe tsúuca báábáábeke dóóbe dímajcóné ihjúvú, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Dííbyé ñbúwá pañévú áráavéébeke námeebe, ‘chéñe, chéñe, chéñe’. Téhduréváa tejpa dibye níhcóne níjpaabye, ‘cheñeñeñe...’ Páneeréváa ñná dibye méénune bají tsíjpa dííbyéjpi pañe íjkyané ajchótá ihjúvú cheñéchéñe. Ánéhjí boonéváa tsiiñe péjúcoobe, iúúpíyívyehíjkyádú, bájúhájñe pañévu.



• EPISODIO XIII •


CREACIÓN DE RÍOS Y MARES A PARTIR DE UN
GIGANTE MALIGNO





• EPISODIO XIII •

CHÍHTYAWÁYUDÍTYÚ LLÍJCHUR† MÓAÑE ÍPÍVYEJTSÓNE



Viajero errante por los montes, al borde de la inanición, un día Pucunero oyó que alguien arreglaba sachapapas tras lo enmarañado de la selva, vociferando: “¡Mi sachapapa, shack, shack, shack!” Muy entusiasmado con la presencia humana, se dijo: “¡Estupendo! Iré a él para que me invite su sachapapa; pues, ni se imagina que el hambre me mata”.

En seguida, caminó presuroso en esa dirección y halló allí un oso hormiguero, sentado sobre un enorme trozo de palo, quien limaba los callos de sus enormes patas al lado de una hoguera de palma para extraer sal silvestre. Acercándose, lo amonestó, diciendo: “Amigo, Oso, ¿qué haces acicalando tus patas mientras el hambre me mata? Atraído por tus ofrecimientos he venido hasta aquí para que me invites de tus viandas”.

“¡Caramba, amigo! –contestó riéndose el oso hormiguero–. Solo estoy acicalando los callos de mis patas”.

“Vamos, mentiroso, sigue acicalando tus patas que parecen sachapapas”–protestó el famélico Pucunero.

Entonces, el oso hormiguero, dijo: “¿Pucunero, en realidad quieres comer, acaso?”


“Claro que sí, amigo –contestó Pucunero–. Sería genial saborearme un riquísimo potaje; pues, el hambre no es aliado de nadie”.

“Entonces, apreciado Pucunero, vayamos a mi casa para que comas los ajíes de termitas de mis esposas” –vindicándose, el oso lo condujo hacia algún lugar de la selva.

Muy pronto, llegaron a la casa de su primera esposa, doña Lechecaspi (el árbol de lechecaspi era su esposa), a quien el oso ordenó, diciendo: “Señora Lechecaspi, Pucunero se muere de hambre. Disponga tus ajíes de termitas para que sacie su hambre”. Inmediatamente doña Lechecaspi sirvió su ají de termitas, el cual Pucunero se puso a comer con abundante casabe, cual bestia insaciable.

Concluido el almuerzo, retomaron la caminata hacia la casa de doña Copaiba (el árbol de copaiba también era su esposa). Entrando en ella, también ordenó: “Señora Copaiba, Pucunero se muere de hambre. Disponga tus ajíes de termitas para que sacie su hambre”. En seguida, doña Copaiba sirvió sus riquísimos ajíes de termitas, las que Pucunero se puso a comer con más calma.

Prosiguiendo la invitación, esta vez llegaron a casa de sus esposas doña Shiringa



y doña Estoraque (los árboles de estoraque y shiringa eran sus esposas). A ellas, también, ordenó: “Señora Shiringa, señora Estoraque, mi amigo Pucunero se muere de hambre; dispongan sus ajíes de termitas para que sacie su hambre”.

Concluida la cena, y entrada la noche, el oso hormiguero dijo a su invitado: “Estimado Pucunero, ahora te invito a probar mi ampiri, mientras dialogamos algunos asuntos”.

Sin embargo, Pucunero rechazó la invitación, diciendo: “No quiero, amigo. ¿Cómo crees que voy a lamer el ampiri del oso hormiguero hecho en base de heces de termitas?”

“No digas eso, Pucunero –insistió el oso–. Pruébalo un poquito siquiera con la punta roma de tu lengua y lo sabrás”.

“De ninguna manera –volvió a negarle Pucunero–. No quiero probar el ampiri del oso hormiguero lleno de heces de termitas”.

De tanta insistencia, Pucunero se acercó paulatinamente a la cocamera del oso hormiguero y probó el ampiri con la papila de su lengua, y comprobó lo sabroso e irresistible que era su sabor. Entonces, exclamó: “¡Qué exquisito está tu ampiri, amigo! ¡Permíteme comérmelo con todo su envase!”

Absorto con tamaña irresolución el oso hormiguero estalló de risa, y dijo: “El mismo engullir de aquel precavido finado. Lo probarás mejor cuando esta noche abras un tronco de huicungo”.

Llegada la noche los nuevos amigos se dispusieron a pernoctar allí. Y a la hora de acostarse el imprudente Pucunero preguntó al Oso hormiguero: “Oso, ¿dónde me acostaré esta noche?” Entonces el oso le propuso: “Duérmete en cualquier rincón, amigo”.

“Imposible, amigo –se enfadó Pucunero–. No es justo que me duerma solo, mientras la noche se torna fría”.

“Entonces, duérmete en el regazo de nuestra esposa Shiringa” –propuso la intrigante fiera. “Por supuesto que sí, amigo. No es posible que me duerma solo, porque la noche es muy fría” –se alegró Pucunero y recostó a la señora Shiringa sobre sus brazos, mientras el oso hormiguero durmió con su esposa Estoraque. Como a medianoche, aprovechando la oscuridad, el oso hormiguero dispuso un tronco de huicungo sobre los brazos de Pucunero, y tomando a sus esposas huyó con rumbo desconocido.

“Tsáha, Llíchchu –áñújcuubévaa ñju–. Óvíjyuco áyánéwuuré cáníñhjúcu dñhñjwá nohcórou nñjáuri”.

“Tsáhaá –tsiñévaa neébe–. Tsá o ímilletú o pñhane ñjú nñjú tsanééré úwaajímú namécóóné ijkyane”.

Ehdúvaa ñju néhíjkyánéllíí tsúúcajátú chooco ipyééne ñhñjwá nñjáuri áyánéwu pñhjácuube ávyeta ñné imyéjáú ñjú nñjú, áánemávaa neébe: “iAyáju ímyéami, tju, dññhcoóú! iCá, ílllevu oke daacu páuure o dñtsohcáokí!”

Ááneréjucónvaa ñju góócone: “tjñññññ. Éhnéwuúvú dñtsohcáo. Níññécunu dsuhdsábácoba íámabúcuíñé dñtsohcáo, ñññññ...”

Aanévvaa tsúúca tene íjyunúnéllíí íjkyát sívvyémé tétsihvu icyúwaki. Áánéllíihyévaa Llíchchurí ñjjuke dillóhi: “tju, ¿aca kiá ñne ó cúwaáhi?”

Áábekévaa áñújcuúbe: “Mu, étsihjvú, ihdyu, covíívye”.

“Tsáhaá, muúbe –neebévapéé–. Tsá o ímilletú oore o cúwane”.

“Ané, áállema mé táábama Makíjima cuwa” –neebévapéecu.


“Juúju. Tehdújucu, muúbe. Muhdú ñvane, tsúco pejco néénáa, oore ó cúwaáhi” – íñéénemávaa tsúúca cuwájúcoobe íñéjúwá allúvú Makíjike ipíkyóóllema, áánétúvaa ñju cuwá Tsawájima.

Aanévvaa pécójpñe cúúvétsihdyu ñju méwamyúpike iújcúne dsuhdsábácobaréjucu Llíchchurí néjúwá allúvú páárone, áánemávaa tsúúca úmívájucóóme.

Áané boonévaa Llíchchurí néjuwa óóreténéllíí: “íñejcúvuréjucu, muulle, pajtye” –néébere Makíjike íámabúcué tsíñejcúvú pájtyétsóronáa dsuhdsábá anétóóné dííbyeke péé páneere íñéjuwa. Aanévvaa ñcúí iwááóne tsiñe tétsihvu kímóóvemeííbye: “iOoréhdéné wáhááke o dóóne úpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi...!”

Aanévvaa tsíjkyoojñ ñjú taabámuvaa íúwaajímubáánetu dííbyeke májchotsóné áraavéné tsúúca imíllebe íñámene, áánéllíihyévaa imíwu nééné úméhécoba tébajkyéjñ allúháñeri nééhé déjucóvú námeébe, áánemávaa tébajkyéjñíryé cádññínúmeííbye, áánemávaa péjúcoóbe.

Aabévaa wahájchotaréí úllénáa tsúúca íñámehéjú ajívájucóóhií, áánéllíihyévaa dójórñjcoméíyoóbe, árónácávaa éhñíñevúré ajíváné dííbyeke.



Cuando Pucunero quiso recostar a la mujer al lado opuesto, porque su brazo comenzaba a entumecerse, sintió los pinchazos de las espinas del huicungo que penetraban las pocas carnes de su enjuto brazo. Entonces, otra vez se puso a lamentar su suerte, diciendo: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad...!”

Realizado el metabolismo de la comida que las esposas del oso hormiguero le habían convidado, Pucunero sintió la necesidad de defecar sus desechos. Entonces, se dispuso a excretar debajo de un enorme árbol. Terminada la excreción frotó su trasero en una raíz de aquel árbol y se marchó.

Minutos más tarde sintió un leve escozor en el trasero, por lo que se frotó con la mano para aplacarlo; sin embargo, esto le provocó mayor irritación. Sorprendido con el extraño suceso, se dijo: “¿En qué me froté para tener esta comezón?” Y para descubrir la causa de la irritación regresó a investigar el árbol que le sirvió de papel de aseo y vio un gigante ser que, extendidos brazos, sostenía el cielo desde la tierra y sonreía alegremente con él; era el gigante atlas.

“¿Eres tú aquel que me causó este escozor, acaso?” –reclamándolo, tomó su cerbatana y le picó varios dardos letales. Como los dardos inmediatamente hicieron efecto letal en el gigante, éste amenazaba en desplomarse hacia el camino de repliegue que Pucunero quería tomar.

Imposibilitado de eludir al agonizante titán, Pucunero se armó de mucho aliento y valor, y tomó una audaz escapatoria en un solo sentido. Entonces, el gigante se inclinó peligrosamente hacia él para luego desplomarse sobre la tierra, que por poquito logra aplastarlo.

Cuando el atlas se desplomó sobre la tierra su enorme corpulencia se transformó en mares y ríos hoy existentes: mientras el tronco se convirtió en el mar, sus extremidades se convirtieron en los ríos Amazonas, Caquetá, Putumayo y el Igarapará. Esta es la historia de la creación de los mares y ríos a partir del gigante titán que Pucunero mató con su pucuna.

Áánéllíihyéváa: “¿Acáne ĩnerí o cáđíhínúmeíñé íñe oke ajíváwu?” –néébere íóómíñe ímíñeúvú úmehe ĩtécunúúbé ájtyumí níjkyéjitu íhyójsícoba íjkaabe dííbyema góhñíkyunúne; ihdyúváhacáa Chíhtyawáyu.

“Úhaaca, eene, íveekí oke ú ajínúhí” –íñéénemáváa ítyollíjyuri líjchújúcoobe píváijyúvá dííbyeke, áánemáváa tsáhullévú dííbyeke pállójcoobe dsñérónáa téhullévújuco díbyécoba ‘dúju’ péhijkyáne. Tsáhaváa kiávú díbye pívvetétú ipyééneé.

Aanéváa ehdu Chíhtyawáyu dííbyeke máváríjchónéllí: “Íkyooca o dsñneebe tsá o íjyócúúnevítýúne” –íñééne dsñneebe ĩtsjpháñema tsáhullévú, áábe déjutúváa dujúdújú tsáábe tsúuca áákityéjucóó ííñújǵ allúvu; íllúhwuúváa dííbyeke áámúroóbe.

Áábécobáváa Chíhtyawáyu ííñujǵ allúvú áákityéébécoba ípívyeevé téhiñéréjuco móáñema: ipáábeváa íjkyatsííbá ípívyeevé ĩvámú docójpakyóvu, áánetúváa tsájcuba ípívyeevé Tsítsimóvu, tsíjkyubáváa ípívyeevé Ócájimóvu. Íñéjuwááñeváa ípívyeevé Míñéhima tsíhíhíjívú. Ehdúváa Líjchurí Chíhtyawáyu ítyollíjyuri lííhyanúúbedítýú móañe ípívyejtsóhi.



• EPISODIO XIV •

PUCUNERO Y LAS MALOCAS DESAMPARADAS

Una tarde, mientras proseguía su viaje errante por las montañas, Pucunero llegó a una maloca abandonada hacía mucho tiempo. Exhausto por el viaje, se dijo: “Me quedaré a dormir aquí, pues estoy sumamente cansado”. En seguida, juntó algunas viejas criznejas e improvisó una tarima bajo la maloca y se quedó dormido, boca abajo.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se sintió tan débil que no podía sostenerse sobre los pies. Y sobrecogido con su situación, se lamentó: “¿Qué ocurre conmigo? ¿Por qué no puedo sostenerme sobre los pies? ¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

Después de lamentar su mala suerte, Pucunero palpó todo su cuerpo y halló un vulgar orificio en la región lumbar. Y alzando los ojos hacia el techo de la maloca vio un espantoso ser que, colgado en la cumbrera, descansaba feliz con la panza llena de sangre del huésped; era la hematófaga vinchuca, anfitriona de la maloca, que, aprovechando la oscuridad de la noche, bajó del techo y succionó toda la sangre del errante viajero mientras éste dormía.

Entonces, Pucunero tomó su pucuna y la hirió con un dardo, causándole un letal orificio en la misma espalda, de donde emanó abundante sangre que el errante aprovechó para reponer las fuerzas perdidas a través del orificio causado por el singular atacante. Despojada la sangre, la vinchuca cayó muerta en media sala de la maloca.

Reanudando su perpetuo caminar, al otro día oyó unos golpes de manguaré entre lo enmarañado de la selva, que eran secundados por un cántico que decía: “Ustedes tienen pómulos semejantes a frutos de tutumo”. En tanto los golpes de manguaré, y los canticos, otro grupo danzaba haciendo sonar sus shacapas.

Muy feliz con el hallazgo, Pucunero, dijo: “¡Genial! Iré a la fiesta y les pediré que me inviten de su exquisita cahuana”.

En seguida, imaginando satisfacer el hambre que lo agobiaba, caminó presuroso hacia la algarabía y llegó a otra deshabitada maloca, en la que tampoco halló a nadie. “¿Y quiénes habrían estado cantando aquí?” –murmurando, buscó a los huéspedes de la maloca, logrando descubrir algunas viejas hamacas que pendían sobre los añejos vestigios de fogata que también estaban por desaparecer.

Mientras retomaba su camino otra vez oyó los golpes de manguaré entre lo enmarañado

• EPISODIO XIV •

LLÍJCHURÍKÉ JÁÁHAÑE MÁVÁRIJCHÓNE

Tsájcuuvévaa bájúháñeri úúpíyívyeebére úllehíjkyaaabe cábuúveté tsájáhcoaba íavaja íjkyájacobávu. Aabévaa tétsihvu ííjyunúnéllíi: “Mítýane o pávyeenúúbéi óví íchihíyé ó cuwáhi” –íñééne tééjavu íúcaávéne ájijñeúvú tsátsihvu iwájñúné allúvú ñvóhóóvéne tsúúca cuwáhi.

Aabévaa tsítsíveu ájkyeebe pápíhra íjkyaaabe tsá tsíjpatúne. Íjyócuúvéroobévaa áákityéhíjkyáhi. Áánéllíihyévaa némeííbye: “¿Aca muhdú íñe ó íjkyáhi? ¿Íveeki tsá o píívyetétú o íjyócuuvéne? ¡Ooréhdene wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáabeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!”


Ehdúvaa ikímóóvémeíñe íjpi dómáákíñuube dólloúcunú páheju íbájúityu íjkyane, áánéllíihyévaa cárúúveebe ájtyumf tsáne íáábécoba, tsanééré tújpakyo óóveebe, níhbáhotu óhbákyunúne. Ihdýváhacáa díbye cúwáne allúrí tééja múnáajpi útáacají níhbáhotu íñíityéne dííbyeke ítyujpákyó adóhi, áánemávaa tsííñe óhbáávyeebe níhbáhotu.

Ááneréjucóvaa Llíchuri ítyollíjyú íekéévéne dííbyeke llíjchucúne. Aanévaa díbye llíjchúcúhéjutu tújpakyo wáápéne éllevu díbye bájúíívyéneri tsííñe tújpakyo úcaavé dííbyéjpi pañévu, áánerívaa tsúúca tsíjpanúúbe. Ááne boonévaa útáacají tééjájpiñévu áákityé váho, tsúúca dsíjveébe. Átsihdyúvaa tsííñe péhíjkyaaabe tsíijyu lleebúcunuté tsaate tétsíí pañe: ‘Tatítajtíta, tatítajtíta, tatítajtíta; tatítatítatí, cóu, tatícóu’ –cuumu áámuhíjkyáne; ááne allúrivaa chíjchúwá, ‘chi, chi, chi’ –íhjúvánáa: ‘Tsehkébatu wabñvóóho, buuúmujaaíí, búumújaaíí, búmúhjáikyá íjííaa’ –kíjkyówá májtsívahíjkyáhi.

Áánerívaa íímíjyúúvéne némeííbye: “Ííkyaj! Áátyéha wáñehjívatehi. Ói díityé cahgúnutu ó ádotéhi”.

Áánemávaa ájyabaúvuma íjkyaaabe díityé tujkévetu péébe úújeté téhdure tsííjyavu íévejávu; tsá múubará íjkyatúne. Aabévaa: “¿Aca muurá íñe mátsívahíjkyáhi?” –ídíllómeíñe tétsihjí díityéké néhcoráhi. Tsúúcaájucóváhacáa mímúnaa pééne boone íwabyáúuhóneúvú íjkyujúwááneúvuma dáíhcoténeréjucó díbye ñtehíjkyáne.

Árónemávaa tsííñe péjúcoobe íivaa ítsááneri. Aabévaa wahájchotaréi íjkyánáa tsííñe cuumu áámúmeíjyocóo: ‘Tatítajtíta, tatítajtíta, tatítajtíta; tatítatítatí, cóu, tatícóu’; ááne allúrivaa chíjchúwá, ‘chi, chi, chi’ –íhjúvánáa: ‘Tsehkébatu wabñvóóho, buuúñujaáíí, búúñújaaíí, búñúhjáikyá íjííaa’ –kíjkyówá májtsívahíjkyáhi.



de la selva, que eran secundados por un cántico que decía: “Ustedes tienen pómulos semejantes a frutos de tutumo”. En tanto los golpes de manguaré, y los canticos, otro grupo danzaba haciendo sonar sus shacapas.

“Ahí están cantando otra vez” –renegando, regresó raudo a la misteriosa maloca y no encontró a nadie como la primera vez. Y hurgando minuciosamente por toda la maloca halló unas cigarras que descansaban sobre un viejo trípode exprimidor de yuca, a las que mató con la punta de su pucuna. A continuación, halló unas libélulas que descansaban sosegadamente sobre un viejo tendedero, quienes corrieron la misma suerte que las cigarras. Finalmente, husmeando dentro del manguaré, halló en el polvo un gusano de alambre, al que también mató. Cuando Pucunero retomó su pérfido camino nunca más volvió a escuchar aquella algarabía a manera de fiesta.

Mientras el gusano de alambre tocaba el manguaré, las libélulas coreaban las canciones al lado de las cigarras que emitían sonidos que parecían danzantes con shacapas.

Embelesado con estos desaires, Pucunero otra vez lamentaba su suerte y se ponía a llorar: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

“Áánerá áátye tsiíñe májtsivájucóóhíí” –iñéénemáváa tsiíñe ióómíñe íttéroobe tsá muucá ájtyúmíttúne. Aabéváa tééjá lliíñe chooco íttéhulle ájtyumíñbe mámúíhkyuúvú níjcauri chiihyémú pílluhjúcunúmeke. Áámekéváa: “Íjtyéubá, muurá, oke wajyámúnuhíjkyáhi”, –néébere wátsohcáo ítyollíjyuri. Átsihdyúváa íttécunúúbé móóhóri mñumu pñtohjúcunúmeke, áámekéváa idyé lliihyánuúbe. Áánemáváa cúúmú páájí pañe néhcoobe íttécunú óóñoba téémú ballíjyú pañe íjkyáábeke, áábekéváa idyé lliihyánuúbe, ááné boonéváa péjúcoobe tsáhájucó múúbaké lléébójúcootúne.

lhdyúváhacáa óóñoba cuumu áámuhíjkyáhi, áánétúváa mñumu mátsívahíjkyáhi, áánácáváa chiihyémú chijchúwá wahdáhiíñédú ‘chi, chi’, nehíjkyáhi.

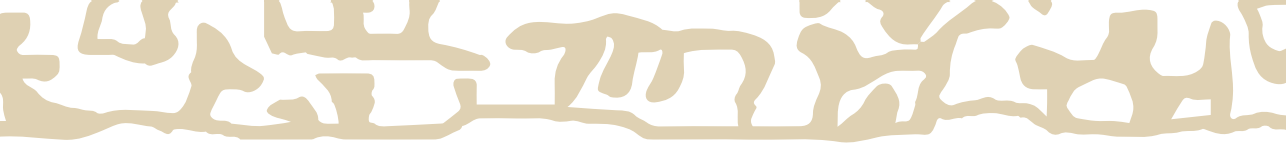
Ehdúváa íámé dííbyeke wájyámúnuhíjkyáneri tsiíñe kímóóvémeííbye: “íOoréhdené wáhááke o dóóne úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!”



• EPISODIO XV •


PUCUNERO Y LA ESPOSA DE SOL DE LOS ALIMENTOS
DE LA TIERRA





• EPISODIO XV •

LLÍJCHUR† NÚHBÁ TÁÁBAKE PÁÁRÁNURÓNE



Después de los aciagos sucesos en las malocas desocupadas, cierto día Pucunero llegó a la maloca de Sol de los Alimentos de la Tierra. Entrando en ella halló abundantes provisiones como el ají negro, el casabe de almidón, la fresca cahuana, entre otras viandas; las que se puso a comer, aprovechando la ausencia de sus dueños.

Finalizado el improvisado almuerzo, tomó una breve siesta. Luego, se dirigió a la cocamera y saboreó el ampipi, y después de mambear un poco de coca tomó el camino de retirada. Y cuando aun estaba a unos escasos metros, escuchó los gritos de la ocarina, quien le acusaba ante su amo Sol de los Alimentos de la Tierra: “Sol, Sol, Sol humilde; Pucunero está huyendo después de comer tus viandas y mambear tu sagrada coca, Sol, Sol, Sol humilde”.

Mientras la Ocarina de Frutos de Chambira era el centinela y comunicador de la maloca, Sol de los Alimentos de la Tierra era una colonia de hormigas del campo.


Escuchada la alarma lanzada por la vocinglera ocarina, la esposa de Sol de los Alimentos de la Tierra corrió a ver lo que acontecía en su casa, mientras su marido regresaba despacio, por tratarse de una colonia de hormigas. Cuando Pucunero la vio llegar, la enamoró de inmediato y se acostó con ella.

Viendo aquel comportamiento desleal, en detrimento de la esposa de su amo, la ocarina dio parte a aquél, gritando: “Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero se acostó con tu esposa, después de seducirla sagazmente, Sol, Sol, Sol humilde”.

Fastidiado con los inoportunos mensajes que emitía, Pucunero tomó a la ocarina y la arrojó fuera de la casa, entre un matorral de ortigas. Y desde allí la ocarina otra vez gritó: “Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero me botó entre un matorral de ortigas porque te dije que se acostó con tu esposa después de enamorarla, Sol, Sol, Sol humilde”.

Como no conseguía callar a la inoportuna mensajera, Pucunero la recogió de entre el matorral de ortigas y procedió a triturarla usando el batán de los avíos de los sacrificios de Sol de los alimentos de la Tierra. Muy a pesar de ello, la ocarina, convertida en polvo, siguió vociferando: “Sol, Sol, Sol humilde: Pucunero me machacó en el batán de tus avíos, Sol, Sol, Sol humilde”.

Convencido de que no podía acallar los gritos de la inmortal ocarina, muy asustado, Pucunero se dio por vencido y huyó del lugar.



Aanévéa Llíjchuríké jáhañe máváríchohíjkyánetu péébe tsáijyu úújeté tsiiyya jaávu, ihdyúváhcáa Májchotá Núhba ja teéja. Aabévaa pímihtsónema, mááhóhañe, cáhgúnuma tééjari íjkyane iájtýúmíne majchójucóó, múubará tééja múnaa íjkyátúnéllíihye.

Aanévéa imájchone íimivyédú iwáyéévénehji tavíhvejúvú péébe, áánemávaa tééja múnáa máániháñe ípíhjáne diityé iibíí déjkyuúbe, áánemávaa ellévújuco dibye pééneé. Aabévaa péérónáa rooúwá: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áánu Llíjchurí dimájchoma díiibíí idyéíjkyúne péjucóóhi Núhba, Núhba, Núhbaúvu” –núhbake úúballéjucóóhií. Ihdyúváhcáa Májchotá Núhba píimiyemí, ílliyáané píimiyemí íjkyane; áánetúvaa dííbyé níjñhé waajácú rooúwá dííbyé já tehmeéwá íjkyawa dííbyé uubállemúnáajpi.

Aanévéa rooúwá úúballéné illéébóne Májchotáwa Núhba íicúve wállé tsájucóó ítyájíí ííñújí allurí tsáváhréi óómíñáaaca. Aallévaa wájtsílleke Llíjchurí íimílléne cábíllanújucóóhií.

Aanévéa rooúwá iájtýúmíne idyé úúballéjucóó Núhbake: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áánu Llíjchurí dítyáábake íimílléne díílleke cábíllanúhi Núhba, Núhba, Núhbaúvu”.

Áánéllíihyévaa Llíjchurí rooúwake iékéévéne waaó áátájíí pañévu, áánemávaa dibye úmívarónáa tsiiñe rooúwá ihjyúcunúhi: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu, áánu Llíjchurí dítyáábake dibye cábíllanúne uke o úúballéné allútú oke áátájíí pañévu waagóójucóóhi, Núhba, Núhba, Núhbaúvu”.

Áánéllíihyévaa Llíjchurí ióómíñe áátájíí pañétú róuwake iújcújéne núhba májchotá íicúvé caanúcori tééwake caanújucóóhií, árollíjyvúá tsiiñe ihjyúcunúhi: “Núhba, Núhba, Núhbaúvu; áánu Llíjchurí díimájchotá caanúcori oke caanújucóóhi, Núhba, Núhba, Núhbaúvu”.

Aanévéa Llíjchurí rooúwake muhdú dáíivyétsótúneri ííllityéne úmívájucóó tétsihdyu.

• EPISODIO XVI •

PUCUNERO Y LAS MALOCAS DESAMPARADAS


Cierto día, mientras caminaba sin rumbo, Pucunero escuchó una algarabía femenina en aquellos exóticos bajiales. Y acercándose sigiloso hacia las carcajadas vio a las jóvenes Tamizadoras que, muy alegres, pescaban crustáceos en la quebrada usando un cedazo.

Al notar que las doncellas venían hacia él, se arrimó sobre un palo caído, que atravesaba el riachuelo, para tratar de pasar desapercibido; pero una de ellas lo advirtió y, muy alegre con el hallazgo, dijo a su hermana: “¡Hermana mía, mira esta iguana!” Dicho esto, lo atrapó y lo mordió en la nuca. Luego, cogió una hoja de panga y lo envolvió para asegurar la inusual cacería. Y dejándolo allí prosiguieron la pesca para recogerlo al volver.

Mientras las féminas iban tamizando crustáceos por los recovecos del riachuelo, Pucunero salió del embalaje y se irguió tras un árbol, dado que cuando las cazadoras retornaban notaron que el envoltijo de su caza estaba vacío. Entonces, una dijo a la otra: “Hermana, se nos escapó nuestra presa”. En seguida, husmearon el lugar en busca de la presa y hallaron a Pucunero erguido detrás de un árbol. Absortas con el descubrimiento, se dijeron: “Hermana, ¿qué hace aquí Sol del Medio Mundo?” Dicho esto, reclamaron a Pucunero, diciendo: “Oye, Pucunero, seguro que te llevaste nuestra caza para comertela. ¡Atrevido! qué no te vas a comer nuestra presa si te comiste a tu propia madre para convertirte en el amo de la futilidad”. Entonces, Pucunero les dijo: “¿Cómo creen que pudiera haberme comido vuestra caza si fui yo a quien ustedes mordieron en la nuca? Eso aún me duele”.

Entonces rompieron en risa, y le dijeron: “¡Cómo pudimos haberte mordido, jajajaja...! ¡Por qué no dijiste: “Soy yo”, para no morderte, querido Pucunero, ijajajaja...!”

Después de estar ridiculizando al estólido visitante se amistaron con él y lo invitaron a que las acompañe a casa. Una vez en casa, una de ellas dijo a Pucunero: “Querido Pucunero, descansa aun, mientras cocinamos nuestros camarones”. En seguida, una de ellas dijo a la otra: “Hermana, voy, pues, a traer de nuestro caldo de hojas de yuca para cocinar nuestra pesca”. En seguida, una de ellas corrió tras el camino del arroyo, con el cántaro en mano, para luego regresar con el caldo de hojas de yuca en el que coció a los camarones y almorzaron juntos. Y entre la pesca de camarones y el comerlos cocidos en el caldo de hojas de yuca recogido por el camino del arroyo, las féminas pasaban sus incesantes y solariegos días. Al cabo de permanecer por algún tiempo con las tamizadoras, Pucunero se percató de que



estaba perdiendo peso y empalideciendo. Entonces, dijo: “¿Qué ocurre conmigo? Sin duda, los potajes en base a la pesca de las féminas son muy buenos. ¿O tal vez los platos que preparan tienen algún secreto? Esta vez tendré cuidado de su forma de preparar la comida”. Reflexionando así sobre sí mismo, una mañana les dijo: “Amigas mías, hoy iré muy lejos a cazar animales para comer”.

“¡Qué bien, amigo! –Se alegraron las mujeres–. Anda a cazar algún animal para comer”.

Y aparentando que iba de cacería, Pucunero se escondió cerca del lugar donde las mujeres acostumbraban recoger el caldo de hojas de yuca. En tanto permanecía en su escondite, vio a una de ellas acercarse al lugar e invocar por el caldo, diciendo: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! De pronto, tras el sonido de un gran ventarrón, vio aparecer la corpulencia de una enorme anciana, quien se puso a orinar dentro del pate de la señorita. Recogido el orín la mujer regresó feliz a casa para cocinar los camarones en él. Este tipo de preparados eran la causa de la anemia de Pucunero, quien cuando vio aquella escena se asombró sobremanera. Entonces, concluyó: “¡No puedo creer que las señoritas estén usando la orina de aquella anciana para cocinar sus camarones, lo cual está causándome esta severa anemia!”

Cerciorándose de la causa de su estado de salud, Pucunero deambuló por las inmediaciones hasta que se puso el sol. Cuando llegó a casa las mujeres le llamaron a cenar, pero éste se negó. Y después de permanecer taciturno por largo rato, les dijo: “Amigas, mañana iré a cazar muy lejos. Por lo tanto, preparen suficiente casabe para acompañar el producto de mi cacería”. Cuando amaneció las chicas asaron bastante casabe y se marcharon a pescar camarones, como solían hacer, en tanto Pucunero, fingiendo ir de cacería, tomó el camino hacia la montaña; sin embargo, regresó desde una distancia prudente para provocar a la misteriosa anciana, a la manera de sus nietas, diciendo: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca!”

Cuando la anciana apareció a través de un viento recio, inmediatamente se puso a orinar ante la mirada atónita de Pucunero.

Y éste, sin mediar consecuencias, la aplicó varios dardos de cerbatana, provocándola una muerte instantánea. Muerta la anciana, la llevó a casa y la cocinó en el nongo de sus nietas.



Ilíjchúteé me dóókíí’.

“Juúju, muúbe –áñíjcumúpivápeé –. Wa Ilíjchúteé iáábe éhneé me dóókíí’.

Ahdújucóvaaa péébe eenévaa tsáápille píiyaco úcújehíjkyáhullévú páátánúmeityéhi, aabévaa tétsii íjyáacunúhíjkyánáa imyéenuhíjkyádú tsáápille itsááne neeváhi: “iTaálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! iTaálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!”

Ááneréjucóvaaa tsájkeeméllécoba, mítyalle íjkyállécoba, ‘joo’, itsááne níjpákyunúváne dótówáhyó pañévu, aanévaa iwáátsóne tsúuca oomíjyúcoolle ihjávú; áánerívaa cátahbójúcoomúpi íñahcómuke idyóókíí, aanévahacáa imájchóne eene Ilíjchurí duhcúvatéhi. Aanévaa iájtýmíne neébe: “iEhdúhaaca aatyépi áálle níjpatyu iújcúyéne nahcómuke cátahbóné o májchónetu íñe ó duhcúvatéhi!”


Aanévaa iwáájaíñúne botsii báju pañévú péébe éhtsíhjire iúlléne oomíjyucóó cuuvé pañe, aabévaa wájtstíbeke dityépi kéévaróné tsáhájucó díbye ímíletú imájchone. Aanévaa iwáyéévehíjkyátsíhjídú diityépike neébe: “Ámuhpi, péjcore tsíhyulle ó Ilíjchúteéhi. Ahdíkyane, mítyane mé bújcájaaco o táávane me Iléhdokí’.

Ahdújucóvaaa tsíjkyooji tsítsíveu dityépi mítyane íbújcájaáne míhéévú pééne allúri téhdure múu lliiñájaavu péhdu Ilíjchurí péébe éhlléture ióomíñe iijéjucó, iivaa iájtýmídú, kééméllécóbake díllotéhi: “iTaálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! iTaálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!”

Aallévaa imyéenuhíjkyádú, ‘joo’, tsáalle níjpákyunúvárótsihyu Ilíjchurí Ilíjchújújucóó píváijyúva, áállekévaa tsúuca lliihyánuúbe. Áánemávaa ááhívu itsájtyélleke ícúí diityépi caráájiiri tújúcoóbe, aanévaa tútaco báábane wáhejyu itséhdíhyéjú pañévú píkyoobe mááhómaá. Aanévaa iwátájcóne coévaabe páhejúwu, téhejúrivaa iúcaáveki, áánemávaa botsii peebe báju pañévu.

Áánacávaa tsúuca diityépi wájtstínaa tsáápille péjucóó ítyáálleke píiyaco ityáúmeíki, aallévaa píúvará ípíúvahíjkyádu: “iTaálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo! iTaálle, taálle, múhpíke dípiiyácotú catáhbo!” Áronácávaa ‘joo’, itsáároné ‘dái’ pehíjkyáne. Ehdúvaa píváijyúvva ípíúvahíjkyároné óómille ááhívu, áánemávaa neetéllé íñáálleke: “Muúlle, kiávúhjábá méétáálle péehíí. Cáhawáá majo me úújetéki’.

Áánélliihyévaa péémupi tsiiñe píúvaráhi.



Cuando el cocido estuvo listo cavó un profundo hoyo en la tierra y depositó allí toda la carne juntamente con los casabes. Luego, recubrió el hoyo cuidadosamente e hizo una pequeña abertura que le sirviera de respiradero. Consumado el acto, Pucunero se dirigió montaña adentro, para no levantar sospecha.

Cuando las chicas regresaron de su rutina diaria de pesca, una de ellas corrió camino de su abuela para reclamar su caldo favorito con su frase predilecta: “¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca! ¡Abuela, abuela, concédenos tu caldo de hojas de yuca!”


Pero la nana jamás asomó. Solo escuchó un leve rumor que venía a esfumarse muy cerca. Y después de varios intentos fallidos la mujer regresó a casa y dio aviso a su hermana, diciendo: “Hermana, la abuela desapareció. Ven, vayamos a ver”.

Cuando llegaron al lugar invocaron su presencia en reiteradas ocasiones, sin éxito. Y después de comprobar que la abuela había desaparecido, se dijeron: “Estamos seguras que el inescrupuloso Pucunero se comió a nuestra abuela, así como no tuvo reparos en comerse a su propia madre”. Mientras permanecían en casa, cavilando sobre la desaparición de su abuela, Pucunero regresaba de cacería, a quien inmediatamente encararon el hecho, diciendo: “Pucunero, estamos seguras de que te acabas de devorar a nuestra abuela, así como te comiste a tu propia madre”. Negando la fechoría, Pucunero, contestó: “Eso no es verdad. ¿Dónde la hubiera hallado para comérmela si acabo de llegar de cacería?”

Pero, incriminándolo aún más, le propusieron: “A ver, ven acá para revisarte las ranuras de tus dientes”.

“De ninguna manera, amigas –insistió, Pucunero—. Cómo se les ocurre pensar que me comería a vuestra abuela”. Muy a pesar de su negación las mujeres atraparon al sedicioso e intentaron revisarle los dientes, pero éste cerró firmemente la boca. Entonces, tomaron un tizón de su fogón y quemaron su barbilla a fin de que enseñase sus fauces. Y mientras estaban afanados en la controversial investigación observaron una hormiga salir de un hoyo, cargando una partícula de carne, por lo que exclamaron: “¡Lo dijimos! Tú te devoraste a nuestra abuela, maldito. Porque la carne que lleva esa hormiga es la de ella”.

Mientras tomaban sus mazas para matar a Pucunero, éste se escurrió de entre sus manos y se escabulló en el orificio que preparó, huyendo ante ellas.



Aamúpiwáa ihjyáwú ióómíñe íityáállé íjtsaméiyi íjyácunúhíjkyánáa Llíjchuri wajtsijucóó Iliiñáaatu, áábekévaa uhbájúcoomúpi: “Llíjchu, úhaca íveekí múhpi ityáálleke u dójucóó, dítsíjjuvaaa íjkyárolleke u dóóbeé”.

Aanéwáa toónuube néehíi: “Tsáhaá. Muhdú, kiá íjkyálleke ó doó ámúhpi ityáálleke, Iliiñáaatu o wájtsíibe”.

Árónáacávaa éhniíñevuré iúhbáne neemúpi: “Áyu, cána íllevu dichu uke muhpi díhwáñe me íteki”.

“Tsáhaá –neebévaa tsííñe –. Muhdú íjkyálleke ámúhpi ityáálleke o dóóne ámuhpi oke mé waabyúhi”.

Árónáacávaa iékéévéne dityépi dííbyé ihjyu ítéronáa cohpewu úmúúveébe. ÁanéIliihyévaa cújúwayu iújcúne dííbyé kéjtuhi áñóyóhcomúpi. Aamévaa téeneri choihchóí íjkyánáa miiñíují éécówúuma páhejútú íjchívyeíñú turúturu, áábekévaa íájtyúmíne wáníjkyámeimúpi: “íTeenéjuco muurá áánu taalléro éécó tsájtyene! íMuurá idyé muhpi me néé u dóóneé!”

Ehdúwaa íñéene ícanúbáooúcuri illííhyánu Llíjchuríké dityépi ékéévérónáa iivaa páheju icóéváhéjuri úcááveíñuube ííñújí pañévújuco, tsúuca waábe.

• EPISODIO XVII •


PUCUNERO ATRAVIESA EL PIÑAL HECHIZADO





• EPISODIO XVII •

LLÍJCHURĪ CÚDSĪBAJĪ PÁJTYENE



Imposibilitadas de vengar la muerte de su nana a manos de Pucunero, las jóvenes tamizadoras conjuraron un hechizo, bailando: “Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre. Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre”. De rato en rato, llamaban, diciendo: “Pucunero, ¿está ahí?”. Y él, aun con voz firme, contestaba desde su escondite: “Aquí estoy”.

Entonces, reanudaban su cántico esotérico: “Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre. Pucunero, después de comerse a nuestra abuela, morirá, morirá de hambre”.

Así fueron danzando y preguntando en reiteradas ocasiones para comprobar si el necio Pucunero había sucumbido ante el conjuro, pero el majadero contestaba tantas veces era preguntado disminuyendo la fuerza de voz.

Al cabo de unos minutos quedó callado, fingiendo estar muerto. Entonces las chicas festejaron el supuesto deceso de su contrincante, vociferando: “¡Qué bien que te hayas muerto, estúpido! ¡Mereces la muerte y algo más por haberte comido a nuestra abuela!”

Para constatar que realmente murió metieron una varilla al orificio por el que huyó, el cual este travieso ser untó con sus heces, dado que cuando las féminas la retiraron y husmearon el extremo había allí un olor nauseabundo que evidenciaba su muerte. Entonces se alegraron, diciendo: “¡Bien hecho, maldito! ¡Mereces morir por haberte devorado a nuestra abuela, maldito!”

En seguida, las chicas cavaron el lugar que creían se hallaba el cadáver de Pucunero. Pero cuando retiraban la tierra perforaron el lugar donde se encontraban los restos del supuesto occiso, quien aprovechando sus distracciones escapó raudo, antes que lo atrapasen. Entonces una de ellas exclamó: “¡Ay, hermana mía, se nos escapó! ¡Este adefesio nos ha tenido como unas tontas!”

Uniendo sus poderes ambas hechizaron su derredor, diciendo: “Que todo lugar se convierta en piñal, piñal y más piñal”. Al instante todo el bosque en derredor de Pucunero se convirtió en un impenetrable piñal, lo cual dificultó la falaz huida del empedernido infeliz. Allí otra vez Pucunero se ponía a lamentar su suerte: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”

Aanéwáa míhéérájimééwamúpí iityáálleke Llíjchuri dóóné allútú muhdú dííbyeke imyéénútyúrónéllíí ílluréjuco ipítyuutsóné dityépi wáhtsine: “Llíjchuííhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye. Llíjchuííhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye”. Áánemáváa: “¿Llíjchu?” –díllóhíjkyamúpi. Áámúpi kéwáa: “Óo” –tsíjpánécoba áñújuube téhejú pañétu. Áánéllíihyéwáa tsiiñe wáhtsihíjkyamúpi: “Llíjchuííhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye. Llíjchuííhyó tálléke idyóóne tóócúibye, tóócúibye”. Áánemáváa tsiiñe díllóhíjkyamúpi. Ehdúwáa píváijyúwá iwáhtsineri ijtúucunúpi dííbyeke illíhyánuíñe, áánemáváa tsiiñe iwáhtsine idyé tsiiñe díllóhíjkyamúpi. Aanéwáa píváijyúwá iwáhtsihíjkyané níjcáuvu dityépi díllone ikyóhodu áyájkéwúuri áñúchíjkyáabe.

Áánéjpiñéwáa tsáhájucó díbye áñújúcootúne. Áánéllíihyéwáa: “iTéhdúwuújuco u dsíjivéné, múúbé nehníjyaúhaja! iTaallérokéne u dóóbe tsúúca ú dsíjivéjucóóhí!” –iñééne ijtúucunúpi tsúúca díbye dsíjivéjucóóne, áánemáváa úméhéiyi nájcomúpi, aaíváa iñámeri dówáchuhjácoóbe, aanéwáa iárahjúcúne ímíjyúúvemúpiré neéhíi: “iTéhdúwuújuco u tóócune, múúbé nehníjyaú, taalléroke u dóóbeé!”


Aamúpiwáa Llíjchuri ííñújí déjucónú dityépi pítyúútsóneri tsúúca dsíjiveebe tóócune iwáábýúne tsehdíjyucóóhíi. Aanéwáa díbye íjkyahéjú tséhdímúpi tsátsii cáváriucúnetu Llíjchuri ícúu íjchívyéne tsúúca úmívájucóó dityépi tsáváhréi dííbyeke iékééve dsíñerónáaaca. Aanéwáa tsáápille íñáálledi wáníjkyámeíhi: “iÁádíjyucó, muúlle! iNéhníhívaabe íllure meke állííñúhi!”

Áánéllíihyéwáa tsamúpijuco: “Ahdíkyane cúdsíibaji, cúdsíibaji, cúdsíibaji” –pítyúútsóneri cúdsíibaji ráátúné Llíjchuri úniu píivyetéhi, ááneríváa tsáhájucó díbye píivyetétú ícúu ídsíñene. Ílluréjucówáa tsátsihvu íjyóócúúvéne díbye tsiiñe támeihíjkyáne: “iOoréhdené wáhááke o dóóne úupíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjí oke patyéhíjkyáhi!

Aanéwáa Míhéérájimééwamúpi: ‘cúdsíibaji, cúdsíibaji’ –pítyúútsóneri íhjaváa tsíhyulle páneere báju píivyeté cúdsíibajívu, ááneríváa tsáhájucó tsúhíjváhváneri Llíjchuri píivyetétú kiávú ipyééneé. Aabéwáa ítyollíjyú icáwayácóneri pehíjkyá choocówu tééjpi pañe.

Tsájcoojíváa ehdu péhíjkyáabe cábuúveté tóónódivu, áábekéwáa neébe: “Oke, ihdyu, muube, óvíjyucó íñe cúdsíibaji pajtyétso”.

Áábekéwáa tóóno neéhíi: “Muúbe, muhdú múijyú cúdsíibaji u pátýéííbyejí eene ú pehíjkyáhi.



Cuando las Tamizadoras conjuraron el piñal toda aquella montaña se cubrió de un gigantesco piñal impenetrable que cubrió vastos y extensos territorios, lo cual impedía que Pucunero pueda moverse fácilmente. Entonces, acudió a su pucuna como único medio de transporte, cuyo orificio usaba como viaducto para moverse lentamente dentro el piñal.

Un día, mientras viajaba con dificultad, se encontró con la perdiz tinamú, a quien solicitó ayuda, diciendo: “Amigo, hazme cruzar este gran piñal, por favor”.

Muy sorprendida, el ave contestó: “Amigo mío, no te ilusiones en querer cruzar este extenso piñal, pues nunca podrías alcanzar el otro lado. Súbete sobre mí para ver si podría ayudarte. Pero te prohíbo abrir los ojos durante el viaje, amigo. Si desobedeces nos caeremos, al instante”.

“Está bien, amigo mío” –se alegró momentáneamente Pucunero. Acomodándose en la espalda, Pucunero y el tinamú alzaron vuelo hacia el horizonte. Pero, sintiendo vértigo no muy lejos de allí Pucunero abrió sus ojos, cayendo ambos a tierra.

“¿Por qué abriste los ojos? –Le amonestó el tinamú– Te advertí que no lo hicieras. Por tanto, hasta aquí te puedo ayudar, amigo”.

En recompensa de aquella ayuda, Pucunero extrajo de su morral el pito de su extinto padre y creó la cabeza del tinamú. Como el ave no sabía de qué se trataba el extraño regalo, preguntó: “Amigo, ¿y qué haré con esta cosa?”

Entonces, Pucunero le explicó, diciendo: “Pues, cuando veas germinar los sembríos soplarás el silbato para fecundizar la tierra en beneficio de ellos”.

Reanudando la lenta y azarosa travesía, usando su pucuna como único viaducto, un día se encontró con el pájaro carpintero imperial.

Cuando el pájaro lo vio, le confirmó sus preocupaciones: “Amigo mío, las probabilidades que logres llegar al otro lado son muy remotas”.

Entonces, Pucunero le rogó, diciendo: “Amigo, teniendo en cuenta que no tengo otras posibilidades, ayúdame a cruzar, por favor”.

“Creo poder ayudarte –le consoló el carpintero–. En ese sentido, súbete ahora mismo sobre mis hombros para cruzarlo; pero te sugiero que no advertirás el viaje. Si abres los ojos, caeremos. Durante el trayecto llegaremos a mi primer manguaré del sonido pausado;

Íllevu táhallúvú diikya uke o pájtyétsoki. Áronáa, ihdyu, me wááménécooca d̥ihtécunúdíñe. U ñtécunúhajchíí máákityeéhi”.

“Juúju, muúbe” –áñújcuubévaa Llíjchuri ímíjyúúveebére. Aabévaa tóónó allúvú néríívyéebema tsúúca wáámenéjúcoomútsi. Aamútsiváa wahájchotaréi wááménéaa Llíjchuri ñtécunújucóóhií, áánemáyéjucóvaa tsúúca dityétsí áákityéné baavújuco.

“¿íveekí ú ñtéhí, bádo? –úhbaabévaa tóono dííbyeke –. Muuráhjané uke o née u ñtétuki. Ahdíkyane óvíí íchihvúré uke ó píaabóhi”.

Ehdúvaa tóono Llíjchuríké píáábónéllíí ícahpáyú pañétú cááníúvú vojvóú iújcúne niwáúúnuube dííbyeke. Aabévaa muhdú teeu imyééníútyúrónéllíí dííbyeke dillóhi: “¿ñnáami, muube, íñeeri ó méenuúhi?” Áábekévaa Llíjchurí úwaabóhi: “Ihdyu, bajtsóhé úmíwáávécococa tééuri ííñují ú naaméménuú ‘vóó, vóó’, ááneríjyuco bajtsóháñé imíwu ííñeíñe”.


Átsihdyúvaa tsiíñe idyé choocówu ítyollíjyú icáwayácóneri íhtsútúnetu cúdsí#bájíjpiñe péhíjkyabe tsájcoojí úújeté tóhmibádívu. Áábekévaa tóhmiba íájtyúmíñe néehíí: “Muhdú, ñama, mújyú éhnejúcuu u úújetéííbyejñ eene ú pehíjkyáhi”.

Áánéllíihyévaa Llíjchurí néehíí: “Ané óvíjyuco oke, muube, pajtyétso”.

“Juúju –neebévaa tóhmiba –. Ané íllevu táhallúvú diikya me péekíí. Áronáa, ihdyu, d̥ihtécunúdíñe. U ñtéhajchíí máákityeéhi. Aamútsí me péémutsi tujkénú mé úújéteé tajcúúmú abájjúúmuvu, aamu ó áámúteé ‘wawawawa’; áronáa tsáhái u ñtétíyúne. Átsihdyu tsiíñe cáduúdáhori me péémutsi tsiimu tajcúúmú abájjúúmuvu mé úújéteéhi, aamu téhdure ó áámúteé ‘wawawawa’; áronáacái téhdure tsá u ñtétíyúne. Átsihdyu, ihdyu, tsiíñe cáduúdáhori me péémutsi nihñéré mé úújéteé tajcúúmú ímiáámuvu, aamu ó áámúteé ‘tocóróóróó’; áijyu botsíyéi ú ñtécunuúhi. Állíkyóhrevá múúne u néébe, tsáma oke llééboco”.

“Juúju –áñújcuubévaa Llíjchurí –. Tehdújuco, muúbe”.

Aabévaa dííbyé allúvú néríívyéebema tsúúca wáámenéjúcoomútsi. Aamútsiváa, dibyévaa néhdu, úújeté tujkénúemu íjcúúmú abájjúúmuvu, aamúvaa tóhmiba áámuté ‘wawawawa’; aanévaa Llíjchurí cahcújtsó tsá ñtetúne. Átsihdyúvaa cáduúdáhori wááménemútsi úújeté tsiimu íjcúúmú abájjúúmuvu, aamúvaa idyé áámutéébé, ‘wawawawa’; tsá téhdure Llíjchurí ñtetúne. Átsihdyúvaa tsúúca cáduúdáhori wááménemútsi úújeté nihñéemúvu, aamúvaa áámutéébé: ‘tocóróóróó’.



cuando lo entone, “toc, toc, toc”, aun no abrirás los ojos. Inmediatamente alzaremos vuelo en vaivén y llegaremos a mi segundo manguaré, del sonido pausado, el que también tocaré, “toc, toc, toc”; pero, aún no abrirás los ojos. Finalmente, después de un vuelo prolongado en vaivén, llegaremos a mi manguaré predilecto, el que entonaré, “tun, tun, tuunnn”; allí sí podrás abrir los ojos, amigo. Por lo pronto te ruego que obedezcas mis advertencias; pues, tienes fama de ser un necio empedernido”.

“Trato hecho –se alegró Pucunero–. Así lo haré, amigo”.

Acurrucando su enjuto cuerpo sobre la espalda del pájaro carpintero, los insólitos amigos alzaron vuelo con destino a lo porvenir. Y como lo había advertido llegaron a su primer manguaré del sonido áspero, el que el pájaro tocó, “toc, toc, toc”; pero Pucunero, muy obediente, no abrió los ojos. Alzando nuevamente el vuelo en vaivén, llegaron a su segundo manguaré del sonido áspero, el que también tocó, “toc, toc, toc”; y el Pucunero siguió sin abrir los ojos. Finalmente, después de un largo viaje en vaivén, llegaron al lugar de su manguaré favorito, el que entonó, “tun, tun, tuunnn”. Allí Pucunero abrió los ojos e inmediatamente ambos se precipitaron y cayeron a tierra. Con gran éxito cruzaron el piñal. En agradecimiento a la gran ayuda recibida del pájaro carpintero imperial, Pucunero le obsequió el hacha de su finado padre, no sin antes instruirlo: “Amigo mío, con esta hacha extraerás los suris y yuracsuris de los aguajes de la gente y te alimentarás con ellos”.

Además del hacha, también le obsequió la corona real de su difunto padre, la misma que se observa atractiva sobre la cabeza del carpintero imperial.

Con esta corona el pájaro reconoce y anuncia si una mujer embarazada dará a luz una niña; así mismo, reconoce y anuncia si la mujer alumbrará un hijo varón, modulando sus cánticos de acuerdo a cada hallazgo.

Átsihyúvára botsíyí Llíjchurí ñtécunúnetu áákityémútsí baavújuco, tsúuca cúdsñbají pajtyémútsi.

Ehdúvára tóhmiba Llíjchuríké píáábónéllíí ájcuube cááníúvú uwáájívu, áánemávára úwááboóbe: “ñjiri, peñu, míamúnaá ajpáhyebáané ajpakye, újtsuúmuke u wágójcóné ú dohíjkaáhi”.

Téhdurévára cááníúvú cheerépájtí píkyoobe dííbyé níwáutu, aanévá múúne tóhmibá níwáú allurí imíwu cháhiíwa. Áánerijyucónvá múúne díbye ‘cheerere, cheerere’, wáájacúné wáleeke míamúnaa tsímáváiñhajchííjyu; áánetúvá ‘cujtubére, cujtubére’, waajácuube dítye wájpíikye tsímáváiñkyoóca.



• EPISODIO XVIII •

PUCUNERO Y LA MUJER DEL OSO HORMIGUERO

Cierto día, mientras viajaba bajo la infinita selva, Pucunero halló un oso hormiguero que, junto a su esposa, extraía suri de un aguaje. En tanto el vermilingua estaba afanado en la extracción de las grasosas larvas, Pucunero aprovechó en cotejar y enamorar a su ingenua mujer. Entonces, ella le advirtió sobre lo peligroso que era su esposo, diciendo: “¿Tienes el suficiente poder para ir contigo, acaso? Y si acaso no, entonces no iré contigo; porque el oso hormiguero es sumamente poderoso”.

Pero, tomando en poco la sugerencia de la mujer, Pucunero, contestó: “Creo tener suficiente poder como para llevarte, sin problema alguno”.

Concebido el idílico plan, Pucunero tomó a la esposa del oso hormiguero y se marchó con ella lejos de allí. Tras el incidente el inocente oso hormiguero, después de extraer los gusanos, buscó a su esposa, pero no la halló por ningún lado

Y para ocultar el camino que tomaron Pucunero condujo a la mujer por el lecho de los ríos, por la médula de las huacraponas, y por la médula de los árboles; y otra vez por debajo de los ríos, por la médula de las huacraponas, y por la médula de los árboles. Conduciéndola por estos mal pasos Pucunero creyó ocultarla ante una eventual persecución del oso hormiguero. Llegando lo más lejos posible levantaron una casa de doble fondo, usando como soporte la parte más madura de los tallos de la huacrapona, para impedir cualquier incursión de algún enemigo traicionero.

Enterado el Oso hormiguero, mediante sus poderes, de que Pucunero huyó con su mujer, emprendió la persecución. Y para saber el camino que tomaron en la huida armó un cigarro con el tabaco de su sortilegio, cuyo humo le condujo por el lecho de las aguas, camino que siguió, sin vacilar. Cuando volvía a soplar el humo le guiaba por la médula de alguna huacrapona, derrotero que asumía con prontitud. Otra vez soplabla, y esta vez el humo le enseñaba el paso por la médula de los árboles, persecución que quizá duró muchas lunas.

Después de mucho caminar el oso hormiguero un día llegó al lugar en que los amantes se habían establecido. Cuando halló el nido de amor de los embelecos, el rastreador comenzó a dar vueltas sobre la casa, cantando: “¡Comiendo izulillas, comiendo izulillas ha venido el oso hormiguero! ¡Como, como, como si se viniera a tocar trompeta del huambé!”

Al tiempo que el oso hormiguero cantaba, el conjuro de su brujería penetraba hasta los

• EPISODIO XVIII •

LLÍJCHURI ÍJJÚ TÁÁBAKE PÁÁRANÚNE

Tsájcoojíváa tsiíñe pevénéré bájú lliiñe péhíjkyabe úújeté ñju méwama ájpáhyeba dóhíjkyámútsidívu. Aanéváa ñju ájpáhyebá wagójcori íjkyane iúvanúne tsúúca dííbyé táábake Llíchuri paaránújucóohíí. Áábekéváa neéle: “Ihdyu, u ñhtsútúhajchíí oke tsajtye. Áánetu ñhtsú u néhajchíí tsá úúma o pééityúne. Muurá apíichoobe ñju”.

Aanéváa ehdu dille nééne icájcújtsótúne díílleke Llíchuri áñujcúhi: “Mu, ihdyu ó ñhtsútúúhíí, téénéllíí uke ó tsájtyeéhi”.


Ehdúvára Llíchuri íjjú táábama íihjyúvájcatsíñe tsúúca dííllema úmívájucóó tsíhyullévu. Ááné boonévára ñju ájpakye idyóóne ññjkéváne méwake néhcoráhi, árónácávára tsáhájucó dille íjkyatúne.

Aanéváa kiátú dityétsí pééne ñju iwáájácútu Llíchuri dííbyé táábake tsajtyé móóá déjúcotu, áálláhéjpiñétú, úmehé ñbúutu; tsiíñe móóá déjúcotu, áálláhéjpiñétú, úmehé ñbúutu. Ehdúvára díílleke itsájtyéneri íjtsúcunúúbé mújyú ñju diityétsikye ájtyúmíityúne. Aamútsívára tsíhyullévu iwájtsíne ánúmeí mñjñhócu ihjyá mñjcóhó íkyohpétsii áálláhewáánetu, múha muhdú iúcáávétuki.

Ááné boonévára ñju Llíchuri ítyáábake pááranúne íapíichojteéveri iwáájácúne úraavyéjucóó diityétsikye. Aabévára íwaajácú bañéwá idyóvíhyíkyúne uubókyunújucóó kiávúhjáa dityétsí pééne iwáájácuki, ahdújucóvára dibye úúbócunúne ójtsó p ehíjkyá móóá lliiñétu, ááneríjyucóvára dibye móóá pájtyene. Átsihdyúvára tsiíñe dibye úúbókyunúne p ehíjkyá áálláhé ñbúutu, ááneríjyucóvára idyé dibye p ehíjkyáne. Tsiíñe dibye úúbócunúne ójtsó p ehíjkyá úmehééne ñbuúúnetu, ááneríjyucóvára téhdure dibye úráavyehíjkyané diityétsikye. Aabévára múhajchótá iúráavyehíjkyátsihdyu wajtsí dityétsí íjkyátsihvu. Aanévára tsúúca diityétsi jávú iwájtsíne iwáájácúne ílluréjucó dibye májtsiváné, tééjá allurí patsípátsí péébere: “íCohtsíhyówuúmuke, cótsítsíhyówuúmuke dóóbere ñju tsajúnecúhi! íOráá, oráá, orájju páájí múu llíjchúcunúvadu!”

Ehdúvára ñju májtsiváné tujkéveri diityétsikye dííbyé mñvájú búuuvé apíichówu ñbuwááne. Áánéllíihyévára íjjú taaba Llíchuríké nééhíí: “Muuráhjáa uke ó neerá ñhtsútuube ñju íjkyane, aanée oke u cáhcújtsótúne u tsiválleke muurá oke lliihyánúííbye”.

Árónácávára ehdu dille nééne ityáhjálléne Llíchuri áñujcúhi: “Tsáhaá. Tsá muhdú uke dibye méénúityúne.



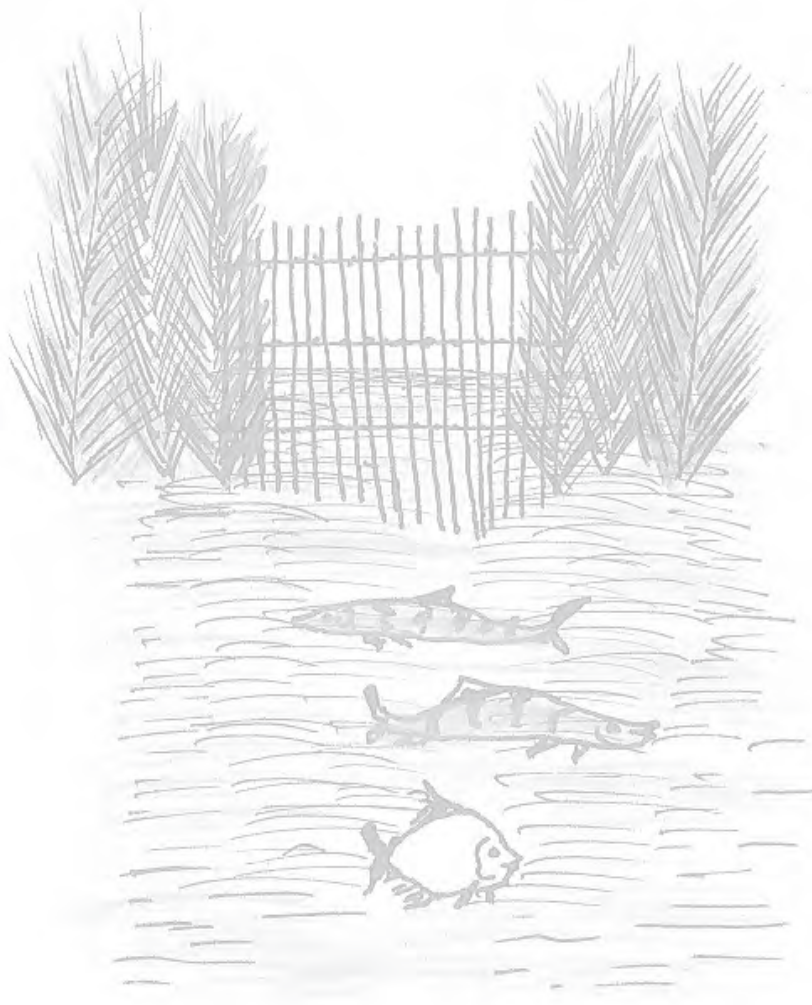
tuéanos de la pareja. Y muy asustada con la inesperada presencia del mortal oso hormiguero, la mujer amonestó a Pucunero, diciendo: “Te dije que el oso hormiguero era muy poderoso, y sin oír mis advertencias me trajiste hasta aquí para que me mate”.

Pero, desobedeciéndola una vez más, Pucunero, contestó: “No digas eso, mujer. Él no te hará ningún daño. Las paredes de nuestra casa son muy seguras, y no creo que pueda traspasarlas”.

A continuación, escucharon que el oso hormiguero rompía las paredes de la casa y penetraba en ella, sin ningún problema. Entonces, Pucunero intentó proteger a la mujer ciñéndola fuertemente sobre su pecho, pero el atacante la escurrió de entre sus brazos y la desolló hasta matarla. Consumada la venganza contra la desleal mujer, el oso hormiguero emprendió la huida con rumbo desconocido.

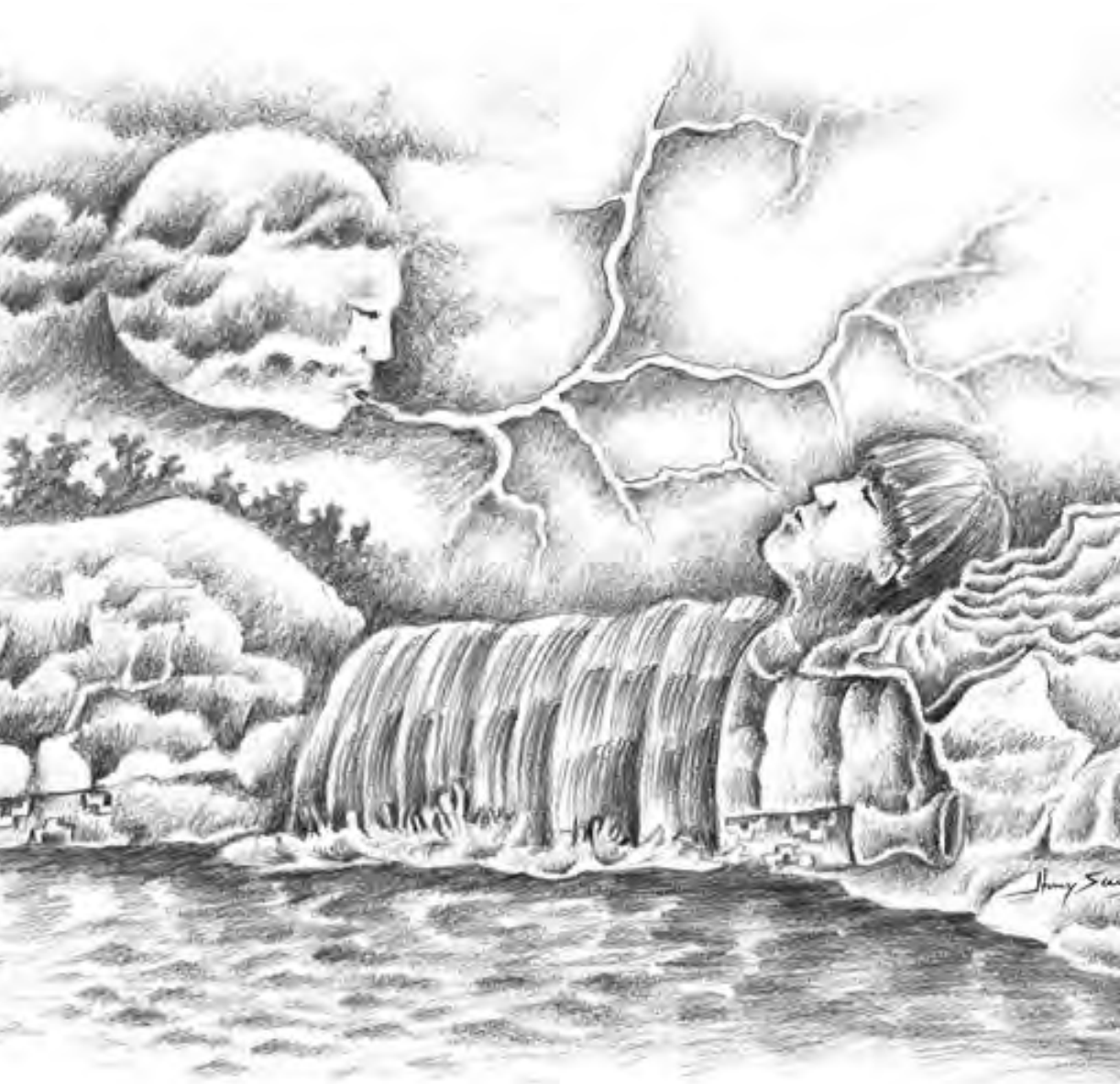
Este conjuro era usado por los antepasados bora para hechizar a aquella mujer que, abandonando a su marido, se marchaba con su nuevo pretendiente, en cuyo poder la mujer no tardaba en morir a consecuencia de algún mal.

Muurrá cóhpé mehá mijcóhó néénetu muhdú pajtyéiíbye”. Áronáacávaa lleebójúcoomútsí mijcoho varívarí ïïju dónáájcoobéré tééjá pañévu úcaavéjucóóne. Áanélliihyévaa Llíchuri díílleke ípañévu ámabúcurá dibye ïná imyéénútuki, áronáacávaa dííbyé pañétú iwámítoúcúlleke dónáajcároóbe, áallekévaa illííhyániúñúne tsúuca úmívájúcoóbe. Áánerívaa úmíjijté ïhdémúnáaúvu pítyúútsohíjkyá tsáápille walle tsíjpiima wájpiima ítyájike iúújeíñúne úmíválleke. Aallévaa béébe ítyájí ójtsí pañévu ícúíye dsíjvehíjkyáhi.



• EPISODIO XIX •


PUCUNERO TRANSFORMA LA SACHAPAPA





• EPISODIO XIX •

LLÍJCHURĪ CÚNIU TÚTÁVAJTSÓNE



Cuando Pucunero reanudaba su infinito viaje por los agrestes bosques, después de los sucesos con la esposa del oso hormiguero, un día llegó a divisar la humareda de una blandengue fogata, sobre la cual había una sachapapa muy bien asada, mientras alguien pescaba con barbasco un arroyo cercano, chapoteando: ‘jum, jum, jum’. Era el humilde unchala quien emitía los sonidos mientras pescaba la quebrada. Y como el hambre linchaba las entrañas de Pucunero, cogió la sachapapa y se la comió todita. En seguida, aligeró sus pasos para no ser sorprendido por el unchala.

Cuando el unchala terminó de pescar no halló su sachapapa donde la dejó, la cual era su esposa. Muy preocupado con su desaparición, husmeó el lugar, llamándola: “Mi Sacha, mi Sachapapa, ¿dónde estás?” Y ella, desde las entrañas de Pucunero, apenas, contestó: “¡Aquí estoy!” Entonces, el unchala comenzó a perseguir, llamándola: “Mi Sacha, mi Sachapapa, ¿dónde estás?”

Como el persecutor se acercaba vertiginosamente, Pucunero intentó eludirlo emprendiendo una veloz huida; pero la unchala era más vertiginosa que él y se acercaba peligrosamente a capturar a Pucunero para recuperar a su esposa, la Sachapapa.


Muy pronto, Pucunero no tuvo otra opción más que regurgitar toda la sachapapa que acababa de comer, vómito que dejó regando por todos lados.

Cuando el unchala llamó a su esposa Sachapapa, ésta le contestó desde la retaguardia. Entonces, dejando la persecución, regresó a donde había escuchado la voz de su esposa y vio esparcido por todos lados el vómito de la sachapapa que Pucunero acababa de regurgitar.

Juntando el vómito el unchala formó una nueva sachapapa de consistencia gelatinosa.

Antes de este suceso la sachapapa tenía una consistencia uniforme y arenisca, hasta que el unchala la convirtió en una sachapapa gelatinosa cuando juntó el vómito del pícaro Pucunero.

Exhausto, Pucunero se sentó en un lugar y nuevamente se puso a lamentar su mala suerte: “¡Estas cosas me suceden como resultado de haberme devorado a mi madre y convertirme en amo de la futilidad!”



tijúvára méwake Lljichuri nániíñúlleke díbyé pañévu lííhyánúné boone idyé tsiíñe Lljichuri bájuháñeri ájyábaúvuma péhíjkyabe tsáijyu ñtécunuté cújuwa ámópákyoúcunúne, ááwá allúrivára cúniiu imíwu báábau wátyuúcunúhi, áanáacávára tsaate tétsihjídú teehi íjkyahi wákyuume ‘juú, juú, juú’, támácohíjkyáhi. Ihdyúváchacáa cóhta teehi wákyuube ehdu támácohíjkyáhi. Aanévára Lljichuri ájyábaúvuma íjkyabe diityé cunííu iékéévéne majchójucóohíí, áánemávára ellévújuco dibye pééne, dityéi díbyeke túvááótúné ajchóta.

Aanévára cóhta iwákyuhíjkyátsihjídú tsáabe ñtévará tsáhájucóo ícunííu íjkyájúcootúne. Ihdyúváchacáa teeu cúniiu díbyé taába. Áállekévára: “¿Tácu, táacunííu, kíá uú?” –dillójúcoóbe. Áábekévára: “Áo” –áñújuco tsíhyullétújuco, Lljichuri íhbaú pañétu. Ááneréjucóvára cóhta újcuñíúné: “¿Tácu, táacunííu, kíá uú?” –díllóobere.

Aabévára cóhta méwake cunííuke úraavyéjucóohíí. Aabévára Lljichurídívú pñhínéllíí éhniíñevúí dsñnéroobéííkye, áronáacávára cóhta lleeváwu néébe áánuréjuco tsúuca dílbyedívú wajtsíjucóohíí.

Aabévára Lljichuri íuujéturéjuco ávyeta pávyeenúúbé íjkyánéllíí ílluréjuco cúniiu imájchoróné íllímútuhcúné tétsihjívú wáchájaavéhi.

Aabévára cóhta tsiíñe méwake: “¿Tácu, táacunííu, kíá uú?” –díllónéllíí: “Áo” –áñújuco idyéjuturéjuco. Áánéllíihyévára íóómíñe ñtécunúteebe patsíhjinvarí Lljichuri íllímútuhcú cúniiu wáchájaavéne. Aanévára chooco ipíhkyúne tsiíñe páúúvétsoobe mééváúcobaréjuco. Tééne íhdévára cúniiu dááríuúvú íkyahíjkyáhi, áánetúvára Lljichuri imájchóne íllímútuhcúné cóhta ipíhkyúne béhnetu páúúvétsónétu mééváúcobaréjuco cunííu.

Aabévára Lljichuríméí pávyeenúúbé tsátsihvu íacúúvéne wáyééveebe tsiíñe támeíhíjkyáhi: “¡Ooréhené wáháake o dóone úúpíyí aabájaabe o íjkyáábeke ínehjé oke patyéhíjkyáhi!”

• EPISODIO XX •

LA INUNDACIÓN DE LA TIERRA

Retomando su frívolo viaje por los bosques, Pucunero una mañana llegó a una maloca que pertenecía a los hijos del Creador de la Tierra. Cuando los caciques lo vieron, le preguntaron: “¿De dónde has venido tú, que tienes fama de ser embustero? Por estos lugares se sabe que te convertiste en el amo de la futilidad como resultado de haberte comido a tu propia madre. Entra y comer algo, tal vez tienes hambre”. Al sentirse bienvenido, entró en la maloca y se puso a comer los potajes que las dueñas de casa le sirvieron.

En aquel mismo instante el curaca de la maloca, junto a sus súbditos, estaba librando una descomunal batalla contra las malévolas orugas del Árbol de la Irascibilidad. Durante esta lid una oruga había herido un de los ojos del Incubador de los Huevos del Colibrí, con quien Pucunero fue a vivir por un tiempo.

Cierto día, Incubador de los Huevos del Colibrí atrapó un ave montete en su trampa de palmas, al que, después de cocinarlo en su caldo de yuca, se lo comió superficialmente, cuyos restos entregó al hijo de la perdición para que se los arrojara muy lejos de casa. Cuando Incubador de los Huevos del Colibrí entregó los restos en sus manos, le exhortó diciendo: “Pucunero, te prohíbo tocar estos huesos; pues la gente habla que tienes fama de necio. Arrójalos muy lejos y regrésate pronto. Obedece mis órdenes, por favor”.

Tomando la olla que contenía las sobras del ave, Pucunero corrió tras el camino de la montaña para arrojarlos lejos de la maloca. Pero más pudo el pecado que el temor a la obediencia que, en plena ida, vio los huesos grasosos y apetitosos: vil tentación irresistible que dilapidó su coraje. Entonces, dijo: “¿Qué le habrá motivado para deshacerse de estos huesos grasosos y carnosos?”

Conjeturándose así, se sentó a comerlos. Y como iba comiendo mordió la epífisis del hueso de la pierna, de cuyo interior emanó abundante agua que Pucunero intentó beber, creyendo acabarlo; pero el agua siguió emanando. Entonces, por segunda vez, intentó beberlo, hasta el hartazgo.

Como el chorro del agua se incrementaba cada vez más lo hincó en la tierra, creyendo detenerlo, pero el agua siguió brotando más, lo cual empezó a inundar el lugar. Y sobrecogido por el insólito caso corrió a casa y dio aviso a Incubador de los Huevos del Colibrí, diciendo: “¡Amigo, aquellas aguas están inundando la tierra!”

• EPISODIO XX •

LLÍJCHURĪ CÁÁJÁNEBA DÓHEJÚRÓNE

Áánéhjĭ boonévaa tsiíñe Llĭjchurĭ bájúháñeri úúpíyívyeebéré péhĭjkyaaabe tsájcuuvénetu úújeté tsájaavu; ihdyúváhacáa Píívyéébĕjtsĭiméne ja teéja. Áájamúnaávaa íajtyúmĭĕbeke dillóhi: “¿Aca kiátú eene u tsáá állíkyóhрева múúne u néébe, dĭĭtsĭĭjuúuvukévaa u dóóne úúpíyĭ aabájaabe u ĭjkyáabe? Íllevu tsááne majchóva; úubá ájyábaúvuma”. Ahdújucóvaa tééjavu iúcaávène diityé taabámú kéévane májchoóbe.

Aamévahacáa tééja múnaa téjyju íkyuwáábema úmécóheri núhne ĭjkyámema múnáátsójcatsíhi, áamedítuváa tsaapi núhnei Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábeke aamú ĭhyálluu vójojnécú, áábemávaa ihjyávú Llĭjchurĭ óíívyeiñú dílbyé únĭuri ĭĭjkyaki.

Tsájcoojv́aa Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábé áacurúikye idyáhperi iúúvétsóóbeke ityúúne állúhañéré dóóhiĭ, áané boonévaa tébajcújĭvu ájcuube aallíkyójtsĭiméneke dibye iwáágóotéki. Áábekévaa teene iújpavu íajcúne néébe: “Llĭjchu, állíkyóhрева múúne u néébe, tsáama dómájcodĭ íbajcújĭ. Ícúí wáágóoténe tsaáco. Oke, ihdyu, óvíjyucó llééboco”.


Ahdújucóvaa tébajcújĭ llíyíhllori ĭjkyane Llĭjchurĭ iékééveíñúne dsĭiné iwáágóotéki, áronáacávaa juuvájĭñévéú ĭtécunúúbé teene imyéwu ujpa nééneé. Áánemávaa: “¿Aca íveekĭ áadí oke waagóotsó íbajcújĭ páheecójíré dúrúhvahĭvane ĭjkyane?” –íñééne, íacúúvéne dójúcoóbe.

Aabévaa tébajcújĭ dóóbere ícuuráyú dĭpíyúúúnetu nújĭpakyo ĭjchívyéhi, aanévaa adójúcoóbe. Áronáacávaa éhniíñevúré nújĭpakyo ĭjchivyénellĭí adóroobéi tsiíñe. Aanévaa éhniíñevúré nújĭpakyo ĭjchívyénetu íóóvénellĭí ííñĭjĭtu cá mótyohjácoobe téjĭpakyo ííchívyétuki, áronáacávaa éhniíñevúré nújĭpakyo ĭjchivyéné tsúúca tétsĭi caajávetsóhi.

Áánerívaa íillityéne dsĭinéjúcoobe ááhĭvu, áánemávaa neetéébé Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábeke: “ĭMuúbe, ellétú cáájáneba tsááhiĭ!”

Áánellĭihyévaa Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábé dílbyeke uhbáhi: “¿Acáne íveekĭ ú dómajcó ukéne ‘tsáama dómájcodĭñe’, o nééneé?”

Áronemávaa Páábĭhó lihyúné Tsĭjkyátsotáábé, aallíkyójtsĭiméne cáájáneba dóhejúróné iwáájácúne, ícúí íacúúvewa cúúmujĭ ĭjkyáábé llĭíñévéú ímájchota íavohjácóne iwáábyá iékééveíñúne nériivyéjucóó ihjyá únĭutu páátuwáhyé ĭjkyáheri, áábe déjutúvané aallíkyójtsĭiméne íhñéúúhoma nériivyéne. Aabévané dílbyé llĭíñétú ínááveté páátuwáhyé nĭjcaúvu.



Como no cabía más regañadas, Incubador de los Huevos del Colibrí solo atinó a decirle: “Amigo, ¿por qué tocaste esos restos que te dije que no lo hicieras?”

Y sin hallar más solución al diluvio provocado por el hijo de la perdición, Incubador de los Huevos del Colibrí tomó algunas semillas de su sementera y las colocó debajo de su asiento, la tortuga charapa. En seguida tomó su hamaca y se subió en un pashaco que se hallaba en los alrededores de su maloca; y tras él subió también el hijo de la perdición, quien fue a amarrar su hamaca en unas ramas debajo de la posición de Incubador de los Huevos del Colibrí, en lo alto del pashaco. Mientras permanecían allí la tierra comenzó a inundarse, al tiempo que el cielo se cubría de tinieblas, lo cual impidió toda visibilidad para ellos.

En cierta ocasión Pucunero despertó y palpó partículas de casabe sobre su pecho. Y probándolos, dijo: “¡Vaya! ¿De dónde habrá conseguido comida éste intrépido, mientras permanezco aquí abajo durmiendo con mucha hambre? Ahora permaneceré despierto para saber cómo la consigue”.

Mientras el hijo de la perdición permanecía en vela oyó el conjuro que hacía Incubador de los Huevos del Colibrí, pidiendo sus alimentos: “Casabe, casabe, haz tu aparición. Casabe, cuya presa sea el antepasado de los yanayutillos”.

“Ah, sí. No hay duda de que sea esa la forma de su abastecimiento, mientras padezco mucha hambre” –murmurando, Pucunero invocó comida, por su lado: “Casabe, casabe, haz tu aparición. Casabe, cuya presa sea el antepasado de las sachavacas”.

En seguida, el almuédano oyó venir como un tornado la gran comida que consistía en un enorme ahumado del antepasado del clan huitto, que es la sachavaca, sobre una plancha de casabe, llenándolo de gran pavor. Y mientras se sujetaba a su hamaca oyó pasar la enorme vianda que cayó en las aguas del diluvio.

Cuando el espíritu del diluvio creyó que los había tragado, después de matarlos con hambre en lo alto del árbol, empezó a decrecer y amanecer el día. Entonces Pucunero intentó ubicar a Incubador de los Huevos del Colibrí, pero nunca más lo halló.

Al bajar del árbol, con mucho cuidado, Pucunero vio cubierto de lodo todos los rincones de la maltrecha maloca, para hacer poco por ella. Entonces retomó su caminar sin meta, bajo los crueles bosques, como de costumbre.

Aamútsiváne téhulle íjkyánáa tsúúca ííñuji cáájávéne tujkéveri téhdure níjkyeji íjyunúhi, áánerivané tsáhájuco ñná dityétsí píivyetétú íájtymñine; ávyeta cúúvétsí pañe íjkyamútsí tsá kiávú píivyetétú ipyééneé.

Aabévá aallíkyójtñiméné Páábíhó lihyúné Tsíjkyátsotáábé lliiñe iwáábyari cúúvétsí pañe cúwahíjkyánáa tsáiyu ájkyeebe ípíújí allúrí dólloúcunú máhóúúháwuúne. Aanéváa imájchóne néébe: “ííkyaj! ¿Aca kiátú áánu iújcune májchónáa íveekí dííbyé lliiñe ájyábaúvuma tsanééré cuwáí ó íjkyáhi? Íkyooca tsá o cúwáityú, muhdú dibye újcune o wáájácuki”.

Ehdúváa iñééne cúwátuubéréjucu aallíkyójtñiméné íjyáacunúhíjkyánáa lleeúcunúúbé Páábíhó lihyúné Tsíjkyátsotáábé májchota táúmeíñe: “Mááho, mááho dícha; tohnómujé íhdééjpidítýú lléhdótsámeíñe maaho dícha”.

“Juu, ehdúhaaca ityáúmeíñe dibye májchónáa íveekí ájyábari ó ícúbáhrámeíhi” – iñéénemáváa iiyéjucu dibye táúmeíñe: “Mááho, mááho dícha: cáátujé íhdééjpidítýú lléhdótsámeíñe maaho dícha”.

Ahdújucóváa mááhó allúrí cáátujé íhdéejpi ócájí íjtóóbé ellétú mítyánécoba ‘joo’ tsááneri ííllityéne iwáábyavu dibye míñóríúúvénáa dííbyé úníutu pájtyénécoba áákityé ‘tóbuj’ nújpákyó pañévu.

Aanéváhacáa cáájáneba diityétsí úmehé níjcáuri íjkyamútsí tsúúca ájyábari tóócumútsí áákityéne iwáábyúne áravéjucóóné téhdure tsítsñívéjucóóhií. Áánélliihyéváa Páábíhó lihyúné Tsíjkyátsotáábeke néhcóroobe tsáhájuco ájtyúmitúne; íhnyaváa kiávújucó dibye úmíváne dííbyéjtane.

Ááné boonéváa chooco iñíítyéne ííteebe diityé jaúvú tsanééré ííñuba; muhdú idyé méénuííbye teéne. Átsihdyúváa idyé tsiíñe péjúcoobe bájúháñeri.



• EPISODIO XXI •

CREACIÓN DE LAS COLPAS A PARTIR DE LA GIGANTE CAZADORA

Cierto día, Pucunero llegó a una enorme maloca en la que halló dos agraciadas señoritas que tejían unos canastos de tamshi. Cuando las féminas vieron al inesperado visitante, dijeron: “¡Pucunero, qué sorpresa verte llegar! Por acá se sabe que te convertiste en Amo de la Futilidad después de comer a tu propia madre”.

“Así es, amigas –contestó el visitante–. Solo estoy de paso por aquí”.

Mientras el diálogo fluía amablemente, escucharon el sonido de una flauta que provenía de la espesura del bosque, el cual decía: “Maco, tun, tun, tunnn”

Entonces, las señoritas advirtieron al andariego, diciendo: “Es nuestra abuela, la gigante Cazadora; tenga mucho cuidado. Cuando te convide alguna parte de su cacería, tendrás que comerla rápido; si no lo comes inmediatamente, te quitará tu parte y se la comerá. Y cuando te diga: “Pucunero, tengo ganas de soltarme un pedo”, entonces te cubrirás con este nongo de nuestros sacrificios. Tú, que tienes fama de mendaz, obedece nuestras instrucciones, por favor. Si no cumples lo que te indicamos, te matará y te comerá”.

Momentos después, la gigante Cazadora entraba por la puerta de la maloca, resoplando su flauta, cuya figura descomunal impresionó sobremanera a Pucunero. El abundante mitayo, que traía a modo de aretes y collares, consistía en sachavacas, venados, sajinos, venados cenizos, entre otros animales. Y apareando toda esa opulencia bestial en las orejas y el cuello entró por la puerta y la dejó en media sala de la maloca, para luego chamuscarlos en una gran fogata echa con mucha rapidez.

Terminado el socarramiento, la gigante preparaba toda la carne e inmediatamente la cocinaba en el enorme nongo de sus votos. Cuando el singular timbuche estaba listo lo retiraba del fuego y convidaba a cada uno, según sus posibilidades. Completada la distribución alimentaria, la gigante tomaba una sachavaca y la metía en sus fauces, masticándola crujiente. Lo mismo hacía con los sajinos, venados y huanganas. Es decir, la gigante Cazadora comía las capturas en un santiamén y de un solo bocado. Cuando terminaba de devorar su gigantesca ración quitaba la ración de Pucunero y se la engullía raudamente, pues este nuevo comensal era muy lento para devorar su gigantesca presa.

Al siguiente día, la gigante otra vez se marchaba al bosque en busca de caza, resoplando su flauta: “Maco, tun, tun, tunnn...”

• EPISODIO XXI •

TAAVÁMÉÉWAKE LLÍJCHURĪ ADÓWAVU PÍÍVYETÉTSÓNE

Llįjchuríváa Páábı́hó lihýúné Tsįjkyátsotáábe táavatu cáájáneba dóhejúróné áráávéne boone idýé tsiı́ne pevé bájuri pehįjkyá muhdúváhjáa iúúpı́yı́vyehı́kyádu. Aabéváa tsájcoojı́ cábúúveté bádsį́cájamúpidı́vú mıtýyájacoba jaari įjkyámúpidı́u. Aamúpı́váa díıbyeke iájtyúmı́ne néehı́: “Llįjchu, muhdı́vaabéami eene kiátú u tsáá. Dı́tsį́juúvukéváa u dóóne úúpı́yı́ aabájaabe bájúháñeri úlleebéré u pehįjkyáabe”.

“Ééé –áńújcuubéváa diıtyépike–. Ihdyu, ichı́ñı́rı́ ó ulléhi”.

Aaméváa ehdu dıtye įhyúvájcatsı́ńáa lleebójucóomé chııyóro: ‘Maacó dój, doj, doj, dóóó...’ –bájú pańétú įhyváne.


Áánellı́ıhyéváa úvaabójucóomúpi díıbyeke: “Múhpı́ iıtyáállé Taavámééwá tsájucóóhiı́, Llįjchu; wájácútsi díıjyaco. Lámeke itsı́vámedıtyú uke dille ájtsıkyúné ĩcúı́ ú doóhi; ĩcúı́ u dóótúhájchı́ı́ uke idýjtúcúne dóóı́lle díjtyane. Téhdure, ‘Llįjchu ó nééboóhi’, uke dille néécooca ĩne mé ĩcúvı́e caráájıvu ĩcúı́ ú ávóóveéhi. Állıkyóhıvea múúne u néébe, muhpı́ uke me úwaabóné u méénútúhájchı́ı́ uke illı́ıhyánúúbeke dóóı́lle”.

Aanéváa ichııyóro llįjchulléré Taavámééwá wájtsı́lleke ĩtécunúúbe éhnétu mıtýalle wálléhcoba. Ááı́lle táavaváa ócájımu, níıvúwamyu, méénımu, íıbamı, téhdure tsı́ıńé iáıme; aaméváa įıkyáávédú, ĩńı́juı́ıńédú įjkyáméhjı́ıma llééhówatu úcááveıńulle waaóvı́ pı́ńée jávu. Aalléváa ĩcúı́ cújı́wácoba imyéénıne tsójucóó páneere įjtyááva, áamekéváa páméhjı́kéré iúúne tújucóolle ĩcúvı́e carátsóójácóbarı.

Aanéváa tútácócoba báábane ipı́ńáónetu íıáákyúwamúpike ájtsıkyulle méénıjı́cubáácıvu tsáápillétsake, áánetúvı́a Llįjchurı́ké ájtsıkyulle níıvúwájıvcubáú. Ááne boonévı́a ócájıkye iékéévéébeke įhyú pańévú Taavámééwá ipı́kyóóne úmuuvé ‘muurımu’; téhdurévı́a méénıkye, níıvúwake, mı́néébeke iékéévéne úmúúvehı́jkyalle ĩcúı́ıye dohı́jkyáhi. Aallévı́a pámeekéré idýótsıhıdy Llįjchurı́ké iájtsıkyuróné idójtúcúne úmúúvehı́jkyá díbyéı chooco dóóne iúvanúnema.

Áállécobávı́a idýé tsįjkyoojı́ lliıńáııaıvu pehı́jkyá ichııyóro: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –llįjchullére. Ehdúvı́a pajcóójı́vı́aré Taavámééwá lliıńáııaıvu ipyééne táávıne téhdure dohı́jkyáıme.

Tsáıjyúvı́a Taavámééwá: “Llįjchu, majói me cóóvatéki” –dsı́tsohı́jkyá Llįjchurı́ké cóóvu. Aallévı́a kııjyécoba íıllótúné ĩhde: “Llįjchu, étsıhıve dı́tsı́ıve” –díıbyeke nehı́jkyáhi.



Cuando regresaba, con gran cantidad de animales, el imperecedero festín de convidar, quitar, engullir y comer raudamente se repetía incesante.

En ocasiones, la gigante Cazadora invitaba a Pucunero a ir en busca de leña, diciendo: “Pucunero, acompáñame a coger leña”. Y antes de cortar un árbol seco, la gigante ordenaba a su compañero, diciendo: “Pucunero, inclínese ahí, por favor”. Muy obediente, Pucunero se inclinaba donde era indicado, mientras la corpulenta leñadora derribaba el árbol hacia él, quien viendo que el tronco se le venía encima se tiraba a un lado, cayendo el árbol tras él. Creyendo haberlo liquidado, la cazadora preguntaba: “Pucunero, ¿dónde estás?” Y él respondía de entre la maleza: “Aquí estoy”. Entonces, la gigante se ponía a ironizarlo: “Resultó muy cobarde el hijo de mi finado pretendiente”.

Cuando cortaba otro árbol ella se inclinaba y el árbol caía sobre su enorme corpulencia para destrozarse el tronco y así hacer la leña. En seguida, la gigante se colgaba los enormes trozos de leña, a manera de pendientes y collares, y se los cargaba rumbo a casa.

Unas veces, mientras cogían leña, la gigante acosaba a Pucunero, diciendo: “Pucunero, hagamos el amor”. Y él, muy asustado, rehusaba a la invitación, diciendo: “No quiero; no siento ganas de acostarme contigo”. Entonces, otra vez la gigante se burlaba del medroso parlanchín. Las verdaderas intenciones que ella tenía no eran mantener relaciones sexuales con él, ni recibir su ayuda alguna, sino de matarlo y comérselo al instante.

En casa, cuando tenía ganas de soltarse un pedo, decía a Pucunero: “¡Ay, Pucunero, me soltaré un pedo!” Entonces, las nietas y Pucunero se cubrían con sus nongos, mientras la nana se soltaba unos estrepitosos pedos secundados por huesos de animales que caían sobre los improvisados escondites.

Aquellos visitantes incautos que ignoraban esta tretita eran heridos por los huesos y servía de cena para ella.

Después de permanecer por algún tiempo con las chicas y la gigante Cazadora, Pucunero otra vez se sintió enfermo y anémico. Entonces, dijo: “¿Qué ocurre con mi salud esta vez? ¿Los animales que caza aquella mujer son reales, acaso? Ahora la tendré vigilada para saber cómo los consigue”.

Establecido el plan, un día dijo a las mujeres: “Amigas, mañana iré a cazar muy lejos”.

Ahdújucóváa ítsíívéébé allúvú kiiye dille illone áákityéné íñeeréjuco íjkyánéllíi cátsííívyehíjkyaaabe tékiiye iáámútuki. Ááné boonéváa: “¿Llíchchu, kiáami ú?” –díllohíjkyalle, Llíchchuríké illíhyanúné iwáábyúnema. Áállekéváa: ‘ílle oó’, –añúcu híjkyaaabe íwáturéjuco. Áábedíváa: “íjijí. Duhcújuubé dórííuúvújtsííméne” –góócohíjkyalle.

Aalléváa tsíkiiye iíllóne tenéi túrúúvétúné ihde tékiiyé lliiñéúvú ítsíívééllé allúvú áákityéhíjkyáné viiuvii, aanéjucóváa dille nújuíívahíjkyáné ihjyávu itsájtyeki.

Aanéváa cooríikye dityétsí íjkyánáa: “Llíchchu, májo me tséépo” –nehíjkyalle dííbyeke. Áállekéváa: “Tsáhaá, tsá o ímíletú o tséépone” –añúcu híjkyaaabe. Ááneríváa idyé dííbyedi uuhívatéhíjkyalle. Ihdyúváa imíllérolle ténéhíjtééveri dííbyeke illíhyanúne idyóóneé. Aalléváa idyé dííbyema cootu óómihíjkyá: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –chiiyóro llíjchullére. Aalléváa íñéébone ímíllécooca Llíchchuríké nehíjkyáhi: “Llíchchu, ó nééboóhi”. Áánéllíihyéváa Llíchchurí dííllé iáákyúwamúpíma cárajíínevu ávóóvéne boone néébohíjkyalle diityé allúvú tsanééré iámé bajcúne.


Tsaatéváa wáájácutímé cárajíínevu wátájcómeityúmé allúvú bájcune áákityéné diityéké llíhyanúmeke dohíjkyalle.

Aanéváa ehdu diityémá Llíchchurí tsúúcaja íikyahíjkyáné nájcaúvú idyé ítéméi idyúhcúvaténe. Áánéllíihyéváa némeííbye: “¿Muhdúami íñe ó duhcúvate? Muhdújáubá aalle iújcúnetu oke dóótsohíjkyáhi. Íkyoocái ó úráavyéé o wáájácu muhdú dille táávahíjkyáne”.

Ehdúváa íjtsámeííñe neebe diityéke: “Ámuhpí, péjcore tsíhyulle ó llíjchúteéhi”.

Áánemáváa tsíjkyoojí cúvúvúvújuco iájkyénéhí Llíchchurí péene báju pañévú lliiñáaavu, aabéváa pátánúmeityé Taavámééwá péhíjkyáhullévu. Aabéváa tétsii íjyáacunúhíjkyánáa tsúúca tsájúcoolle íchiiyóro: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –llíjchullére.

Áállekéváa úraavyéjúcoobe tsíhyullétúré dille dííbyeke ityúvúáótuki. Aalléváa íchiiyóro báju pañe llíjchulléré péelle tsátsíhvu iwájtsíne íháávetéhíjkyáhi, ááne píhjáuváa páné iámé tsáámeke wápújúhcohíjkyalle ícanúbáhoóri, áámekeváhacáa itsájtyémeke eene dohíjkyáme. Aanéváa iájtyúmíne neébe: “Juu, ehdúhaca imyéénúneri iújcúmeke eene muha mé dohíjkyáhi. Íkyooca úvanúille”. Ehdúváa íñééne llíjchúcújúcoobe tsáné oonúhó dííllé íihyówájpiñénetu, aanéváa avyéwu díílleke úújeténéllíi: “¡Agáo! ¡Ávyé oke múcúvíyíhébá nuuóhi!” –neéle.



Cuando los primeros rayos del sol asomaban por la playa del firmamento, Pucunero, una vez más, fingió ir de cacería y se escondió entre los matorrales cerca del camino que la gigante Cazadora acostumbraba tomar para ir de cacería. Mientras el pernicioso permanecía en su escondite, escuchó acercarse a la cazadora, como de costumbre, soplando su flauta: “Maco, tun, tun, tunnn...”

Al verla pasar cerca la persiguió con mucho cuidado para no ser sorprendido. Llegando a un determinado lugar, adentro de la montaña, la gigante cazadora dejó a un lado su fuelle y, sentada, abrió las piernas para exponer sus enormes partes íntimas. En seguida, los animales de toda la selva vinieron a disfrutar las secreciones que emanaba su gran vagina, a los que la gigante mujer mataba de un solo porrazo.

Cuando Pucunero vio esta pavorosa escena, dijo: “¡Qué horror ver esta espeluznante escena! Pues, bien, ahora mismo le daré su merecido”. A continuación, Pucunero la hirió con un dardo de pucuna en el mismo centro de su enorme vagina, seguidos de otros tantos. Y sintiendo el dolor del pinchazo envenenado, la gigante se quejaba, diciendo: “¡Au! ¡Cómo duele la picadura de la avispa escorpión!”

Al final de una larga agonía, provocada por los letales dardos que Pucunero picó, la gigante Cazadora sucumbió y murió allí mismo, con las partes íntimas expuestas al ambiente, cuyos restos mortales se transformaron en una misteriosa colpa.

Horas más tarde el difunto de la gigante parecía regresar a casa, entonando su zampoña: “Maco, tun, tun, tunnn...”; eco que venía a esfumarse a cierta distancia de la gigantesca maloca. Cuando las nietas percibieron el hecho, aunque ya lo sabían de antemano, no pudieron cobrar venganza contra Pucunero, porque éste ya había huido de su presencia.

Ááné boonévaa píváijyúvá díbye líjchúneri námijtya díllé pañévú lívááneri tétsihvu íáákityéne dsíjívéjúcoólle, aallévaa tétsihjívú ráarávelle adówavu píívyetéhi. Ehdúvaa Taavámééwake líjchurí illííhyánuíñúne úmívájucóó bájúháñeri.

Ááné boonévaa díílleúvú naaveneréjuco: “Maacó dój, doj, doj, dóóó...” –chiiyóro líjchulléré tsháijkyá ellétu, áronáacávaa dáíivyejíjkyané wahájchotaré ihjátu. Aanévaa tsúuca ihdyu ííáákyúwamúpí waajácúhi, áronáacávaa tsá muhdú dityépí líjchuríké méénutú, tsúuca úmíváábeke.



• EPISODIO XXII •

CONVERSIÓN Y FIN DE PUCUNERO

Cuando las nietas de la gigante Cazadora supieron que Pucunero la había convertido en colpa, planearon cobrar venganza por la muerte de su abuela. En ese afán las féminas comenzaron a acechar los posibles caminos que el bribón debería de recorrer. Y hallándolo errabundo por un camino, una de ellas, convertida en un demonio, subió arriba de una huacrapona y cayó hacia él, buscando devorarlo; sin embargo, Pucunero la escurrió usando sus poderes y la hizo su mujer.

Con la nueva esposa Pucunero caminó un largo trecho que los condujo a un río muy caudaloso que imposibilitó su caminata. Entonces, improvisaron una canoa con el capitel del racimo de la huacrapona y cruzaron el río. Llegando a algún lugar de la selva la nueva pareja levantó una casa para vivir en ella. En ese lugar la fémina, convertida en un demonio, con rostro de mujer, buscaba devorar a Pucunero, sin éxito.

En una ocasión Pucunero se soltó un pedo, como producto de la digestión de sus alimentos. Al escuchar el pedo, la anómala preguntó: “Pucunero, ¿qué es ese sonido que acabo de escuchar?”

Enfadado con la ingenua pregunta, Pucunero, contestó: “¡Pues, es un pedo! ¿No sabes qué es el pedo? ¿No tienes ano para que te sueltes un pedo, acaso?”

“¿Cómo pudiera soltarme algún pedo? Pues, no tengo ano, amigo –contestó la demonio.

“¡Qué bien! –Se alegró Pucunero, ideando su final–. Entonces, hagamos tu ano para que te sueltes algunos pedos, también”.

Dicho esto, echó punta a una astilla del tallo de la huacrapona y la clavó desde la cima de la cabeza hasta la hendidura interglútea de la zona anal. Al siguiente día, el demonio sintió que algo se le removía en las entrañas, y muy motivada por el resultado, dio aviso a Pucunero: “¡Pucunero, estoy por soltarme un pedo!”

“¡Excelente, mujer! –replicó Pucunero– Sigue intentando, que pronto lo harás mejor”.

Pucunero decía así porque sabía que aquel extraño ser estaba pronto a sucumbir a causa de la profunda herida letal. Y para matarla lo más pronto posible, hirvió alquitrán en una olla y vertió el líquido en el orificio que hizo en la cabeza del demonio. Al siguiente día, cuando el demonio murió, Pucunero tomó nuevamente su camino errabundo por el bosque.

• EPISODIO XXII •

LLÍJCHURĪ NÉÉWABYÁVÚ PÍÍVYETÉNE

Aanéwáa Taavámééwake Llįjchurĭ adówaanévú píívyetétsóné íáákýúwamúpĭ iwáájácúne níwaavé téhdure dííbyeke imúnáájtsóiyonévu. Áánemáváa dííbyeke iñéhóne tsáápille dibye pééíhullévú íarucóónúne áálláheri nériivyéhi, áánemáváa áákityéllé dííbyé tujkévetu mééímyewáréjuco dííbyeke idyóóroki, áronácáváa íapííchori ipállójcóne díílleke táábávaábe.

Áállemáváa tsúúca péjúcoomútsí úújeté tsahi tééhivu, aahíváa muhdú ipájtyéítyúrónéllíí áálláhé mñhotu mñne imyéénúmĭri pajtyémútsí teéhi. Aamútsíváa tsátsihvu íúújeténe ánúmeíjyucóó tétsii íjkyaki, áronácáváa dííbyeke dííbyé taaba mééímeewa imíllehíjkyá idyóóneé, árolléváa tsá píívyetétú muhdú dííbyeke imyéénune.

Tsáijyúváa Llįjchurĭ imájchoháñé áraavéné neebóhi, aanéváa illéébóne mééímeewa dííbyeke dillóhi: “Llįjchu, ¿aca ñná eene ihjyúváhi?”

Áánéllíihyéváa neebe úhbaabére: “¡Mu, ó neebóhi! Múhdullerá uu tsá dííáméhéjuma u íjkyátulle tsá idyé u néébótyuróne”.

Áábekéváa áñújculle: “¿Muhdúami, Llįjchu, ó nééboóhi? Tsá o náméhejúúvatúne”.


“Juúju –neebévapéecu–. Ané majo uke me náméhejúúnu téhdure u nééboki”.

Áánemáváa áálláhewa iñáátsóne wábóbóhcoobe díílleke íhñíwáutu íoovíwavújuco vítsojnécú. Áállekéváa tsíjkyoojĭ íhbáú pañe ováóvá íhjyúvánéllíí neelle Llįjchurĭke: “¡ĭ, Llįjchu! Muurá tsúúca ó neebóhi”.

Áállekéváa neébe: “Aava. Mityái, muulle, u nééboíñe”.

Ehdúváa Llįjchurĭ néé díílleke dille dsíjveíñé pñhínéllíihye. Áállekéváa mááni iwáánetsóné cahpíoobe iiváa iwábóbóhcohéjuri, aalléváa tsúúca tsíjkyoojĭ dsíjvéneé boone idyé tsiíñe bájúháñeri péhíjkyaaabe cábúúveté kílláhóllédívu. Aalléváa cánohjúcunúhíjkyálleke dillójúcoóbe: “Taálle, taálle, taálle”. Áronácáváa tsá dille dííbyeke áñújcutúne. Ílluréváa técánohjúcunu íjkyalle tsá dííbye ímíletú ñtene.

Áánéllíihyéváa tsiíñe díllóhíjkyaaabe: “Taálle, taálle, taálle”. Aalléváa éhñíñevúré cánohjúcunúllé áñúcu híjkyátúnéllíí díílleke uhbájúcoóbe: “¡Taálle, taálle, taálle! ¿Néhníhívalle kéémelle u íjkyalle íveekí tsá oke u ímíletú u áñujcúne?” Áánéllíihyéváa dííbye éllevu írevóóvéne: “Áo!” –áñújculléré íwáávénetu ‘ápyu’, waamyu íjchívyéhi. Aaméváa dííbyeke úraavyéjucóó tébajújiri, dííbyeke ítsáávetúmére




Mientras caminaba por la inhóspita selva halló una anciana ermitaña, que permanecía sentada, cabizbaja e inmóvil, a la que comenzó a llamar: “Abuela, abuela, abuela”.

Como la anciana seguía cabizbaja, sin proferir respuesta alguna, Pucunero siguió llamándola: “Abuela, abuela; contéstame, abuelita”. Y como la anciana seguía inmóvil, sin levantar la mirada hacia su interlocutor, éste se enfadó y comenzó a gritarla: “¿Por qué no me respondes, vieja grosera?” Entonces, la anciana viró la cabeza hacia Pucunero y, elevando los ojos hacia él, contestó: “¡Heme aquí!”

Al momento de abrir la boca para contestar a Pucunero la anciana expidió un aliento que se transformó en zancudos, quienes comenzaron a perseguirle por toda aquella montaña. Y creyendo escapar de ellos corrió raudo lo más lejos posible del lugar, pero al no lograr eludirlos se lanzó en las aguas de un río.

Este singular hecho pareció muy gracioso al sol, quien soltó unas carcajadas desde su infinito trono. Entonces, el confundido fugitivo, extremadamente furioso, tomó su pucuna y sopló unos cuantos dardos contra el sol, buscando herirlo de muerte. Entonces, el astro rey encomendó la represalia al rayo de sus hechizos, quien con una poderosa descarga eléctrica quemó a Pucunero, transformándolo en una imponente e infranqueable catarata.

Desde entonces, los zancudos que fueron esparcidos por Pucunero son aquellos que pican sin compasión a los seres humanos en los agrestes bosques. Por otro lado, la catarata en que se convirtió Pucunero, cuando fue alcanzado por la descarga eléctrica de Rayo del Sol de la Primera Tierra, es aquella que hallamos en el surco del río Igaraparaná, hasta hoy. Aquí me quedé dormido mientras mi abuelita me contaba el cuento de El Pucunero.



Áámekéváa ipállójcóro ds#néroobéi tsíhyulle, áronáacáváa ditye cáávájúccóótúnéllíí cátsíñíívyeebe Míínéhí pañévu.

Áábekéváa waamyu ícúbahráné Nuhba íájtýúmíne goocóhi. Aanéváa Nuhba dííbyedi góócone iúvanúne cáyobáávatéébe mítyane, áánemáváa ítyollíjyú íékéévéne llijchújúcoobe núhbake, áánéllíihyéváa Nuhba ípíívyetétso chíjchidi dííbyeke áámuube píívyeté nééwabyávu.

Aabéváa wáámyuke wáchájanúmé eene bájúháñeri iijyévéwu míamúnáake ádohíjkyáhi, áánetúváa dííbyeke ítyujpákyó iádo cóevámé nújpákyó allúrí áyáméwuújí waámyu. Aanéváa Nuhba Líjchuríké nééwabyávu píívyetétsowa Míínéhityu nééwabya íkyoocápivu. Étsihvúréhjáa ó cúwaiñú taalléroúvú oke Líjchurídítýú úúbállénaáca.

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de

Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña

Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com

Página web: www.tareagrafica.com

Teléf. 332-3229 / 424-8104 / 424-3411

Agosto 2021 Lima - Perú

Mediante la publicación bilingüe de estos relatos que conducen al intrépido cazador Pucunero a través de una serie de peripecias pobladas de personajes de la mitología del pueblo bora, el Instituto del Bien Común desea contribuir a la recuperación y difusión de episodios de la historia oral de este pueblo amazónico y a la preservación de su lengua. Las narraciones fueron recogidas y traducidas al español por los investigadores Andrés Napurí y Walter Panduro, quienes contaron con apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

En las dos décadas que lleva trabajando en el noreste de la región Loreto por el establecimiento del Gran Paisaje Putumayo Amazonas, un modelo de ordenamiento territorial y gobernanza de los recursos naturales en Amazonía, el IBC ha desarrollado una sólida relación de colaboración con nueve pueblos indígenas cuyos territorios se encuentran en el interfluvio de dos grandes ríos amazónicos, el Putumayo y el Amazonas. En este marco, ha investigado los conocimientos ancestrales y las prácticas tradicionales de manejo de recursos de estos pueblos indígenas y también ha contribuido a recuperar y poner en valor su historia oral y su lengua.

ISBN: 978-612-48648-0-3



9 786124 864803

**METABOLIC
STUDIO**



**ANNENBERG
FOUNDATION**

Proyecto ganador de Estímulos
Económicos para la Cultura 2020



PERÚ

Ministerio de Cultura